

UN CURA ME OBLIGÓ A CASARME CON DOS PRIMAS



Fernando Neira (GOLFO)

**UN CURA ME OBLIGÓ A
CASARME
CON
DOS PRIMAS**

**POR
FERNANDO NEIRA**

**UN CURA ME OBLIGÓ A CASARME CON DOS
PRIMAS**

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

DISEÑO PORTADA:

Creado por Creative_hat - Freepik.com

Impreso en España 2017

Internet:

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

ÍNDICE

[Introducción](#)

[Capítulo 1 La boda](#)

[Capítulo 2 El viaje](#)

[Capítulo 3 Consumamos el matrimonio](#)

[Capítulo 4 Mi hermano.](#)

[Capítulo 5 Los preparativos.](#)

[Capítulo 6 Mi cuñada.](#)

[Capítulo 7 Desenmascaro el engaño.](#)

[Capítulo 8 Quitándoles las cadenas.](#)

[Capítulo 9 Conocemos a Ana._____.](#)

[Capítulo 10 Ana resulta ser mucho más](#)

[Capítulo 11 Nos duele su pérdida](#)

[Capítulo 12 Me doy un homenaje](#)

[Capítulo 13 Somosaguas](#)

[Capítulo 14 La cena](#)

[Capítulo 15 Las hindúes continuan su acoso](#)

[Capítulo 16 Claudicación y triunfo](#)

INTRODUCCIÓN

Después de tres años trabajando para una ONG en lo más profundo de la India, había decidido volver a España. Recuerdo la ilusión con la que llegué a ese remoto lugar. Recién salido de la universidad y con mi futuro asegurado gracias a la herencia de mis padres, me pareció lo mejor unirme a Manos Unidas Contra El Hambre e irme como médico a Matin, una ciudad casi cerrada a los extranjeros en el distrito de Korba.

Pasado el plazo en el que me había comprometido, solo me quedaba una semana en ese país cuando el padre Juan, un capuchino misionero, vino a verme al hospital donde curraba. Conocía la labor de este cura entre los Dalits, conocidos en Occidente como los Intocables por ser la casta más baja entre los hindúes. Durante veinte años, este hombre se había volcado en el intento de hacer más llevadera la vida de estos desgraciados. Habiendo convivido durante ese tiempo, llegué a tener una muy buena relación con él, porque además de un santurrón, este vizcaíno era un tipo divertido. Por eso no me extraño que viniese a despedirse de mí.

Tras los saludos de rigor, el cura cogiéndome del brazo, me dijo:

—Vamos a dar un paseo. Tengo que pedirte un favor.

Que un tipo, como el padre Juan, te pida un favor es como si un general ordena a un soldado raso hacer algo. Antes de que le contestara, sabía que no me podía negar. Aun así, esperó a que hubiésemos salido de la misión para hablar.

—Pedro— me dijo sentándose en un banco, —sé que vuelves a la patria.

—Sí, Padre, me voy en siete días.

—Verás, necesito que hagas algo por mí. Me has comentado de tu posición desahogada en España y por eso me atrevo a pedirte un pequeño sacrificio para ti, pero un favor enorme para una familia que conozco.

La seriedad con la que me habló fue suficiente para hacerme saber que ese pequeño sacrificio no sería tan minúsculo como sus palabras decían, pero aun así le dije que fuese lo que fuese se lo haría. El sacerdote sonrió, antes de

explicarme:

— Como sabes la vida para mis queridos Dalits es muy dura, pero aún lo es más para las mujeres de esa etnia— no hizo falta que se explayara porque por mi experiencia sabía de la marginación en que vivían.

Avergonzado de pedírmelo, fue directamente al meollo diciendo:

—Hoy me ha llegado una viuda con un problema. Por lo visto la familia de su difunto marido quiere concertar el matrimonio de su hija y de una prima que siempre ha dependido de ella con un malnacido y la única forma que hay de salvar a esas dos pobres niñas de un futuro de degradación es adelantarnos.

—¿Cuánto dinero necesita?— pregunté pensando que lo que me pedía era que pagara la dote.

—Poco, dos mil euros...— contestó en voz baja — ...pero ese no es el favor que te pido. Necesito que te las lleves para alejarlas de aquí porque si se quedan, no tengo ninguna duda que ese hombre no dudará en raptarlas.

Acojonado, por lo que significaba, protesté airado:

—Padre, ¿me está pidiendo que me case con ellas?

—Sí y no. Como podrás comprender, estoy en contra de la poligamia. Lo que quiero es que participes en ese paripé para que puedas llevártelas y ya en España, podrás deshacer ese matrimonio sin dificultad. Ya he hablado con la madre y está de acuerdo a que sus hijas se vayan contigo a Madrid como tus criadas. Los dos mil euros te los devolverán trabajando en tu casa.

Tratando de escaparme de la palabra dada, le expliqué que era improbable en tan poco espacio de tiempo que se pudiera conseguir el permiso de entrada a la Unión Europea. Ante esto, el cura me respondió:

—Por eso no te preocupes. He hablado con el arzobispo y ya ha conseguido las visas de las dos muchachas.

El muy zorro había maniobrado a mis espaldas y había conseguido los papeles antes que yo hubiese siquiera conocido su oferta. Sabiendo que no podía negarle nada a ese hombre, le pregunté cuando tenía que responderle.

—Pedro, como te conozco y sabía que dirías que sí, he quedado con su familia que esta tarde te acompañaría a cerrar el trato— contestó con un desparpajo que me dejó helado y antes de que pudiese quejarme, me soltó: — Por cierto, además de la dote, tienes que pagar la boda, son solo otros ochocientos euros.

Viéndome sin salida, acepté pero antes de despedirme le dije:

—Padre Juan, es usted un cabrón.

—Lo sé, hijo, pero la divina providencia te ha puesto en mi camino y ¡quién soy yo para comprender los designios del señor!...

CAPÍTULO 1 LA BODA

Esa misma tarde en compañía del monje, fui a ver a los tutores de las muchachas y tras un tira y afloja de cuatro horas, deposité ciento treinta mil rupias en manos de sus familiares en concepto de dote. Allí me enteré que para ellos y según su cultura las dos crías eran hermanas al haberse criado bajo el mismo techo. Al salir y debido a mi escaso conocimiento del hindú, pregunté al sacerdote cuando se suponía que iba a ser la boda.

—Como te vas el próximo lunes y las bodas duran dos días, he concertado con ellos que tendrá lugar el sábado a las doce. Saliendo de la fiesta, os llevaré en mi coche a coger el avión. No me fío del otro pretendiente. Si no te acompaño, es capaz de intentar llevárselas a la fuerza.

Preocupado por sus palabras, le pregunté que quien era el susodicho.

—El jefe de la policía local— respondió y sin darle importancia, me sacó otros quinientos euros para comprar ropa a mis futuras esposas: —No querrás que vayan como pordioseras.

Cabreado, me mantuve en silencio el resto del camino hasta mi hotel. Ese curilla además de haberme puesto en peligro, haciendo cuentas me había estafado más de seiscientos mil de las antiguas pesetas. El dinero me la traía al pario, lo que realmente me jodía era que le hubiese importado un carajo que un poli del tercer mundo me tomara ojeriza y encima por un tema tan serio como quitarle a sus mujeres. Afortunadamente vivía en un establecimiento para occidentales, mientras me mantuviera en sus instalaciones era difícil que ese individuo intentara algo en contra mía y por eso desde ese día hasta el viernes solo salí de él para ir al hospital y siempre acompañado de un representante de la ONG para la que trabajaba.

Ese sábado, el padre Juan se acercó al hotel una hora antes de lo que habíamos acordado. Traía un traje típico que debía ponerme junto con un turbante profusamente bordado. Conociendo de antemano lo que se esperaba de mí, me vestí y saliendo del establecimiento nos dirigimos hacia los barrios bajos de la ciudad, ya que, la ceremonia tendría lugar en la casa de su tutor. Al llegar a ese lugar, el jefe de la familia me presentó a la madre de las muchachas con las que iba a contraer matrimonio. La mujer cogiendo mi

mano empezó a besarla, agradeciendo que alejara a sus niñas de su destino.

Me quedé agradablemente sorprendido al verla. Aunque avejentada, la mujer que tenía en frente no podía negar que en su juventud había sido una belleza. Vestida con un humilde sari, intuí que bajo esas telas se escondía un apetecible cuerpo.

«¡Coño! Si la madre me pone bruto, ¿qué harán las hijas?», recapacité un tanto cortado esperando que el monje no se diese cuenta.

Haciéndonos pasar a un salón, me fueron presentando a los familiares allí congregados. Busqué a mis futuras esposas pero no las vi y siguiendo la costumbre me senté en una especie de trono que me tenían preparado. Desde allí vi entrar al gurú, el cual acercándose a mí, me roció con agua perfumada.

—Te está purificando— aclaró el cura al ver mi cara.

Al desconocer el ritual, le mostré mi extrañeza de no ver a las contrayentes. Soltando una carcajada el padre Juan, me soltó:

—Hasta mañana, no las verás. Lo de hoy será como tu despedida de soltero. Un banquete en honor a la familia y los vecinos. Mientras nosotros cenamos, la madre y las tías de tus prometidas estarán adornando sus cuerpos y dándoles consejos de cómo comportarse en el matrimonio.

Sus palabras me dejaron acojonado y tratando de desentrañar su significado, le solté:

—Padre, ¿está seguro que ellas saben que es un paripé?

El cura no me contestó y señalando a un grupo de músicos, dijo:

—En cuanto empiece la música, vendrán los primos de las crías a sacarte a bailar. Te parecerá extraño pero su misión es dejar agotado al novio.

—No entiendo.

—Así se aseguran que cuando se encuentre a solas con la novia, no sea excesivamente fogoso.

No me dejaron responderle porque cogiéndome entre cinco o seis me llevaron en volandas hasta el medio de la pista y durante dos horas, me tuvieron dando vueltas al son de la música. Cuando ya consideraron que era suficiente, dejaron que volviera a mi lugar y empezó el banquete. De una esquina del salón, hicieron su aparición las mujeres trayendo en sus brazos una interminable sucesión de platos que tuve que probar.

Los tíos de mis prometidas me llevaron a su mesa tratando de

congraciarse con el rico extranjero que iba a llevarse a sus sobrinas. Usando al cura como traductor, se vanagloriaban diciendo que las hembras de su familia eran las más bellas de la aldea. A mí, me importaba un carajo su belleza, no en vano no guardaba en mi interior otra intención que hacerle un favor al misionero, pero haciendo gala de educación puse cara de estar interesado y con monosílabos, fui contestando a todas sus preguntas.

El ambiente festivo se vio prolongado hasta altas horas de la madrugada, momento en que me llevaron junto al cura a una habitación aneja. Al quedarme solo con él, intenté que me aclarara mis dudas pero aduciendo que estaba cansado, me dejó con la palabra en la boca y haciendo caso omiso de mi petición, se puso a rezar.

A la mañana siguiente, el tutor de mis prometidas nos despertó temprano. Trayendo el té, se sentó y mientras charlaba con el padre Juan, ordenó a uno de sus hijos que ayudara a vestirme. Aprovechando que los dos ancianos hablaban entre ellos, pregunté a mi ayudante por sus primas. Este sonriendo me soltó que eran diferentes a la madre y que no me preocupara.

En ese momento, no comprendí a que se refería y tratando de sonsacarle el significado, pregunté si acaso no eran guapas. Soltando una carcajada, me miró y haciendo gestos, me tranquilizó al hacerme comprender que eran dos bellezas. Creyendo entonces que se refería a que tenían mal carácter, insistí:

—¡Qué va! Son dulces y obedientes— contestó y poniendo un gesto serio, prosiguió diciendo: —Si lo que teme es que sean tercas, la primera noche azótelas y así verán en usted la autoridad de un gurú.

Lo salvaje del trato al que tenían sometidas a las mujeres en esa parte del mundo evitó que siguiera preguntando y en silencio esperé a que me terminara de vestir. Una vez ataviado con el traje de ceremonia, pasamos nuevamente al salón y de pie al lado del trono, esperé a que entraran las dos muchachas.

Un murmullo me alertó de su llegada y con curiosidad, giré mi cabeza para verlas. Precedidas de la madre y las tías, mis prometidas hicieron su aparición bajo una lluvia de pétalos. Vestidas con sendos saris dorados y con un grueso tul tapando sus rostros, las dos crías se sentaron a mi lado y sin dirigirme la mirada, esperaron a que diera inicio la ceremonia.

Antes que se sentaran, pude observar que ambas crías tenían un andar femenino y que debían medir uno sesenta y poca cosa más. Habían sido unos

pocos segundos y sabiendo que debía evitar mirarlas porque sería descortés, me tuve que quedar con las ganas de saber cómo eran realmente.

Gran parte de la ceremonia discurrió sin que me enterase de nada. Dicha confusión se debía básicamente a mi mal conocimiento del Hindi, pero también a mi completa ignorancia de la cultura local y por eso en determinado momento tuvo que ser el propio cura quién me avisara que iba a dar comienzo la parte central del ritual y que debía repetir las frases que el brahmán dijera.

Vi acercarse al sacerdote hindú, el cual cogiendo las manos de mis prometidas, las llevó a mis brazos y en voz alta pronunció los votos. Al oír el primero de los votos, me quedé helado pero sabiendo que debía recitarlo, lo hice sintiendo las manos de las dos mujeres apretando mis antebrazos:

—Juntos vamos a compartir la responsabilidad de la casa.

Aunque difería en poco del sacramento católico en cuanto al fondo, no así en la forma y preocupado por el significado de mi compromiso, en voz alta acompañé a mis prometidas mientras juraban:

—Juntos vamos a llenar nuestros corazones con fuerza y coraje.

—Juntos vamos a prosperar y compartir nuestros bienes terrenales.

—Juntos vamos a llenar nuestros corazones con el amor, la paz, la felicidad y los valores espirituales.

—Juntos seremos bendecidos con hijos amorosos.

—Juntos vamos a lograr el autocontrol y la longevidad.

Pero de los siete votos el que realmente me desconcertó fue el último. Con la voz encogida, no pude dejar de recitarlo aunque interiormente estuviese aterrorizado:

—Juntos vamos a ser los mejores amigos y eternos compañeros.

«¡Putá madre! A mí me da lo mismo pero si estas crías son practicantes, ¡han jurado ante sus dioses que se unen a mí eternamente!», pensé mientras buscaba con la mirada el rostro del cura: «¡Será cabrón! Espero que me explique qué es todo esto».

La ceremonia y el banquete se prolongaron durante horas y por mucho que intenté hacerme una idea de las muchachas, no pude. Era la madrugada del domingo al lunes y cuando ya habían acabado los fastos y me subía en un carro tirado por caballos, fue realmente la primera vez que pude contemplar sus caras. Levantándose el velo que les cubría, descubrí que me había casado

con dos estupendos ejemplares de la raza hindú y que curiosamente me resultaban familiares. Morenas con grandes ojos negros, tanto Dhara como Samali tenían unas delicadas facciones que unidas a la profundidad de sus miradas, las convertía en dos auténticos bellezones.

Deslumbrado por la perfección de sus rasgos, les ayudé a subirse al carruaje y bajo un baño de flores, salimos rumbo a nuestro futuro. El cura había previsto todo y a los pocos metros, nos estaba esperando su coche para llevarnos directamente al aeropuerto y fue allí donde me enteré que aunque con mucho acento, ambas mujeres hablaban español al haber sido educadas en el colegio de los capuchinos.

Aprovechando el momento, me encaré con el padre Juan y cabreado, le eché en cara el haberme engañado. El sacerdote, con una sonrisa, respondió que no me había estafado y que él había insistido a la madre que les dijese ese matrimonio era un engaño. Al ver mi insistencia, tuvo que admitir que no lo había tratado directamente con las dos muchachas pero que confiaba en que fueran conscientes del trato.

—Pedro, si tienes algún problema, llámame— dijo poniendo en mi mano sus papeles.

La segunda sorpresa que me deparaba el haberme unido a esas mujeres fue ver sus nombres en los pasaportes, porque siguiendo la costumbre hindú sus apellidos habían desaparecido y habían adoptado los míos, así que en contra de la lógica occidental, ellas eran oficialmente Dhara y Samali Álvarez de Luján.

CAPÍTULO 2 EL VIAJE

En la zona de embarque, me despedí del cura y entregando los tres pasaportes a un agente, entramos en el interior del aeropuerto. No me tranquilicé hasta que pasamos el control de seguridad porque era casi imposible que un poli del tres al cuarto pudiera intentar hacer algo en la zona internacional. Como teníamos seis horas para que saliera nuestro avión, aproveché para hablar con las dos primas.

Se las veía felices por su nuevo estado y tratándome de agradecer, ambas competían en quien de las dos iba a ser la encargada de llevar las bolsas del equipaje. Tratando de hacer tiempo, recorrimos las tiendas de la terminal. Al hacerlo, vi que se quedaban encandiladas con una serie de saris que vendían en una de las tiendas y sabiendo lo difícil que iba a ser comprar algo parecido en Madrid, decidí regalárselos.

—El dueño de la casa donde viviremos ya se ha gastado bastante en la boda. Ni mi prima ni yo los necesitamos— me respondió la mayor, Samali, cuando le pregunté cual quería.

«El dueño de la casa donde viviremos», tardé en entender que se refería a mí, debido a que siguiendo las normas inculcadas desde niñas, en la India las mujeres no se pueden dirigir a su marido por su nombre y para ello usan una serie de circunloquios. Cuando caí que era yo y como no tenía ganas de discutir, me impuse diciendo:

—Si no los aceptas, me estás deshonrando. Una mujer debe de aceptar los obsequios que le son ofrecidos.

Bajando la cabeza, me pidió perdón y junto con su prima Dhara, empezó a elegir entre las distintas telas. Cuando ya habían seleccionado un par de ellos, fue la pequeña la que postrándose a mis pies, me informó:

—Debemos probarnos sus regalos.

Sin entender que era lo que quería, le pregunté:

—¿Y?

—Una mujer casada no puede probarse ropa en un sitio público sin la presencia de su marido.

Comprendí que, según su mentalidad, tenía que acompañarlas al probador y completamente cortado, entré en la habitación habilitada para ello. La encargada, habituada a esa costumbre, me hizo sentar en un sillón y mientras esperaba que trajeran las prendas, me sirvió un té:

—Son muy guapas sus esposas— dijo en un perfecto inglés — se nota que están recién casados.

Al llegar otra dependienta con las telas, preguntó cuál de las dos iba a ser la primera en probarse. Dhara, la pequeña, se ofreció de voluntaria y riéndose se puso en mitad del probador. Desde mi asiento y más excitado de lo que me hubiese gustado estar, fui testigo de cómo las empleadas la ayudaban a retirarse el sari, dejándola únicamente con una blusa corta y pegada, llamada choli y ropa interior. No pude dejar de reconocer que esa cría de dieciocho años era un bombón. Sus piernas largas y bien perfiladas serían la envidia de cualquier adolescente española.

Mientras su prima se probaba la ropa, Samali, arrodillada a mi lado, le decía en hindi que no fuese tan descocada. Al ver mi cara de asombro, poniéndose seria, me dijo:

—Le aseguro que mi pequeña es pura pero es la primera vez que se prueba algo nuevo.

—No tengo ninguna duda— contesté sin dejar de contemplar la hermosura de su cuerpo.

Habiendo elegido los que quería quedarse, le tocó el turno a la mayor, la cual sabiéndose observada por mí, bajó la mirada, al ser desnudada. Si Dhara era impresionante, su prima no tenía por qué envidiarla. Igual de bella pero con un par de kilos más rellenando su anatomía, era una diosa. Pechos grandes que aun ocultos por la choli, se me antojaron maravillosos y qué decir de su trasero: ¡sin un solo gramo de grasa era el sueño de cualquier hombre!

«Menudo panorama», pensé al percatarme que iba a tener que convivir con esos dos portentos de la naturaleza durante algún tiempo en mi chalet del Plantío. «El padre Juan no sabe lo que ha hecho, me ha metido la tentación en casa».

—Nuestro guía no va a tener queja de nosotras, hemos sido aleccionadas por nuestra madre— me explicó Dhara sacándome de mi ensoñación —sabremos hacerle feliz.

Al oír sus palabras y uniéndolas con el comentario de su prima, me di cuenta que esas dos mujeres desconocían por completo el acuerdo que su progenitora había llegado con el cura. Creían que nuestro matrimonio era real y que ellas iban a España en calidad de esposas con todo lo que significaba. Asustado por las dimensiones del embrollo en el que me había metido, decidí que nada más llegar a Madrid iba a dejárselo claro.

Al pagar e intentar coger las bolsas con las compras, las primas se me adelantaron. Recordé que era la mujer quien cargaba la compra en la India. Por eso no hice ningún intento de quitárselas y recorriendo el pasillo del aeropuerto, busqué un restaurante donde comer. Conociendo sus hábitos vegetarianos y no queriendo parecer un animal sin alma, elegí un restaurante hindú en vez de meterme en un Burger, que era lo que realmente me apetecía.

«¡Cómo echo de menos un buen entrecot!», pensé al darme el camarero la carta.

Al no saber qué era lo que esas niñas comían, decidí que lo más sencillo era que ellas pidieran pero sabiendo sus reparos medievales, dije a la mayor, si es que se puede llamar así a una cría de veinte años:

—Samali, no me apetece elegir. Quiero que lo hagas tú.

La joven se quedó petrificada, no sabiendo que hacer. Tras unos momentos de confusión y después de repasar cuidadosamente el menú, contestó:

—Espero que sea del agrado del cabeza de nuestra familia, mi elección— tras lo cual llamando al empleado, le pidió un montón de platos.

El pobre hombre al ver la cantidad de comida que le estaba pidiendo, dirigiéndose a mí, me informó:

—Temo que es mucho. No podrán terminarlo.

Había puesto a la muchacha en un brete sin darme cuenta. Si pedía poca cantidad y me quedaba con hambre, podría castigarla. Y en cambio sí se pasaba, podría ver en ello una ligereza impropia de una buena ama de casa. Sabiendo que no podía quitarle la palabra una vez se la había dado, tranquilicé al empleado y le ordené que trajera lo que se le había pedido. Solo me di cuenta de la barbaridad de lo encargado, cuando lo trajo a la mesa. Al no quedarme más remedio, decidí que tenía que terminarlo. Una hora más tarde y con ganas de vomitar, conseguí acabármelo ante la mirada pasmada de todo el restaurant.

Mi acto no pasó inadvertido y susurrándome al oído, Samali me dijo:

—Gracias, sé que lo ha hecho para no dejarme en ridículo— y por vez primera, esa mujer hizo algo que estaba prohibido en su tierra natal, tiernamente, ¡cogió mi mano en público!

No me cupo ninguna duda que ese sencillo gesto hubiese levantado ampollas en su ciudad natal, donde cualquier tipo de demostración de cariño estaba vedado fuera de los límites del hogar. Sabiendo que no podía devolvérselo sin avergonzarla, pagué la cuenta y me dirigí hacia la puerta de embarque. Al llegar pude notar el nerviosismo de mis acompañantes, al preguntarles por ello, Dhara me contestó:

—Hasta hoy, no habíamos visto de cerca un avión.

Su mundo se limitaba a la dimensión de su aldea y que todo lo que estaba sintiendo las tenía desbordadas, por eso, las tranquilicé diciendo que era como montarse en un autobús, pero que en vez de ir por una carretera iba surcando el cielo. Ambas escucharon mis explicaciones en silencio y pegándose a mí, me acompañaron al interior del aeroplano. Al ser un vuelo tan pesado, decidí con buen criterio sacar billetes de primera pero lo que no me esperaba es que fuese casi vacío, de forma que estábamos solos en el compartimento de lujo. Aunque teníamos a nuestra disposición muchos asientos, las muchachas esperaron que me sentara y entonces se acomodaron cada una a un lado.

Como para ellas todo era nuevo, les tuve que explicar no solo donde estaba el baño sino también como abrocharse los cinturones. Al trabar el de Dhara, mi mano rozó la piel de su abdomen y la muchacha lejos de retirarse, me miró con deseo. Incapaz de articular palabra, no pude disculparme pero al ir a repetir la operación con su prima ésta cogiendo mi mano, la pasó por su ombligo mientras me decía:

—Un buen maestro repite sus enseñanzas.

Ni que decir tiene que saltando como un resorte, mi sexo reaccionó despertando de su letargo. Las mujeres al observarlo se rieron calladamente, intercambiando entre ellas una mirada de complicidad. Avergonzado porque me hubiesen descubierto, no dije nada y cambiando de tema, les conté a que me dedicaba.

Tanto Samali como Dhara se quedaron encantadas de saber que el hombre con el que se habían desposado era un médico porque según ellas así ningún otro hombre iba a necesitar verlas desnudas. Solo imaginarme ver a

esa dos preciosidades como las trajo Dios al mundo, volvió a alborotar mi entrepierna. La mayor de las dos sin dejar de sonreír, me explicó que tenía frío.

Tonto de mí, no me di cuenta de que pretendía y cayendo en su trampa, pedí a la azafata que nos trajera unas mantas. Las muchachas esperaron que las tapara y que no hubiese nadie en el compartimento para pegarse a mí y por debajo de la tela, empezar a acariciarme. No me esperaba esos arrumacos y por eso no fui capaz de reaccionar, cuando sentí que sus manos bajaban mi cremallera liberando mi pene de su encierro y entre las dos me empezaron a masturbar. Al tratar de protestar, Dhara poniendo su dedo en mi boca, susurró:

—Déjenos.

Los mimos de las primas no tardaron en elevar hasta las mayores cotas de excitación a mi hambriento sexo, tras lo cual desabrochándose las blusas, me ofrecieron sus pechos para que jugase yo también. Mis dedos recorrieron sus senos desnudos para descubrir que como había previsto eran impresionantemente firmes y suaves. Solo la presencia cercana de la empleada de la aerolínea evitó que me los llevara a la boca. Ellas al percibir mi calentura, acelerando el ritmo de sus caricias y cuando ya estaba a punto de eyacular, tras una breve conversación entre ellas vi como Samali desaparecía bajo la manta. No tardé en sentir sus labios sobre mi glande. Sin hacer ruido, la mujer se introdujo mi sexo en su garganta mientras su prima me masajeaba suavemente mis testículos.

Era un camino sin retorno, al sentir que el clímax se acercaba metí mi mano por debajo de su Sari y sin ningún recato me apoderé de su trasero. Sus duras nalgas fueron el acicate que me faltaba para explotar en su boca. La muchacha al sentir que me vaciaba, cerró sus labios y golosamente se bebió el producto de mi lujuria. Tras lo cual, saliendo de la manta, me dio su primer beso en los labios y mientras se acomodaba la ropa, me dijo:

—Gracias.

Anonadado comprendí que si antes de despegar esas dos bellezas ya me habían hecho una mamada, difícilmente al llegar a Madrid iba a cumplir con lo pactado. Las siguientes quince horas encerrado en el avión, iba a ser una prueba imposible de superar. Aun así con la poca decencia que me quedaba, decidí que una vez en casa darles la libertad de elegir. No quería que fuera algo obligado el estar conmigo.

Tratando de comprender su comportamiento, les pregunté por su vida antes de conocerme. Sus respuestas me dejaron helado, por lo visto, “su madre” al quedarse viuda no tuvo más remedio para sacarlas adelante que ponerse a limpiar en la casa del policía que las pretendía. Ese hombre era tan mal bicho que a la semana de tenerla trabajando, al llegar una mañana la violó para posteriormente ponerla a servir en un burdel.

Con lágrimas en los ojos, me explicaron que como necesitaba el dinero y nadie le daba otro trabajo, no lo había denunciado. Todo el mundo en el pueblo sabía lo sucedido y a qué se dedicaba. Por eso la pobre mujer las había mandado al colegio de los monjes. Al alejarlas de su lado, evitaba que sufrieran el escarnio de sus vecinos pero sobre todo las apartaba de ese mal nacido.

«Menuda vida», pensé disculpando la encerrona del cura. El santurrón había visto en mí una vía para que esas dos niñas no terminaran prostituyéndose como la madre. Cogiéndoles las manos, les prometí que en Madrid, nadie iba a forzarlas a nada. No había acabado de decírselo cuando con voz seria Dhara me replicó:

—El futuro padre de nuestros hijos no necesitará obligarnos, nosotras les serviremos encantadas. Pero si no le cuidamos adecuadamente es su deber hacérselo saber y castigarnos.

La sumisión que reflejaba sus palabras no fue lo que me paralizó, sino como se había referido a mi persona. Esas dos crías tenían asumido plenamente que yo era su hombre y no les cabía duda alguna, que sus vientres serían germinados con mi semen. Esa idea que hasta hacía unas pocas horas me parecía inverosímil me pareció atrayente y en vez de rectificarla, lo dejé estar. Samali que era la más inteligente de las dos, se dio cuenta de mi silencio y malinterpretándolo, llorando me preguntó:

—¿No nos venderá al llegar a su país?

Al escucharla comprendí su miedo y acariciando su mejilla, respondí:

—Jamás haría algo semejante. Vuestro sufrimiento se ha acabado, me comprometí a cuidaros y solo me separaré de vosotras, si así me lo pedís.

Escandalizadas, contestaron al unísono:

—Eso no ocurrirá, hemos jurado ser sus eternas compañeras y así será.

Aunque eso significaba unirme de por vida a ellas, escuché con satisfacción sus palabras. Tras lo cual les sugerí que descansaran porque el

viaje era largo. La más pequeña acurrucándose a mi lado, me dijo al oído mientras su mano volvía a acariciar mi entrepierna:

—Mi prima ya ha probado su virilidad y no es bueno que haya diferencias.

Solté una carcajada al oírla. Aunque me apetecía, dos mamadas antes de despegar era demasiado y por eso pasando mi mano por su pecho le contesté:

—Tenemos toda una vida para lo hagas.

Poniendo un puchero pero satisfecha de mis palabras, posó su cabeza en mi hombro e intentó conciliar el sueño. Su prima se quedó pensativa y después de unos minutos, no pudo contener su curiosidad y me soltó:

—Disculpe que le pregunte: ¿tendremos que compartir marido con alguna otra mujer?

Tomándome una pequeña venganza hice como si no hubiese escuchado y así dejarla con la duda. El resto del viaje pasó con normalidad y no fue hasta que el piloto nos informó que íbamos a aterrizar cuando despertándolas les expliqué que no tenía ninguna mujer. También les pedí que como en España estaba prohibida la poligamia al pasar por el control de pasaportes y aprovechando que en nuestros pasaportes teníamos los mismos apellidos, lo mejor era decir que éramos hermanos por adopción. Las muchachas, nada más terminar, me dijeron que si les preguntaban confirmarían mis palabras.

—Sé que es raro pero buscaré un abogado para buscar la forma de legalizar nuestra unión.

Dhara al oírme me dio un beso en los labios, lo que provocó que su prima, viendo que la azafata pululaba por el pasillo, le echase una bronca por hacerlo en público.

«¡Qué curioso!», pensé, «No puso ningún reparo a tomar en su boca mi sexo y en cambio se escandaliza de una demostración de cariño».

Al salir del avión y recorrer los pasillos del aeropuerto, me percaté que la gente se volteaba a vernos.

«No están acostumbrados a ver a mujeres vestidas de sari», me dije en un principio pero al mirarlas andar a mi lado, cambié de opinión; lo que realmente pasaba es que eran un par de bellezas. Orgulloso de ellas, llegué al mostrador y al dar nuestros pasaportes al policía, su actitud hizo que mi opinión se confirmara. Embobado, selló las visas sin apenas fijarse en los

papeles que tenía enfrente porque su atención se centraba exclusivamente en ellas.

—Están casadas— solté al agente, el cual sabiendo que le había pillado, se disculpó y sin más trámite nos dejó pasar.

Samali, viendo mi enfado, me preguntó qué había pasado y al explicarle el motivo se sonrió y excusándolo, dijo:

—No se debe haber fijado en que llevamos el bindi rojo.

Al explicarle que nadie en España sabía que el lunar rojo de su frente significaba que estaba casada, me miró alucinada y me preguntó cómo se distinguía a una mujer casada. Sin ganas de explayarme y señalando el anillo de una mujer, le conté que al casarse los novios comparten alianzas. Su reacción me cogió desprevenido, poniéndose roja como un tomate, me rogó que les compraras uno a cada una porque no quería que pensarán mal de ellas.

—No te entiendo— dije.

—No es correcto que dos mujeres vayan con un hombre por la calle sino es su marido o que en el caso que estén solteras, éste no sea un familiar.

Viendo que desde su punto de vista, tenía razón, prometí que los encargaría. Al llegar a la sala de recogida de equipajes, con satisfacción, comprobé que nuestras maletas ya habían llegado y tras cargarlas en un carrito, nos dirigimos hacia la salida. Nadie nos paró en la aduana, de manera que en menos de cinco minutos habíamos salido y nos pusimos en la cola del Taxi. Estaba charlando animadamente con las dos primas cuando, sin previo aviso, alguien me tapó los ojos con sus manos. Al darme la vuelta, me encontré de frente con Lourdes, una vieja amiga de la infancia, la que sin percatarse que estaba acompañado, me dio dos besos y me preguntó que cuándo había vuelto.

—Ahora mismo estoy aterrizando— contesté.

—¡Qué maravilla! Ahora tengo prisa pero tenemos que hablar. ¿Por qué no me invitas a cenar el viernes en tu casa? Y así nos ponemos al día.

—Hecho— respondí sin darme cuenta al despedirme que ni siquiera le había presentado a mis acompañantes.

Las muchachas que se habían quedado al margen de la conversación, estaban enfadadas. Sus caras reflejaban el cabreo que sentían pero, realmente no reparé en cuanto, hasta que oí a Dhara decir a su prima en español para

que yo me enterara:

—¿Has visto a esa mujer? ¿Quién se cree que es para besar a nuestro marido y encima auto invitarse a casa?

Al ver que estaba celosa, estuve a punto de intervenir cuando para terminarla de joder, escuché la contestación de su prima:

—Debe de ser de su familia porque si no lo es: ¡este viernes escupiré en su sopa!

«Mejor me callo», pensé al verlas tan indignadas y sabiendo que esa autoinvitación era un formulismo que en un noventa por ciento de los casos no se produciría, me subí al siguiente taxi. Una vez en él, pedí al conductor que nos llevara a casa pero que en vez de circunvalar Madrid lo cruzara porque quería que las muchachas vieran mi ciudad natal.

Con una a cada lado, fui explicándoles nuestro camino. Ellas no salían de su asombro al ver los edificios y la limpieza de las calles, pero contra toda lógica lo único que me preguntaron era porqué había tan pocas bicicletas y dónde estaban los niños.

Solté una carcajada al escucharlas, para acto seguido explicarles que en España no había tanta costumbre de pedalear como en la India y que si no veían niños, no era porque los hubieran escondido sino porque no había.

—La pareja española tiene un promedio de 1.8 niños. Es una sociedad de viejos— dije recalcando mis palabras.

Dhara hablando en hindi, le dijo algo a Samali que no entendí pero que la hizo sonreír. Cuando pregunté qué había dicho, la pequeña avergonzada respondió:

—No se enfade conmigo, era un broma. Le dije a mi prima que los españoles eran unos vagos pero que estaba segura que el padre de nuestros futuros hijos iba pedalear mucho nuestras bicicletas.

Ante semejante burrada ni siquiera el taxista se pudo contener y juntos soltamos una carcajada. Al ver que no me había disgustado, las dos primas se unieron a nuestras risas y durante un buen rato un ambiente festivo se adueñó del automóvil. Ya estábamos cogiendo la autopista de la Coruña cuando les expliqué que vivía en un pequeño chalet cerca de donde estábamos.

Asintiendo, Samali me preguntó si tenía tierra donde cultivar porque a ella le encantaría tener una huerta. Al contestarle que no hacía falta porque en

Madrid se podía comprar comida en cualquier lado, ella respondió:

—No es lo mismo, Shakti favorece con sus dones a quien hace germinar al campo— respondió haciendo referencia a la diosa de la fertilidad.

«O tengo cuidado, o estas dos me dan un equipo de futbol», pensé al recapacitar en todas las veces que habían hecho aludido al tema.

Estaba todavía reflexionando sobre ello, cuando el taxista paró en frente de mi casa. Sacando dinero de mi cartera, le pagué. Al bajarme y sacar el equipaje, vi que las muchachas lloraban.

—¿Qué os ocurre?— pregunté.

—Estamos felices al ver nuestro hogar. Nuestra madre vive en una casa de madera y jamás supusimos que nuestro destino era vivir en una mansión de piedra.

Incómodo por su reacción, abriendo la puerta de la casa y mientras metía el equipaje, les dije que pasaran pero ellas se mantuvieron fuera. Viendo que algo les pasaba, pregunté que era:

—Hemos visto películas occidentales y estamos esperando que nuestro marido nos coja en sus brazos para entrar.

Su ocurrencia me hizo gracia y cargando primero a Samali, la llevé hasta el salón, para acto seguido volver a por su prima. Una vez los tres reunidos, las dos muchachas no dejaban de mirar a su alrededor completamente deslumbradas, por lo que para darles tiempo a asimilar su nueva vida, les enseñé la casa. Sirviéndoles de guía las fui llevando por el jardín, la cocina y demás habitaciones pero lo que realmente les impresionó fue mi cuarto. Por lo visto jamás habían visto una King Size y menos una bañera con jacuzzi. Verlas al lado de mi cama, sin saber qué hacer, fue lo que me motivó a abrazarlas. Las dos primas pegándose a mí, me colmaron de besos y de caricias pero cuando ya creía que íbamos a acabar acostándonos, la mayor arrodillándose a mis pies dijo:

—Disculpe nuestro amado. Hoy va a ser la noche más importante de nuestras vidas pero antes tenemos que preparar cómo marca la tradición el lecho donde nos va a convertir en mujeres plenas.

«¡Mierda con la puta tradición!», refunfuñé en mi interior pero como no quería parecer insensible, pregunté si necesitaban algo.

Samali me dijo si había alguna tienda donde vendieran flores. Al contestarle que sí, me pidió si podía llevar a su prima a elegir unos cuantos

ramos porque era muy importante para ellas. No me pude negar porque aún cansado, la perspectiva de tenerlas en mis brazos era suficiente para dar la vuelta al mundo.

CAPÍTULO 3 CONSUMAMOS EL MATRIMONIO

Al subirme en el coche con Dhara, ella coquetamente esperó a que le abrochase el cinturón, momento que aproveché para acariciarle el pecho. Al no haber público, la muchacha no solo se dejó hacer sino que despojándose de su blusa, me los ofreció diciendo:

—Son suyos.

Su mirada inocente me hizo ser tierno y cogiéndolos en mis manos, los acaricié antes de llevar mi lengua a ellos. Su piel morena realzaba la belleza de sus senos. Con el tamaño y la firmeza exacta, esperaron mis mimos. Al jugar con mi lengua en esa areola, su dueña emitió un gemido confirmando su deseo y asiendo su pezón entre mis dedos, lo encontré dispuesto. Sin más dilación, me lo metí en la boca. La muchacha completamente entregada puso su otro pecho a mi alcance mientras acariciaba con la mano mi entrepierna. Mi sexo reaccionó irguiéndose, momento que Dhara aprovechó para sin ningún recato con su mirada pedirme permiso.

Le respondí acomodándome.

La joven se puso de rodillas sobre su asiento y deslizándose sobre mi cuerpo, pasó su lengua sobre las comisuras de mi glande antes de con una sensualidad imposible de describir irse introduciendo lentamente mi sexo en su boca. La lentitud con la que lo hizo, me permitió sentir la frescura de sus labios recorriendo cada porción de la piel de mi pene. Increíblemente, no paró hasta que su garganta absorbió por completo toda mi extensión y entonces usando su boca como si de su sexo se tratara, empezó con un suave vaivén que me hizo suspirar.

Al comprobar que me gustaba, aceleró su ritmo lentamente mientras con sus dedos masajeaba mis testículos. La cadencia de sus movimientos se fue convirtiendo en desenfrenada y sin poderme aguantar, eyaculé en su interior. La muchacha no se quedó satisfecha hasta que consiguió exprimir la última gota de mi sexo y solo entonces, dándome un beso, me hizo probar el sabor de mi semen. Si no llega a ser porque nos esperaban y sobre todo porque cuando la poseyera debía de hacerlo siguiendo sus reglas, juro que allí mismo la hubiese hecho el amor. Menos mal que la poca coherencia que me quedaba me obligó a separarla y decirle que debíamos irnos.

Dhara, sonriendo, me susurró:

—Mi prima y yo ya estamos en paz. Estoy deseando contarle que tiene razón.

—¿Razón?

—En el avión, después de probarla, me dijo que el sabor de la simiente de nuestro marido era un manjar.

Confuso por la confesión de la muchacha, encendí el coche. El camino hasta el centro comercial me sirvió para recapacitar sobre la actitud de las muchachas sobre el sexo. Por su educación, puertas afuera eran unas mojigatas pero bajo el amparo del hogar esas crías se estaban mostrando como unas amantes insaciables.

«A este paso, voy a tener que agenciarme una tonelada de Viagra».

Ya en el centro comercial, la muchacha se agenció de todas las rosas que había en la floristería y al pasar por una frutería, me preguntó si teníamos comida en la casa. Como le contesté que no, cogiéndome del brazo, entró en el local y como niña con zapatos nuevos, lleno medio carrito con diferentes frutas y verduras.

Había pasado una hora desde que salimos del chalet. Al llegar, Samali nos saludó en la entrada al modo tradicional, uniendo las manos y arrodillándose, tras quitarme los zapatos, me puso unas babuchas que había sacado de mi equipaje. Ese acto de sumisión inaudita a los ojos de una occidental, ella lo realizó con una sonrisa de satisfacción en su cara, no en vano la habían educado para servir y por primera vez se lo hacía a alguien que consideraba propio, su marido. Mirándola, descubrí que iba descalza.

Dhara, al entrar con las compras, se quitó sus sandalias dejándolas a un lado de la puerta y corriendo, se fue a la cocina. Sus movimientos denotaban una femineidad difícil de encontrar en las occidentales. A su prima, no le pasó desapercibida la forma en que miré a la muchacha cuando salía y un poco celosa, me dijo:

—Es muy hermosa.

Sabiendo que a las hindúes les encantan los piropos pero que no podía caer en la grosería de menospreciar a una para ensalzar a otra, respondí mientras acariciaba su mejilla:

—Sí, pero ¿qué es más bello una flor o un colibrí?

Al oírme, se sonrojó. En ese momento no caí en la cuenta que en la

India, ese pajarillo era el ave del amor y que mis palabras, eran una declaración en toda regla. Al no estar habituada a ese tipo de galanterías, se puso nerviosa y tratando de devolverme el piropo me soltó:

—Nuestro marido es un búfalo.

Aunque sabía por mi estancia en ese país que ese animal era considerado casi un Dios al ser el motor de su economía, ya que, se usaba para arar las tierras y sus excrementos eran el único abono que disponían, no pude evitar reírme y contestar:

—Espero que no sea por los cuernos.

La cría no me entendió y cuando recalcándole que era broma, le expliqué el significado en español, se echó a reír pidiéndome perdón. Siguiendo con la burla, la cogí en mis brazos y sentándome en el sofá, empecé a darle azotes en su trasero. Samali, muerta de risa, empezó a dar gritos como si la estuviera matando. Su prima al oírnos, vino corriendo y al enterarse del motivo del supuesto castigo, se unió a nosotros haciéndole cosquillas. Lo que había empezado siendo un juego se fue transformando y a los pocos segundos, se volvió un maremágnum de besos y caricias. Nuestros tres cuerpos se fueron entrelazando en un ritual de apareamiento. Cuando ya estábamos a punto de perder el control, Samali, susurrándome al oído, dijo:

—Vamos a su cuarto.

Cogiendo sus manos, las llevé a mi habitación donde me encontré que no solo olía a incienso sino que decorando la cama las sábanas estaban repletas de pétalos de rosa.

Nada más entrar, las primas a empujones me llevaron hasta el baño, donde habían preparado la bañera y con ternura me desnudaron. Una vez en pelotas, me pidieron me metiera en el agua. Ni que decir tiene que en ese instante me encontraba excitado. Las dos mujeres haciendo caso omiso a mi erección y disfrutando como niñas, me lavaron el pelo mientras no paraban de reír. Es más, demostrando una alegría desbordante se dedicaron a enjabonarme todo el cuerpo, dando énfasis a mi entrepierna. Una vez habían decidido que ya estaba limpio, me pidieron que saliera de la tina y me secaron, para acto seguido ponerme una especie de camisola larga muy típica en su país.

Sabiendo que debía de seguir sus instrucciones, dejé que me tumbaran en la cama. Las primas despidiéndose, me dijeron que volvían enseguida. Durante cinco minutos esperé su vuelta. Cinco minutos que me parecieron

eternos. Cuando ya estaba desesperado, las vi aparecer por la puerta. Se habían cambiado de ropa y volvían únicamente vestidas con un sencillo camisón transparente que me permitió ver sus cuerpos sin ninguna cortapisa. Me quedé sin aliento al comprobar que no sabía cuál era más atractiva, si la traviesa y delicada Dhara o la sensual y madura Samali.

Como los preliminares eran importantes, me levanté y las besé. La boca de la mayor me recibió con gozo mientras su dueña pegaba su pubis contra mi sexo. Envalentonado, atraje a la menor y uniendo sus labios a los nuestros, nuestras tres lenguas se entrelazaron sin importar a quien pertenecían. Entre tanto, mis manos como si tuviesen vida propia fueron de un trasero a otro obligándolas a fundirse todavía más en el abrazo. Separando a Samali, deslicé los tirantes de su camisón, dejándolo caer al suelo. Sus pechos perfectos parecían llamarme y acercando mi boca, jugueteé con su aureola.

Ésta se erizó al sentir la humedad de mi lengua recorriendo sus bordes. Viendo que Dhara se quedaba aislada, le ofrecí el otro pecho. La muchacha, mirando a la mayor, le pidió permiso. Al concedérselo con un gemido, imitándome cogió el seno entre sus manos y metiéndose el pezón entre los dientes, lo mordisqueó suavemente y entre los dos provocamos que un sollozo de deseo saliera de la garganta de nuestra víctima.

Comprendiendo que eran dos mis mujeres, sin dejar de abrazar a Samali besé a la pequeña. Ésta al sentir que le hacía caso, ella misma se bajó el camisón e izando sus pechos casi adolescentes, con sus manos nos los dio como ofrenda. Sin pausa, dos bocas mamaron de los negros pezones de esa cría, la cual en contraste con la serenidad de la prima gritó su placer mientras restregaba su sexo contra el mío.

La excitación de los tres era patente y por eso llevándolas a la cama, las deposité lentamente en las sabanas. Completamente desnudas, mis mujeres me llamaron a su lado. Tardé unos instantes en desnudarme porque era incapaz de apartar la mirada de ellas. Nada de lo que me había ocurrido en la vida, podía compararse a la visión de ese par de bellezas hambrientas de deseo emplazándome a apagar el fuego de sus cuerpos.

Al despojarme de la camisola, las dos primas contemplaron mi pene erguido con una mezcla de temor y esperanza. Fue Samali la que, abriendo un hueco entre las dos, me rogó que lo rellenara con mi cuerpo. Deseando ser capaz de satisfacer las ansias de ambas, me tumbé a su lado. Las dos primas

pegándose a mí, me colmaron de besos mientras sus manos recorrían mi piel.

No es fácil de narrar, lo que ocurrió a posterior. Dhara y su prima completamente embebidas de pasión y usándome como soporte, empezaron a restregar sus sexos contra mis piernas, tratando de calmar la calentura que les poseía. Sus maniobras lejos de apaciguar su fiebre, la incrementó, mojando mis pantorrillas con su flujo. El roce de sus senos contra mi pecho me estaba llevando a un grado de excitación que creí que iba a hacer que me corriera por lo que, separándolas, tumbé boca arriba a la mayor y mientras mis besos recorrían sus muslos, le pedí a Dhara que se ocupara de sus pechos.

Ella, no solo se apoderó de sus pechos sino que separando con los dedos los labios de Samali, me ofreció su virginal sexo. Acercando lentamente mi lengua a mi meta, probé de su néctar antes de concentrarme en su clítoris. Al sentir mi apéndice sobre su botón, la morena se corrió en mi boca. No contento con su entrega, proseguí con mis caricias recorriendo los pliegues de su sexo.

Incapaz de contenerse y poniendo su mano sobre mi cabeza, forzó el contacto. Su sabor oriental impregnó mis papilas, reafirmando mi erección. Como si su cueva fuera una fuente y yo un náufrago, bebí del manantial que se me ofrecía, lo que prolongó su éxtasis. La pequeña de las dos, entretanto y sin dejar de acariciarle los pechos, llevó su mano a su propio sexo y se empezó a masturbar.

Un chillido de placer de Samali, me confirmó que estaba dispuesta por lo que acerqué mi glande a su excitado orificio. Ella al experimentarlo, moviendo sus caderas, me pidió que la tomara. Sabiendo que no me bastaba con ganar la batalla sino que tenía que asolar sus defensas, me entretuve rozando la cabeza de mi pene en su entrada, sin meterla. Cuando la vi pellizcarse los pezones, decidí que era el momento y forzando su himen, fui introduciendo mi extensión en su interior.

La muchacha gritó por su virginidad perdida pero, reponiéndose rápidamente, violentó mi penetración con un movimiento de sus caderas. Con lágrimas en los ojos, volvió a correrse. La humedad de su cueva sobre mi pene facilitó mis maniobras y casi sin oposición la cabeza de mi sexo chocó contra la pared de su vagina, rellenándola por completo.

Su prima pegándose a mi espalda, siguió mis movimientos como si fuéramos los dos quienes estuvieran desvirgándola. Mi cuerpo me pedía que precipitara mis movimientos pero mi mente lo prohibió, dejando solo que

paulatinamente fuese acelerando la cadencia. La lentitud de mis penetraciones llevaron a un estado de locura a la mujer y clavando sus uñas en mi trasero, me exigió incrementara el ritmo. Dhara, tan excitada como la otra, tumbándose a un lado llevó mi mano a su sexo y gimiendo me imploró que la tocara.

Samali al oírlo, cambió sus pechos por el sexo de su prima e imprimiendo a su mano una velocidad endiablada, torturó su clítoris. Al ver que mi otra mujer estaba siendo consolada, agarrándola de los hombros, llevé al máximo la velocidad de mis embestidas. Fue entonces cuando al percatarme que el placer me estaba empezando a dominar, pasé una de las manos al pecho de la pequeña y estrujándolo, me corrí sembrando con mi simiente el interior de la mayor. Ésta al sentir que estaba eyaculando, nuevamente entre gritos, se corrió.

Dhara al confirmar que me separaba de Samali, cogiendo uno de los camisones, lo pasó por la entrepierna de su prima y satisfecha me lo dio, diciendo:

—Era niña y ahora es mujer— y sin darme un minuto de pausa, arrodillándose frente a mí intentó reanimar a mi adolorido sexo.

Cansado me tumbé al lado de la mayor. Al verme, su prima aprovechó mi postura para acercar su sexo a mi cara. Sin hacerme de rogar separé sus hincados labios y sacando la lengua, jugueteé con sus pliegues mientras me reponía. La cría gimió al sentirlo y agachándose sobre mi cuerpo, acogió en su boca mi pene todavía morcillón. Envalentonado, mordí su clítoris mientras le daba un azote. Mi acción tuvo como resultado que como si fuera un grifo de su sexo manara su placer. Su sabor agridulce inundó mi paladar y buscando el placer de la muchacha, intenté meter la lengua en su interior. Ella al experimentar que había hoyado su secreto, no pudo más y se derramó sobre mi boca.

Samali, ya repuesta e incorporándose, ayudó a su prima en su labor. Percatarme que eran dos bocas las que alternativamente se engullían mi pene, fue el último empujón que necesitó éste para erguirse a su máxima expresión.

La mayor de las dos, viendo que estaba ya preparado, ordenó a su prima que cambiara de postura y cogiendo mi extensión entre sus manos, apuntó al sexo de Dhara. Ella, poniéndose a horcajadas sobre mí, fue lentamente empalándose sin dejar de gemir. Si el conducto de Samali era estrecho, el de ella lo era aún más y por eso tardé una eternidad en llenarlo

por completo. La muchacha buscando conseguirlo, izaba y bajaba su pequeño cuerpo, consiguiendo en cada ocasión que un poco más de mi miembro se embutiera en su interior. Su prima intentando hacer más placentero su tortura, comenzó a lamer sus pezones mientras masajeaba el clítoris de la cría.

No sé si fue a consecuencia de ello o que la muchacha al fin consiguió relajar sus músculos pero fue entonces cuando la base de mi pene entró en contacto con su breve mata de pelos. Si hasta ese momento la penetración había sido dolorosa, cuando se hubo acostumbrado a tenerla en su seno Dhara se convirtió en una máquina y retorciendo su delicada anatomía buscó un placer que le fue dado una y otra vez.

Resultó ser multiorgásmica y unió un clímax con el siguiente. Samali viendo que su pequeña estaba disfrutando, aprovechó para darme de mamar. Como un obseso, me así a sus pechos mientras mi pene seguía siendo violado por la batidora en que se había convertido el sexo de la morenita. La excitación acumulada me venció e incorporándome sin sacársela, le clavé repetidamente mi estoque hasta lo más profundo de su cuerpo. Dhara se vio desbordada por el placer y soltando un grito, se corrió por última vez cayendo desplomada sobre las sabanas. Su desmayo no me importó, al contrario, al verla tirada, aumenté el ritmo de mis estocadas. No tardé en experimentar un gran orgasmo, bañando con mi semen la pequeña vagina.

Agotado por el esfuerzo, me dejé caer sobre la cama. Samali imitando a su prima, me mostró el rastro de sangre sobre las sabanas y abrazándose a mí, susurró a mi oído:

—Éramos niñas y ahora somos sus mujeres.

Soltando una carcajada, las abracé mientras recordaba la razón por la cual esas dos jovencitas compartían mi lecho.

«Cuando se entere el padre Juan de lo que he hecho, me va a matar», y riendo, pensé: «¡Qué se joda! Si quería alejarlas del prostíbulo, ¡lo ha conseguido! Aunque ello signifique que las ha metido en mi cama».

CAPÍTULO 4 MI HERMANO.

Estaba todavía abrazado a ellas, cuando escuché el timbre del chalet. Y antes que me diese tiempo de levantarme, vi a Dhara salir corriendo de la cama mientras se ponía una bata encima. Creyendo que sería un error porque no esperaba ninguna visita, me relajé acariciando a Samali, la cual recibió con gozo mis mimos y pegándose a mí, buscó reactivar la pasión de la noche anterior. Mi pene salió de su letargo en cuanto sintió la presión de su mano recorriendo mi piel.

«¡Qué gozada!», pensé al leer en sus ojos el deseo y forzando con mi lengua sus labios, separé sus piernas y viendo que estaba dispuesta, la ensarté dulcemente.

No llevábamos ni medio minuto haciendo el amor, cuando su prima entró en la habitación y poniéndose de rodillas junto a la cama, dijo:

—Esposo nuestro, un hombre que dice ser su hermano le espera en el salón.

Me quedé helado al comprender que Javier se había enterado de mi vuelta y comprendiendo que cuando le contara que me había casado, se iba a cabrear, decidí bajar y enfrentarme a él. No en vano era mi hermano mayor y desde que nuestros padres habían muerto en un accidente, su mujer y él me habían acogido en su casa hasta que tuve edad de independizarme.

Al explicarle a las dos mujeres quién era y que no había tenido tiempo de informarle de nuestra boda, se quedaron aterrorizadas al no estar presentables ni tener nada preparado para ofrecerle y levantándose ipso facto se pusieron a arreglar. Yo en cambio, solo me puse un pantalón y una camisa antes de bajar por las escaleras e ir al salón.

Javier, mientras me esperaba, se había calentado un café en el micro. Debía de estar extrañado que le hubiese abierto la puerta una muchacha hindú y por eso cuanto me vio entrar por la puerta, con una sonrisa, me soltó:

—No me puedo creer que te hayas traído una criada. No sabes lo difícil que va a resultar arreglarle los papeles— en su tono descubrí que estaba preocupado por el poco criterio que su hermanito demostraba.

—No es mi criada— contesté.

—Ah, ya me extrañaba. — suspiró más tranquilo al pensar que era un ligue. —Tengo que reconocer que tienes gusto para las mujeres, esa cría está

buenísima.

Sin saber cómo plantearle el asunto, me serví otro café antes de aclararle la verdadera naturaleza de su presencia. Estaba a punto de empezar cuando las dos primas entraron en la habitación y sin darme tiempo a reaccionar, se arrodillaron a sus pies.

Mi hermano, completamente alucinado, me miró buscando respuestas a ese comportamiento, momento que aproveché para decirle:

—Javier, te presento a Dhara y a Samali mis esposas.

—¡Me estás tomando el pelo!— contestó sin acabárselo de creer.

Incrementando su estupor, Samali, la mayor, se levantó y besando su mano, le soltó:

—Es un honor recibir en casa al hermano de nuestro marido. Solo espero que le disculpe por no haberle avisado de nuestra boda pero la urgencia de su vuelta a España, hizo que fuera imposible tener tiempo para hacerlo.

—¡No me lo creo!— exclamó indignado.

Dhara eligió ese momento para presentarse e incorporándose lo besó, diciendo:

—Comprendo su disgusto, pero si tiene que enfadarse con alguien es con nosotras. A mi prima y a mí nos resultaba imposible aplazar la boda y por eso, nos casamos este domingo.

Que me hubiese casado, pase. Que fuera con dos mujeres, le cabreó. Pero saber que me había desposado con dos primas, le hundió y sentándose en un sillón, me pidió un whisky.

—Son la diez de la mañana— respondí.

—¿Te extraña que necesite una copa después de lo que me habéis contado?

Sin esperar que se lo pidiera, Samali se dirigió al bar y poniendo dos, nos los trajo. Al ver que me sentaba al lado de mi hermano, las dos mujeres se arrodillaron frente a nosotros porque querían ser testigos de la explicación y así no meter la pata.

Su presencia me obligó a mentirle. No podía avergonzarlas en frente de Javier y por eso, sabiendo que se iba a enfadar no le hablé del engaño del cura sino que le dije:

—Siento no haberte avisado pero si te lo hubiera dicho, hubieras intentado que recapacitara. En cuanto las conocí, me enamoré de ellas y supe que no podía elegir a una dejando a la otra. Como su familia estaba de acuerdo, me casé el mismo día que me venía. Sé que es difícil de comprender, pero antes de que hables quiero que sepas que nada de lo que digas va a hacerme cambiar de opinión.

—Estás como una puta cabra— me soltó y poniendo cara de angustia, dijo: —¿Cómo cojones le voy a decir a María lo que has hecho?

—Si usted lo prefiere— intervino Samali —deje que seamos nosotras quienes se lo digamos. Su mujer lo comprenderá mejor si lo oye de nuestros labios. Mi prima y yo le explicaremos que nuestro amor es puro y que en modo alguno nos hemos visto forzadas. Haga como si no sabe nada y esta noche, buscaremos el momento mientras vienen a cenar. Usted solo debe decirle que su hermano ha aparecido en España con dos amigas.

Viendo una salida, Javier aceptó y terminándose la copa de un trago, se despidió preguntando a qué hora era la cena:

—A las nueve les esperamos en ésta, su casa— contestó la pequeña de las dos mientras le acompañaba hasta la puerta.

Nada más desaparecer, las dos mujeres me preguntaron un tanto confusas porque me había inventado esa historia.

—Os quiero a las dos y según la mentalidad europea si cuento que os conocí el día de la boda, pensarían que os he comprado.

—Pero eso es lo que ha hecho. Pagó nuestra dote, liberándonos de un destino horrible— preguntó extrañada Samali: —Su acción lejos de merecer reproche, le dignifica.

—Según vuestra forma de pensar, sí. Pero según la española, nunca considerarían valido este matrimonio y os verían como algo digno de lástima.

—Aunque no lo comprendo... entonces— preguntó Dhara, —¿ha mentido para darnos un lugar y que nadie nos menosprecie?

—Así es— respondí.

Tras recapacitar durante unos instantes, las dos primas sonrieron y cogiéndome del brazo, me llevaron escalera arriba.

—¿Dónde vamos?— pregunté al ver su alegría.

—A intentar darle un hijo al mejor de los hombres— respondieron mientras me bajaban la bragueta del pantalón.

Ni siquiera dejaron que me tumbara. Arrodillándose a mis pies, las dos primas compitieron con sus bocas a ver quién de las dos podía absorber más cantidad de mi pene en menos tiempo. No me cupo ninguna duda que Samali ganó, porque fue ella la que consiguió introducirse mi extensión obligando a Dhara a conformarse con mis testículos. La visión de esas dos preciosidades prostradas mientras buscaban mi placer, hizo que me excitara alcanzando una erección como pocas veces había experimentado.

Ellas, al comprobar el resultado de sus caricias, como posesas buscaron extraer el jugo de mi sexo. Avergonzado, noté que el placer se acumulaba en mi interior y temiendo eyacular antes de tiempo, les pedí un respiro:

—Tranquilas, si seguís así: ¡me voy a correr!

—Eso queremos— contestó la pequeña dejando por unos instantes sus mimos: —riegue con su simiente la boca de mi prima que luego ya tendrá tiempo de hacer germinar nuestros vientres.

Su completa entrega fue la gota que colmó mi vaso y dando un suspiro, dejé que mi pene soltara la tensión que en ese momento me dominaba. Samalí aceptó la ofrenda con gozo y saboreando mi semen como si fuera un manjar, se lo bebió gimiendo de placer. Acababa de limpiar con su lengua mi última gota, cuando me vi forzado a tumbarme y desde esa posición, observé como mis dos mujeres se desnudaban sensualmente. La primera en terminar fue la pequeña que lanzándose sobre mí, restregó su delicado cuerpo contra mi piel, consiguiendo reactivar mi maltrecho pene. Ni siquiera esperó a que descansara, abriendo sus piernas, se fue empalando lentamente hasta hacerlo desaparecer en su interior.

—No es justo— protestó su prima —soy la mayor y por lo tanto, debe ser a mí a quien posea en primer lugar.

Dhara, moviendo sus caderas, le sacó la lengua y dirigiéndose a mí, dijo:

—¿Verdad que me toca a mí?

No contesté. No debía entrar en ese juego, por lo que, para evitar males mayores, cogí a Samali de la cintura y le dije:

—Quiero devolverte el placer.

La muchacha se rio y pasando su pierna por encima de mi cabeza, puso su sexo en mi boca. Por mucho que lo viera, no podía acostumbrarme a su belleza y haciendo caso a lo que me pedía el cuerpo, separé sus labios y con

la lengua la penetré.

Samali suspiró al ver hoyada su abertura y olvidándose de la afrenta sufrida, besó a su prima mientras disfrutaba de mis caricias. Buscando alargar mi penetración, me concentré en el clítoris que tenía a mi alcance y con suaves mordiscos, fui torturándolo hasta oír los gemidos de su dueña. El sabor de ella recorrió mis papilas, impregnando mi paladar de un dulzor imposible de describir. De su cueva no tardó en brotar un arroyo espeso, antesala al clímax que se estaba gestando en su interior. Al notarlo, aceleré los movimientos de mi lengua recogiendo cual cuchara el flujo que la muchacha me brindaba.

Samali frotando su sexo contra mi boca, se derritió dando gritos, consiguiendo adelantarse a su prima en la carrera de ser la primera en correrse, tras lo cual y bajándose de mi cara, se acostó a mi lado. No contenta con ello, cogiendo un pezón de la prima, lo pellizcó entre sus dedos mientras me susurraba al oído:

—No se preocupe, nunca me pondré celosa de esta casquivana. Es parte de nuestro juego— y poniendo cara de viciosa, prosiguió diciendo: —Pero si quiere castigarla por adelantarse, cuente conmigo.

Solté una carcajada al comprender que esas dos primas se divertían inventando una rivalidad que no existía y lanzándole un órdago, le ordené castigara a Dhara por su osadía. Supo que estaba haciéndome partícipe de su travesura y poniéndose de pie, empezó a azotar el trasero de la pequeña mientras le recriminaba ser tan ligera de cascos. Esta al notar las nalgadas, gritó como si la estuviesen matando e incrementando el ritmo de su movimiento, cabalgó sobre mí, desbocada.

—Serás puta— le recriminó bromeando la mayor.

—Sí, soy la puta de nuestro esposo— contestó chillando mientras se corría: —Él sabe que me tiene con solo mirarme.

Sus palabras hicieron que cambiando de postura la pusiera a cuatro patas y que de un solo empujón, la cabeza de mi glande chocara contra la pared de su vagina. La nueva posición prolongó su éxtasis y gimiendo, me pidió que la usara.

—Tomémosla juntos— rogó Samali pegando su cuerpo al mío, simulando que éramos uno, quien la poseía.

Alucinado escuché gemidos de placer a mi espalda porque, en su

fantasía, era ella quien estaba penetrando el cuerpo de su prima. Tanta excitación hizo que pegando un grito, lanzara mi simiente en su interior de forma que si su vientre resultaba germinado seríamos tres los progenitores.

Al caer agotado, me acompañó Samali en mi caída. Apartándose hacia la izquierda, Dhara permitió que nos tumbáramos sobre las sábanas. Con una prima a cada lado, descansé mientras pensaba en la oportunidad que ese cura me había brindado.

CAPÍTULO 5 LOS PREPARATIVOS.

La tensión de las dos primas se fue incrementando con el paso de las horas. De un nerviosismo lógico fueron pasando a un terror patológico, producto de la necesidad de ser aceptadas. Les había contado que María, mi cuñada, era una persona importante porque ante la ausencia de mi madre, ella había adoptado ese papel. Siendo joven, me llevaba solo diez años, cogió a un crío de quince y no le soltó de debajo de sus faldas hasta que decidió que era lo suficiente maduro para valerse por mí mismo. Al yo quererla, les obligaba a llevársela a su orilla y convertirla en su defensora.

Al terminar de comer me pidieron que me fuera de la casa porque, aunque no se atrevieran a decírmelo, comprendí que lo único que hacía era estorbar. En un principio pensé en ir a ver a un amigo pero lo reconsideré al saber que daba igual a quien fuera a ver. A cualquier de ellos tendría que explicarle que me había casado con dos mujeres y por eso poniéndome ropa de deporte salí a correr.

Tardé dos horas en volver. Al entrar por la puerta, me sorprendió comprobar que habían dispuesto la mesa al modo occidental y que junto a los platos, ¡había cubiertos! A todo aquel que no haya estado en la India quizás no le resulte raro pero en ese país lo correcto es comer con las manos. Tratando de buscarle un sentido, adiviné que ese cambio se debía a las ganas de agradar y que nuestros invitados se sintieran cómodos durante la cena.

«Qué listas», rumié para mis adentros, «se han percatado, sin necesidad de que se los dijera, que un español vería con irritación que su anfitrión metiera las manos dentro de la fuente de comida común».

Satisfecho por su sentido común, subí a ducharme. Al no verlas por ningún lado, entendí que esas dos crías debían estar en la cocina ocupándose de que todo resultara perfecto y por eso, me metí en la ducha sin molestarlas. Acababa de terminar y estaba secándome cuando vi a Samali mirándome desde la puerta. Curiosamente en su rostro se reflejaba un dolor enorme.

—¿Qué te pasa?— pregunté extrañado.

—¿Por qué no nos ha avisado de su llegada? Si no nos informa que está en casa, no podremos servirle como se merece.

—Por eso no te preocupes, pensé que estabais ocupadas y preferí no

molestaros— contesté ingenuamente.

De improviso, sus ojos empezaron a poblarse de lágrimas. Y hecha un llanto, se arrodilló a mis pies diciendo:

—¿Qué hemos hecho mal para que nos castigue de esa forma?

—Nada— respondí ignorando que regla había roto.

—Entonces porque nos niega el placer de ducharle. Piense que he dejado mi antigua vida atrás, con el único objetivo de cuidarle y si no puedo hacerlo, mi existencia carece de sentido.

Asumiendo que desde su óptica la mujer tenía razón y que debía de aprender a comportarme, le acaricié la cabeza, diciendo:

—Perdona.

—¿Puede su esposa al menos secarle?

—Por supuesto, pero te exijo que cuando acabes también me vistas. No querrás que tu marido reciba desnudo a sus familiares.

—Sería imperdonable— respondió con una sonrisa mientras cogía la toalla de mis manos —pensaba hacerlo pero antes creo que el dueño de la casa debería castigar a su mujer.

—¿Y qué crees que se merece?— contesté percatándome del doble sentido de sus palabras.

—Un tigre marca a su hembra con un mordisco en el cuello mientras se aparea. Creo que con eso será suficiente para que esa malvada esposa entienda quien es su señor— murmuró antes de con delicadeza llevarse mi sexo a la boca.

No dejé que continuara, cogiéndola entre mis brazos, volví a la habitación y la deposité sobre la cama. Con genuino deseo, fui desnudándola sin dejar de besar esos labios que me volvían loco. La mayor de mis esposas suspiró al sentir que mis dedos recorrían sus pechos y sin pedirme opinión, se arrodilló sobre las sábanas y girando su cabeza, pidió que le hiciera el amor.

Verla tan dispuesta, terminó de excitarme y poniéndome a su espalda, recorrí con mis dedos su vulva para descubrir que la humedad anegaba por completo su sexo. Ella, por su parte, al experimentar mi primera caricia, gimió, presa de deseo y forzando un contacto que necesitaba, cogió mi pene con su mano.

—Tranquila— susurré mientras separaba sus nalgas —voy a tomarte

como te mereces.

Comprendió que iba a desvirgarle su entrada trasera y asustada, me rogó que lo hiciera con delicadeza. Aunque no hacía falta que me lo pidiera, eso reafirmó mi decisión de conquistar su último reducto. Recogiendo parte de su flujo con mis dedos, fui relajando su cerrado músculo con prudencia. Samali no pudo evitar que un quejido saliera de su garganta al sentir que una de mis yemas se introducía en su interior. Moviendo mi falange contra las paredes de su ano, aflojé su tensión gradualmente. Cuando comprobé que entraba y salía con facilidad, di mi siguiente paso introduciendo otro dedo en su estrecho conducto.

—Amado mío— suspiró al sentir que lejos de ser desagradables, mis incursiones le estaban resultando placenteras. Siempre había supuesto que era doloroso y por eso, al descubrir que su cuerpo reaccionaba con deseo, movió sus caderas demostrándome su aceptación.

Como no quería hacerle más daño del necesario, seguí relajando su esfínter hasta que comprobé que se encontraba suficiente relajado y entonces llevando mi pene hasta él, introduje suavemente mi glande en su interior.

Chilló de dolor al experimentar que su entrada trasera había sido traspasada pero no hizo ningún intento de separarse, al contrario, esperó a que se rebajara su molestia para echar hacia atrás su trasero. Mi pene se introdujo lentamente en su interior de forma que pude sentir como mi extensión forzaba los pliegues de su ano al hacerlo. Contra toda lógica, el sufrimiento la estimuló y llevando su movimiento al extremo, no cejó hasta absorberlo en su totalidad.

—¿Te duele?— pregunté.

—Sí, pero me gusta— respondió con una pasión desconocida por mí y hecha una loca, retomó el vaivén con desenfreno.

Poco a poco ese ritmo alocado, permitió que mi sexo deambulara libre en su interior. La muchacha poseída por un salvaje frenesí, me pidió que no tuviese cuidado. Haciendo caso, usé sus pechos como apoyo y acelerando mis penetraciones, la cabalgué como si fuera una potra. Ella, totalmente descompuesta, gimió su placer e incorporándose me pidió que la castigara. Comprendí lo que deseaba y acercando mi boca a su hombro, lo mordí con fuerza. Su grito de dolor no me importó y clavando mis dientes en su carne, forcé su espalda mientras mis dedos acariciaban su excitado clítoris. El cúmulo de sensaciones hizo que su orgasmo fuera brutal y retorciéndose en

mis brazos, se desmayó agotada.

Cuidadosamente la tumbé en la cama y tumbándome a mi lado, esperé a que reaccionara. Cuando lo hizo, me miró sonriendo y besándola le pregunté:

—¿Cómo estás?

—¡Feliz!—exclamó y poniendo cara de pícara, confesó: —Aunque me duele el cuello y el trasero.

Comprendiendo la joya que tenía a mi lado, la abracé. Estábamos aún tumbados cuando desde la puerta, Dhara, nos avisó que eran las ocho y que debíamos darnos prisa en vestirnos porque solo quedaba una hora para que mi hermano y su mujer hicieran su aparición. Samali se levantó al oírla y pidiéndome permiso, salió corriendo de la habitación.

En cambio, la pequeña se acercó a la cama y poniendo un mohín, dijo:

—Ya que el esposo de mi prima se ha olvidado de mí, ¿puedo ser quien le bañe?

Soltando una carcajada, le informé que ya lo había hecho y que no creía que necesitara otra ducha:

—Se equivoca. Después de haber hecho el amor con dos mujeres, cualquier hombre suda.

—¿A dos?— respondí.

—Sí, un buen marido no hace diferencias— contestó mientras dejaba caer su vestido al suelo...

CAPÍTULO 6 MI CUÑADA.

Estaba en el salón, esperando a nuestros invitados cuando vi a parecer a las dos primas. Me quedé sin habla al contemplar su belleza. Comprendiendo la importancia de la visita se habían vestido con sus mejores galas, que no eran otras que los saris que les había comprado en el aeropuerto de Nueva Delhi.

—Estáis guapísimas— les solté como piropo.

Coquetamente las muchachas me modelaron sus vestidos, dando una vuelta sobre sí mismas, lo que me dio la ocasión de volver a comprobar que me había casado con dos espléndidas mujeres. Era imposible determinar cuál era más hermosa, si Dhara o Samali. La dos individualmente me encantaban pero juntas se complementaban, volviéndome loco. No llevaba más que cuatro días con ellas y ya no me imaginaba mi vida sin su presencia.

—¿Desea tomar algo mientras espera?— preguntó la mayor.

—Lo que deseo ya lo he tomado, pero si insistes no me importaría repetir sobre la alfombra— contesté cogiéndola de la cintura.

—Nuestro esposo me está tomando por tonta— exclamó separándose de mí: —¿sabe que no tenemos tiempo! Y antes que lleguen, quiero pedirle dos favores.

—¿Cuáles?— respondí.

—Que durante la cena nos permita tutearle...

—Hecho.

—Y que le diga a su hermano que se muestre arisco con nosotras y que en cuanto pueda nos lleve la contraria.

—¿Y eso por qué? ¿No sería mejor tenerlo de aliado?

Dhara, interviniendo, dijo alegremente:

—El futuro padre de nuestros hijos puede ser un buen hombre pero no conoce a las mujeres. Háganos caso.

—Vosotras sabréis— contesté ignorando que tenían planeado.

Acababa de decirlo cuando escuchamos el timbre de la puerta. Ellas, arrastrándome, me llevaron hasta el recibidor y con una sonrisa, me pidieron que abriera. Haciéndoles caso, dejé pasar a las visitas.

Se notaba el nerviosismo de Javier, porque mascullo entre dientes un saludo pero en cambio, mi cuñada me dio dos besos y regañándome, me advirtió que era la última vez que llegaba a Madrid sin avisar. Mirando a las dos muchachas, dijo divertida:

—No me vas a presentar a estas monadas.

Al girarme, vi que empleando el saludo típico hindú, las crías mantenían sus manos unidas contra el pecho mientras lucían la mejor de sus sonrisas.

—María, te presento a Samali y a Dhara. Dos mujeres muy especiales para mí.

—¿Mujeres? Si son unas niñas, ¡pillín!— contestó y acercándose donde estaban ellas, les dio un beso.

Las primas sin dejar de sonreír, le devolvieron el saludo y cogiéndola del brazo, se la llevaron al salón, momento que aproveché para explicarle a mi hermano lo que me habían pedido. Al unírnos a las tres, Javier fue a saludarlas de un beso pero las hindúes se apartaron y le extendieron la mano a modo de saludo.

—El contacto físico con el otro sexo está mal visto— expliqué viendo su cabreo por lo que consideraba una falta de educación.

—¡Menuda gilipollez!— soltó mi hermano.

—Javier, ¡compórtate!— le recriminó su mujer —son diferentes costumbres— y dirigiéndose a las dos primas, dijo: —Perdonadle, es un poco bruto.

Samali, poniendo cara de angustia totalmente fingida, respondió:

—No se preocupe, estamos acostumbradas.

Indignada con su marido, María le soltó cabreada:

—Ves, lo que has hecho. Pide perdón.

—Disculpad— oí decir a mi hermano.

Rompiendo el hielo, Dhara cogió a mi cuñada de la mano y dándole las gracias, dijo:

—Te has equivocado de hermano, es a Pedro al que tienes que regañar.

—¿Por qué? ¿Qué os ha hecho este impresentable?

—Nos dijo que eras guapa y claramente se quedó corto. Eres bellísima. María se sonrojó al oír el piropo. A toda mujer le encanta que admiren

su belleza y más cuando el que lo hace es una muchacha tan hermosa como la pequeña de las primas.

«Uno a cero», dije mentalmente siguiendo el marcador. En los breves minutos que llevábamos se habían llevado al huerto a la esposa de mi hermano.

—¿Quieres beber algo?— preguntó Samali.

—Un poco de vino.

—¿Y tu marido?

—¡Un whisky!— gritó desde el sillón en el que se había sentado.

María le acuchilló con la mirada y tratando de evitar que llegaran a las manos, rápidamente le puse su copa, sirviéndome yo otra. Aunque había descubierto el juego, me preocupaba el resultado.

—¿Y cómo conocisteis a mi cuñado?— dijo intentando establecer una conversación.

—En el hospital del colegio capuchino. Todos en la aldea querían que el guapo doctor español los atendiera. No solo era por ser buen médico sino que no hacía diferencias entre castas. Como soy enfermera, cada vez que tenía que operar a una Dalit, me encargaban ayudarle en la operación.

Fue entonces cuando comprendí porque me sonaban sus ojos, Samalí era la muchacha que atendía el quirófano, no la había reconocido porque nunca la había visto sin mascarilla. Alucinado por el descubrimiento, no dije nada.

—No comprendo— respondió mi cuñada.

—Pedro era el único que no le importaba poner sus manos en uno de mi casta.

—No sé qué eres.

—Una intocable— respondí interviniendo.

—¡Mi hermano y su sentido del deber! Si en vez de estar jugando a salvar al mundo se hubiese quedado en España, ahora tendría plaza fija en un hospital decente.

—¡Cállate!— ordenó María, alucinada por la falta de humanidad de su marido y dirigiéndose a las dos muchachas, preguntó: —Por lo que entiendo, ¿sois Dalits?

—Sí— conteste adelantándome, —son un hermoso pueblo,

injustamente tratado por milenios.

—Pero, el sistema de castas.... ¿sigue plenamente vigente hoy en día?

—Sí, nuestro nacimiento marca en gran parte el futuro.

—¡Salvajes! Si no llega a ser por los ingleses, seguirían quemando a las viudas— espetó mi hermano exagerando su disgusto.

Mi cuñada sin ocultar su desazón, cogió a Javier del brazo y llevándolo a una esquina, le montó una bronca. Mientras tanto, acercándome a la muchacha, le dije:

—Con que eras tú, mi ayudante.

—Sí— respondió bajando su mirada.

—¿Y tenéis alguna otra sorpresa?

—Alguna hay, querido esposo.

La vuelta de María evitó que le sonsacara a que se refería. Y aprovechando que las primas se llevaban a la mujer de mi hermano al comedor, me acerqué donde Javier y le dije:

—Te estás pasando.

—¡Qué va! Todo va sobre ruedas. María está enfocando su cabreo sobre mí, mientras sobreprotege a esas chavalas. ¡Has estado brillante! No comprendía porque querías que fuera borde, pero me quito el sombrero. ¿Eres cirujano o psicólogo? Hermanito.

—Cirujano, capullo.

Sin más preámbulo, nos sentamos a cenar. Las primas habían dispuesto los sitios de manera que María quedara entre ellas dos. Sonreí al darme cuenta que lo hicieron para monopolizar su conversación. Inteligentemente, fueron encauzando a la misma hacía las forma de ver el amor en su cultura y en un momento dado, al salir el tema de los harenes de los antiguos pachás, mi hermano soltó que eso no era natural. Dhara le contestó, dirigiéndose a mi cuñada:

—Eso es falso. En la india vemos a las personas como piezas de un puzle que se van integrando unas a otras. Por ejemplo, tú, María, por lo que nos han contado, eres como la pieza central de esta familia. Al casarte con Javier, él rellenó una de tus facetas pero como te sobraba cariño, en cuanto viste a Pedro y lo atrajiste a tu lado. No por ello, dejaste de querer a tu marido, tu amor era tan grande que daba para ambos.

—Bueno— contestó avergonzada mi cuñada, —fue fácil porque Pedro, además de un crío, era un encanto.

—Lo ves. Pedro es igual— intervino Samali, — en nuestra aldea, repartía su cariño a hombres y mujeres por igual. Salvó cientos de vidas y por eso cuando decidió volver a España, no tuvimos duda en acompañarle.

Al oírlas, María se llenó de dudas y tomando un sorbo de agua, preguntó:

—¿Cuál de vosotras está enamorada de mi cuñado?

—Las dos— respondieron al unísono las primas.

—Y ¿él?

—De ambas— intervine sin saber si había actuado correctamente.

Menos mal que Samali acudió en mi ayuda.

—Déjame explicarte— dijo cogiendo la mano de la mujer que estaba perpleja: — Durante meses estuvo evitando sus sentimientos y por eso, mi prima y yo hablamos entre nosotras y decidimos que no podíamos dejarle que se fuera.

—Pero eso es inmoral— exclamó mi hermano.

—Shhhhhhhh, déjalas que hablen— protestó su mujer que aunque estaba escandalizada, quería conocer la postura de las primas.

—Al igual que Javier nunca se ha puesto celoso de Pedro, yo nunca lo he hecho con Samalí— dijo Dhara con gran acierto.

—Es diferente, Javier es mi marido y Pedro mi cuñado.

—Sí, pero amas a los dos— contestó la pequeña.

—Es otro tipo de amor.

—Lo mismo le ocurre a Pedro. Me quiere a mí de manera diferente que a mi prima, pero no por eso me quiere menos.

—Desde ese punto de vista, no tengo nada que decir pero, tú ¿qué opinas?— me preguntó.

Tomé un buen trago de vino antes de contestar.

—Comprendo tus dudas. Es más, son las mismas que yo tuve. Piensa que era como si a un gladiador le preguntan qué prefiere si perder el brazo con el que sujeta la espada o el que usa para defenderse con el escudo. Si se queda sin alguno, muere. Así me sentía yo.

—¡Qué romántico!— murmuró María dejando caer unas lágrimas.

—¿Romántico? ¡Mis huevos! Este cabrón lo que quiere es beneficiarse a estas dos preciosidades. ¡Nos vamos! — dijo mi hermano levantándose de la mesa.

—¡Siéntate inmediatamente!— ordenó su mujer y cogiendo entre sus manos las de las dos muchachas, preguntó: —¿Qué vais a hacer? ¿Sois conscientes que esto se considera amoral en España?

—Sí, Pedro nos lo explicó. Por eso, como en la India es legal, nos casamos allá.

—¿Os habéis casado?

—Sí, siento no haberos avisado pero no sabía cómo ibais a actuar— respondí con angustia.

—Pues como quieres que actuásemos— soltó mi hermano, —con absoluta...

—Tranquilidad— intervino mi cuñada: — No es lo que deseábamos, pero confío en tu buen criterio y además estas dos muchachas son un primor.

Las primas al oír que las aceptaba, se lanzaron a sus brazos y colmándolas de besos, le juraron que la tratarían como una madre.

—Hermana mayor— respondió: —¡No soy tan vieja!.

—Gracias— respondí emocionado.

Con alegría vi que mi hermano, levantándose de la silla, las besó diciendo:

—Si habéis convencido a la arpía que tengo por mujer, no tengo nada que objetar— y dándome un abrazo, murmuró a mi oído: —Cabronazo, ya me contarás...

El resto de la velada pasó sin ninguna novedad digna de ser narrada, solo os puedo decir que una vez que había desaparecida la tensión, fue muy agradable. María se lo pasó en grande metiéndose conmigo. Varias veces manifestó sus dudas acerca que fuera capaz de contentar a dos mujeres, las mismas que bien Samali o bien Dhara me defendieron alabando mi hombría. Mi hermano, por su parte, ya sin ejercer el papel de ladilla que le habíamos asignado, se comportó muy cariñoso con sus nuevas cuñadas, de manera que cuando los despedimos en la puerta, me felicitó por mi elección.

CAPÍTULO 7 DESENMASCARAR EL ENGAÑO.

Al irse, cogí a mis esposas del brazo y sentándonos en un sillón del salón, les pedí que me explicaran que era eso de que me conocían de antes de la boda. Aunque sabía que Samali no había mentido cuando dijo que había sido mi asistente en esas operaciones, no tenía claro si eso había tenido algo que ver con nuestra boda.

Ellas, viendo mi cara de enfado, se pusieron nerviosas antes de contestar:

—Yo también le conocía— reconoció la pequeña casi llorando, —fui una de las alumnas que asistieron a un seminario que dio en la Universidad de enfermería.

Me acordaba de esa clase pero al ser más de doscientas muchachas las que atestaban la sala magistral donde la impartí, realmente no me acordaba de ella. Con la mosca detrás de la oreja, me levanté a servirme un whisky. Samali, anticipándose a mi deseo, se levantó y corriendo relleno un vaso con hielos y me lo pasó, con expresión de angustia. Cabreado no dejé que ella echara el licor y sin darles tiempo a reaccionar, les solté a bocajarro:

—Quiero saber toda la verdad, ¡ni se os ocurra mentir!

Las primas se miraron asustadas y con lágrimas en los ojos, fue Dhara la que me contestó:

—Esposo nuestro. Todo empezó como un juego. Mi prima me comentó que estaba ayudando a un doctor español guapísimo y al describírmelo, supe que era el mismo que había dado la conferencia.

—¿Y?— pregunté con un monosílabo.

La mayor de las dos, arrodillándose a mis pies, implorando mi perdón, prosiguió diciendo:

—Al saber que a las dos nos gustaba y aprovechando que la ciudad era pequeña, cada vez que salía a un restaurante o iba a visitar a algún enfermo, decidimos seguirle. Perdónenos por no habérselo dicho, pero al verle tan a menudo, llegamos a apreciar el cariño con el que trataba a todo el mundo y sin darnos cuenta, nos enamoramos de usted...

Dhara, acojonada, al ver que mi rostro era cada vez más cenizo, le interrumpió:

—Durante meses, al caer la noche, charlando en nuestras camas. Samali y yo nos imaginábamos que éramos sus esposas, de forma que el juego se convirtió en una obsesión. Un día Samali llegó llorando porque se había enterado que se volvía a España. Esa noche mientras nos consolábamos una a la otra, decidimos que no podíamos perderle.

—¡Y fuisteis a hablar con el padre Juan!— afirmé al darme cuenta que todo era mentira.

—Nosotras no, convencimos a nuestra madre para que fuera ella— respondió la pequeña. —Mamá sabía que estábamos enamoradas y como el cura conocía su caso, aprovechó que el mismo indeseable que la había violado nos pretendía para pedirle que buscara el modo de mandarnos lejos.

—¿Entonces al menos es verdad que ese cabrón quería casarse con vosotras?— pregunté.

—Sí— contestó Samali —pero nuestro tutor se negó de plano. Como seguía existiendo el peligro que nos raptara, nuestra madre le insinuó al cura que como usted se volvía, podíamos venir en calidad de criadas a través de un matrimonio ficticio.

—Por lo que me habéis confirmado, vosotras sabíais que mi intención no era casarme sino ayudaros— les dije tratando de aclararme las ideas.

—Así es, amado esposo, pero esperábamos que usted al conocernos también se enamorara.

—Sois una zorra, ¿sois conscientes de ello?

—Sí, somos conscientes— respondieron.

—¿Y sabéis que es mi deber como marido el castigaros?— respondí con una sonrisa. Me habían dado un pretexto para realizar dos de mis sueños.

Al haberme dirigido a ellas como esposo y al no haber montado en cólera por el engaño, se tranquilizaron. Asumiendo que se tenían merecido un correctivo, Dhara me preguntó en qué consistiría:

—No os preocupéis, no voy a ser cruel. Ahora mismo quiero una tortilla y mañana me vais a preparar un chuletón.

—¡Si acaba de cenar!— soltó extrañada Samalí.

—El chuletón es para mañana, estoy cansado de tanta verdurita y demás comida para conejos. Como sé del asco que os da la carne, para comer me vais a freír un buen trozo de rica y sangrienta vaca.

Venciendo su repugnancia, aceptaron. El castigo era doble, tenían que aguantar el olor de la fritura, sabiendo además que estarían cocinando a su animal sagrado. Si las muy cabronas habían usado la cultura local para conseguir ser mis esposas, qué menos que yo la usara para castigarlas. Y en relación a mi primer deseo, les aclaré:

—La tortilla que me apetece no está hecha de huevos, sino de coños.

—¿No entiendo?— respondió la pequeña.

Soltando una carcajada, expliqué el argot:

—Quiero ver como os consolabais esas noches. No me cabe duda que no solo os masturbabais, sino que os dabais placer mutuamente.

—Amado esposo— cayendo postrada a mis pies, Samali confesó: —si lo hicimos, fue pensando en usted y no creo que sea correcto hacerlo, teniéndole presente.

—Pues no creas más y actúa— ordené poniendo su cabeza a la altura del sexo de su prima.

Sin hacerse de rogar, fue despojando del sari a una perpleja Dhara. En su cara no solo observé confusión sino deseo, la pequeña se estaba excitando al pensar que iba a ser tomada en presencia y con el consentimiento de su marido.

—Déjame que te ayude— le solté mientras le pellizcaba el pezón que había liberado.

Una vez hubo terminado, se puso en pie y dejó que su prima, la desnudase. Para disfrutar de un mejor ángulo de visión, acerqué una silla y viendo que estaban desnudas, les pregunté a que esperaban.

—¿No vamos a la cama?— me preguntó Samali, tapando con las manos sus pechos.

«¡Le da vergüenza!», rumié encantado al ver el inútil intento de la muchacha y alzando la voz, les espeté:

—¡No! ¡Vais a hacerlo aquí! Y no te quejes. Si insistes, te obligo a tomar a tu prima en medio de la calle.

Asustada por mi amenaza, abrazó a la morenita y totalmente abochornada, llevó sus labios a la boca de Dhara. Esta menos avergonzada, con la lengua forzó el beso y pasando su mano por el trasero de la mayor, me miró implorando instrucciones.

—Ámala como hacías cuando erais solteras y no teníais dueño. ¡No me defraudes!

Fueron todas las órdenes que consiguió sacarme. La pequeña vislumbró que mis palabras tenían un doble significado: por una parte les aclaraba que no creía en su pureza porque aunque se me habían entregado vírgenes, sabía que sus cuerpos habían disfrutado del placer y por otra les exigía que dieran todo de sí para observar cómo llegaban al orgasmo.

Sabiendo que era un peculiar castigo que no llevaba aparejado dolor sino sumisión, Dhara tumbó a Samali sobre la alfombra y hablando en hindi, con la esperanza que no lo entendiera, le dijo:

—Te quiero prima pero amo más a nuestro marido.

Separando las piernas de la mayor, se tumbó encima y con su boca se apoderó del pezón de la morena. Con lentitud y cariño, fue cubriendo de besos a la indefensa mujer que, dominada por la vergüenza, se dejaba hacer sin colaborar. Desde mi puesto de observación, fui testigo de cómo deslizándose por el cuerpo de Samali, la lengua de la pequeña dejaba un rastro húmedo en su camino. Las caricias se fueron acelerando poco a poco y cuando su boca estaba a escasos centímetros del sexo de su prima, Dhara dominada por los acontecimientos y siguiendo mis instrucciones, se pellizó los pechos mientras separaba los labios de la muchacha.

Con satisfacción, escuché el gemido quejumbroso de la abochornada Samali cuando sintió que con los dientes, su querida pariente, se apoderaba del hinchado clítoris que escondía entre las piernas. Cerrando los ojos para no ver la invasión, involuntariamente separó las rodillas mientras sus manos intentaban arañar la alfombra. Su prima buscó mi mirada en búsqueda de consuelo pero solo halló determinación y sin más, jugueteó con su lengua en el interior de la expuesta cueva que tenía a su disposición.

Con el ánimo de forzar aún más la vergüenza de la mayor y la sumisión de la pequeña, dije en voz alta:

—Tengo claro quien de las dos se merece mi cariño y quien mi repudio.

Mis palabras sirvieron de acicate a Dahra que reanudando con más énfasis sus caricias, introdujo un par de dedos dentro del sexo de su prima. No llevaba ni diez segundos sintiendo asaltado su interior cuando, con lágrimas en los ojos, Samalí me miró y con dolor reflejado en su rostro, me confesó:

—Amado, tiene razón en despreciarme, fui yo quien ideó el plan. Pero le pido que no me repudie. Si lo hice fue porque anhelaba ser su esposa. He sido egoísta pero no volverá a ocurrir.

Y levantando a Dhara, la besó mientras decía:

—Querida, nuestro marido quiere que nos amemos en su presencia, ¡hagámoslo!

Esta vez lejos de mantenerse pasiva, la mayor tomando para sí los pechos casi adolescentes de su prima, llevó su boca a ellos y con verdadera pasión, los fue chupando mientras su mano izquierda se introducía calientemente en la entrepierna de su partenaire. La morenita, al sentir la pasión con la que la acariciaba, la obligó a tumbarse y poniéndose a horcajadas, puso su sexo a disposición de la madura. Esta no se hizo de rogar y mordisqueando el clítoris de su amada, consiguió sacarle los primeros suspiros de placer. Dhara, no siendo menos, con su lengua fue recogiendo el flujo que manaba del interior de la cueva de Samali mientras sus manos se aferraban a su duro trasero.

Tengo que reconocer que me costó mantenerme al margen, mi más que excitado pene me pedía participar y dejar de ser testigo mudo de la unión de esas dos mujeres, pero comprendiendo que debían completar su castigo, me mantuve aferrado a mi silla mientras ellas se veían cada más subyugadas por el deseo. No tardé en escuchar salir de su garganta, los gemidos y sollozos de su pasión. Las muchachas olvidándose que a pocos centímetros de ellas su marido las observaba, cambiaron de posición y entrelazando sus piernas, restregaron sus hambrientos sexos una contra la otra.

Contra todo pronóstico, fue Samali la primera en correrse y presa de un frenesí que daba miedo, empezó a convulsionarse sobre la alfombra. Chocando coño contra coño, las mujeres se aparearon ante mi absorta mirada. Con la habitación inundada del olor a sexo, los chillidos de la morenita me anticiparon su clímax y derramándose sobre su prima, obtuvo el orgasmo que le había exigido.

Cuando ya había supuesto que víctimas del cansancio ambas mujeres caerían desplomadas, la más madura cogió a la menor y dándole la vuelta, le abrió las nalgas y sin atender a sus quejas, con la lengua exploró las rugosidades de su ano mientras le susurraba:

—Nuestro amado debe marcarte como hizo conmigo.

Supe cuál era mi cometido y desnudándome, esperé sentado en mi silla

mientras Samali preparaba a su prima. Buscando que la experiencia fuera placentera, con sus dedos y con la ayuda del flujo que manaba del sexo de Dhara, fue relajando el inexplorado esfínter. La pequeña presa de nuevas sensaciones no pudo evitar correrse dando sonoros gritos. Ambicionando mi perdón, la mayor de mis esposas levantó del suelo el cuerpo sudoroso de la otra y poniéndola a mi disposición, dijo entre lágrimas:

—Respetuosamente le imploro que centre su castigo en mí. Aquí tiene a su esposa, lista para ser marcada.

Comprendí que Dhara estaba al corriente de su función cuando dándose la vuelta, cogió mi pene y acercándolo a su trasero, logró introducir la cabeza de mi glande en su interior. Aulló de dolor pero lejos de intentar separarse, forzó la penetración deslizando su cuerpo hacia atrás. Poco a poco, mi extensión fue adueñándose del estrecho conducto de su ano mientras su cuerpo se estremecía por el intenso contacto. Al completar su empalamiento, giró su cabeza y posando sus labios en los míos, me informó que estaba preparada.

Su prima, consciente del dolor que la consumía, poniéndose de rodillas frente a ella, le pidió:

—Deja que te ayude.

Y sin esperar mi permiso, empezó a masturbarla. La mezcla de sufrimiento y de placer provocaron que la pequeña suspirara calladamente, momento que aproveché para izar y bajar lentamente su delicada anatomía. La cría se fue relajando a la par que el malestar iba disminuyendo y tras unos minutos de lento cabalgar, tomó las riendas y rebotando sobre mi pene, buscó el placer. Desde el primer encuentro, había asumido que Dhara era una mujer fogosa pero no cotejé cuanto hasta que esa noche la vi consumirse en una pasión desbordante mientras la empalaba.

—Estoy dispuesta— dijo al percibir que su cuerpo mostraba signos de volverse a correr y poniendo su cuello en mi boca, me rogó que la marcara.

Mordiéndola la unión con su hombro, apreté mis dientes para que la huella de su entrega permaneciera como recordatorio sobre su piel. Ella al experimentar mi violencia, dando un estremecedor grito se desparramó sobre mis piernas sin dejar de moverse. Mi propio pene no pudo soportar más la tensión y explotando, regó su interior con mi simiente.

Cuando me recuperé, cogí su cuerpo entre mis brazos y levantándome de la silla, susurré a su oído:

—Vamos a la cama.

Estaba ya saliendo de la habitación y al girarme vi que Samali, todavía arrodillada, lloraba. Dirigiéndome a ella, pregunté:

—¿Qué esperas?

Sin saber cómo reaccionar, la muchacha sumida en el llanto preguntó:

—¿También yo?

—Sí, también tú— respondí: — No pienses que se me ha olvidado lo que has hecho pero no puedo dejar a una de mis esposas tirada en la alfombra.

Con un halo de esperanza, la morena insistió:

—¿Entonces no piensa repudiarme?

—Nunca fue mi intención, juré ser tu compañero eterno y cumpliré mi palabra.

La muchacha se levantó del suelo y con una alegría contagiosa, me dio las gracias. Acercando su boca a la mía, la acaricié mientras le decía:

—Tengo toda una vida para castigarte.

Samali sin dejar de sonreír, asumió la amenaza y mientras me seguía por las escaleras, exclamó con tono pícaro:

—Amado esposo, en cambio yo, ¡tengo toda una vida disfrutar de sus castigos!

Por respuesta, recibió con gozo un azote en su apetitoso trasero.

CAPÍTULO 8 QUITÁNDOLES LAS CADENAS.

Esa noche, las dos primas no se cortaron en absoluto y olvidando la supuesta parquedad de su raza, exigieron a su marido que derramara su simiente dentro de sus cuerpos como temiendo que, a la mañana siguiente, ese cuento de hadas en el que estaban viviendo desapareciera sin dejar rastro. Las horas de pasión que viví con ellas me dejaron agotado y por eso eran más de las once cuando amanecí. Samali y Dhara se habían despertado mucho antes pero no queriendo perturbar mi sueño, se levantaron sin hacer ruido para ocuparse de la casa mientras tanto.

Llevaba menos de una semana casado y curiosamente me molestó el encontrarme solo en la cama.

«¡Qué rápido se acostumbra uno a lo bueno!», medité y saliendo de las sábanas, las busqué por la casa.

Ambas estaban en la cocina y al verme, como si lo hubiesen hecho durante una eternidad, me abrazaron llenándome de caricias. Sus arrumacos me cambiaron el humor. Iba a servirme un café, cuando enfadadas me lo prohibieron y casi a empujones me llevaron hasta el comedor diciendo:

—Somos dos mujeres para servirle.

Cómo de nada servía discutir, tomé asiento y esperé que me trajeran el desayuno. Como español promedio, usualmente me pasaba hasta la hora de comer con un café pero comprendí que a partir de ese día si me dejaba, esa insana rutina diaria terminaría al ver entrar a Samali con media docena de “dosas”.

Estuve a punto de decirle que era no me apetecían esas tortas delgadas y crujientes, tan del gusto de la gente de su país, que se hacían con harina de arroz, lentejas, azúcar y sal, y que tienen una consistencia parecida a la de las crepes, pero la satisfacción que leí en sus ojos negros me hizo olvidarme y comencé a comer.

Ni siquiera había tragado el primer trozo cuando Dhara puso frente a

mí una taza de té negro, al cual había echado a perder al aromatizarlo con canela y jengibre.

«Joder, yo solo quería un café», me dije mientras mis adoradas mujercitas miraban embobadas como me atascaba con semejante desayuno.

Asumiendo que cada uno de los tres debíamos ceder para que no termináramos echándonos los trastos a la cabeza, les comenté que solía desayunar con café. La mayor de las primas con una sonrisa en sus labios, fue a la cocina y a los cinco minutos, volvió con esa bebida humeante. Como no podía ser de otra forma, en cuanto olí su aroma, retiré el nauseabundo brebaje que me habían preparado pero entonces Dhara, dulcemente me volvió a poner el jodido té frente a mí, diciendo:

—Un buen esposo no rechaza lo que las amorosas manos de sus esposas han elaborado.

Estuve a un tris de mandarle a la mierda pero justo cuando iba a hacerlo, comprendí que era un niñería de mi parte y que había cosas más importantes por las que discutir, por lo que asqueado me bebí de un trago esa basura pestilente. Por si eso fuera poco, nada más terminar Samali me preguntó que íbamos a hacer ese día. Al no saber qué contestar, ellas mismas propusieron que les diera un paseo por Madrid.

Juro que me pareció una buena idea. Por ello, acepté y les propuse ir a ver el Museo del Prado. Rechazando mi sugerencia, Dhara comentó:

—Amado nuestro, su cuñada nos explicó que nuestras vestimentas eran demasiado hindús... y que si íbamos a vivir en Europa, debíamos vestir al modo occidental— tras lo cual y poniendo ojos tiernos, preguntó: —¿Usted qué opina?

Mis sentimientos fueron contradictorios, dándoles la razón, me gustaban tal como eran y al explicárselo, fue la mayor la que me soltó:

—No queremos olvidar nuestra herencia, ni como nos han educado pero tampoco nos apetece que la gente nos mire como un bicho raro. En nuestro país natal ya hemos sufrido por ser diferentes. Por eso hemos pensado que de la puerta para fuera seamos europeas y en nuestro hogar seguir siendo las que somos.

Reconocí que tenía sentido y cogiendo las llaves del coche, les di cinco minutos para estar listas. Las chavalas no se esperaban que cediera tan pronto y por eso cuando escucharon el poco tiempo que les daba, salieron corriendo a cambiarse.

Mientras las esperaba, me puse a pensar en los pasos que debía dar para normalizar su estancia en España y en el modo que dependieran menos de mí. Supe que lo primero que debía de hacer era darles una cierta independencia y que eso era imposible si no disponían de dinero. Por ello cuando bajaron al salón, les pregunté si llevaban sus pasaportes. Me miraron extrañadas pero ante mi insistencia Samali fue a por ellos.

Ya en el coche, me preguntaron dónde iba a llevarlas.

—Al banco— respondí — voy a sacaros tarjetas de crédito para que podáis pagar en las tiendas.

A pesar de haberme visto pagar con una, la mayor contestó:

—No las necesitamos.

—Te equivocas— repliqué —no sería “occidental” que os tuviera que acompañar cada vez que tengáis que ir a comprar o ir a tomar un café.

—¿Nos está diciendo que saldremos solas de casa sin su supervisión?

—Así es — ante su estupor, contesté riendo: — Sois mayorcitas y me fio de vosotras. No me necesitáis para nada.

Dhara, casi llorando, insistió:

—Esposo nuestro, no sería decente que lo hiciéramos. Debemos estar siempre bajo su protección.

Comprendiendo los reparos que su educación había sellado en sus mentes, comenté que no había querido escandalizarlas:

—Sois mis esposas y eso no cambiará porque os dé cierta libertad. Nunca he pensado en teneros encerradas en casa y creo conveniente que poco a poco os vayáis acostumbrando a moveros solas.

Mis palabras, que a oídos de una europea hubieran sonado extremadamente machistas, provocaron su desasosiego y tratando de echar marcha atrás, las dos me rogaron que olvidara su pretensión de mezclarse con

el resto de la gente y ser una más.

—Ahora soy yo quien insisto. Quiero que seáis independientes y que si vivís conmigo es porque me amáis y no solo porque estamos casados.

Las lágrimas que recorrían sus mejillas, me hicieron saber que estaban desbordadas y tratando de hacerlas ver mi postura, usé hechos de su vida cotidiana allá en su pueblo:

—En vuestra casa, las gallinas corrían libremente por el campo pero al llegar la noche, ¿qué hacían?

—Volvían al gallinero— contestaron.

—¿Por qué?— pregunté.

—Porque es su casa, el lugar donde se sienten seguras.

—Lo veis, si esos bichos pueden hacerlo: ¿Por qué no vosotras? ¿Sois menos que ellas?

En sus ojos vislumbré que iba por buen camino, por ello no dejando que sus tabúes las hicieran retroceder, insistí:

—¿Qué es mejor para un perro? ¿Qué se le mantenga siempre atado o que por el contrario se le deje suelto para que corretee?.

—Que esté suelto— dijo con voz insegura Samali.

—¿Y por ello su dueño lo quiere menos?— y al constatar que no decían nada, proseguí diciendo: — Al contrario, ¿verdad? Pues de la misma forma que el perro agradecido ama al que no lo encadena, yo quiero que vosotras me améis a mí por lo que soy y no por ser vuestro marido.

—No entiendo— replicó la pequeña: —Nuestro deber es amar y respetar a nuestro marido. No es ninguna condena que usted dirija nuestra existencia.

Asumiendo que por ahí no iba a llegar a ningún lado y que para liberarlas, debía abusar de esos mismos principios morales que les inducía a someterse a mí:

—Cuando erais solteras, ¿era moral que salierais de casa?

—No es lo mismo, ahora tenemos un dueño— respondió segura la

pequeña.

—Y si vuestro marido os ordena hacerlo, ¿a quién haréis caso? A los que se escandalizan o al hombre con el que jurasteis compartir la vida.

Dudando porque iba en contra de lo que habían mamado, Samali contestó:

—A nuestro amado, jamás nos atreveríamos a llevarle la contraria.

Usando sus propias creencias en contra de ellas, las ordené dando por terminada la discusión:

—Es mi deseo que salgáis de casa sin que tenga que acompañaros.

—Así lo haremos— con tristeza, ambas aceptaron.

CAPÍTULO 9 CONOCEMOS A ANA.

Tras nuestra primera discusión, las dos hindúes se sumieron en un mutismo del que no salieron ni siquiera en el banco mientras el director de mi sucursal de toda la vida les hacía sus tarjetas. Una vez realizado ese trámite, debía cumplir con mi palabra y obligarlas a ir de compras ellas solas. No teniéndolas todas conmigo, preferí hablar con ellas antes de soltarlas en un gran almacén y por ello se me ocurrió llevarlas a una terraza de la Gran Vía.

Se las notaba cabreadas, molestas pero sobre todo desconcertadas al no saber a qué atenerse ninguna de las dos. Fue Samali la que tras beberse la mitad del zumo que había pedido tomó la palabra y directamente me preguntó:

—Amado nuestro, comprendo sus razones para su decisión pero existe un problema con el que no ha contado.

—¿Cuál?— repliqué.

Totalmente abochornada, se explicó:

—Ni mi prima ni yo estamos acostumbradas a la moda occidental y me temo que de elegir nosotras solas la ropa podamos pecar o de descocadas o de demasiado puritanas.

—¿Es eso lo que te preocupa?— soltando una carcajada comenté.

—Sí, sabemos que no le gustaría que vistiéramos como unas libertinas pero también nos consta que se sentiría mal al vernos ataviadas demasiado puritanas.

—No creo que seáis capaces de elegir algo que me escandalice pero lo que sí es verdad es que si no os pongo límites la ropa que comprareis será la que se pondría una monja.

No comprendiendo esa expresión, me dijeron que nunca habían pensado en un hábito. Al explicarles que era una forma de hablar y que me refería a ropa demasiado conservadora, me pidieron que al menos les pusiera

un ejemplo.

Aprovechando que estábamos en mitad de la Gran Vía, me puse a mirar a las mujeres que paseaban por ella y al ver una preciosa rubia que desprendía clase y distinción pero que a la iba vestida bastante moderna, comenté:

—Veis a esa monada. Así quiero que vayáis vestidas.

No supe interpretar la mirada que se echaron entre ellas y por eso me sorprendió que levantándose de su silla, Dhara se acercara a la muchacha y empezara a hablar con ella.

«¿Qué narices hace?», me pregunté al ver que sonriendo volvía acompañada por ella a nuestra mesa y que tomando asiento me la presentaba diciendo:

—Pedro, Ana ha accedido a asesorarnos en las compras. ¿Te parece bien?

No me percaté que me había llamado por mi nombre, al estar impresionado por la perfección de la recién llegada. La veinteañera en cuestión lejos de molestarle mi fijación, comentó muerta de risa:

—Dhara me ha contado que su prima y ella necesitan alguien que las ayude a ir a la moda – y como si fuera algo que hiciera todos los días, me preguntó cuánto dinero tenían para gastar.

No supe que contestar y saliendo del paso, le repliqué que lo que ella dijera me parecía bien pero que no pasara de tres mil euros. Ante esa respuesta, soltó una dulce risotada y cogiendo a las dos primas de la mano, se las llevó diciendo:

—Te vemos aquí en tres horas. Prepárate a cargar, ¡no sabes lo que una mujer puede comprar con esa suma!

Mientras las veía caminar dirección a Primark, comprendí que era una salvajada pero como buen esposo no podía faltar a mi palabra y llamando al camarero, me pedí otra cerveza:

«¿Qué coño voy a hacer todo este tiempo?»...

Tres dobles, un par de pinchos y dos periódicos después estaba hasta los cojones. Mi única compañía durante toda esa mañana resultó ser los mensajes que llegaban a mi móvil avisándome que habían hecho una nueva compra.

«¡La madre que las parió!», me dije lamentando mi decisión cada vez que oía el dichoso toniquete.

Al principio, miraba a ver cuánto se habían gastado pero tras diez sms en los que la mayor suma era de cien euros, decidí tomármelo con tranquilidad y disfrutar de la fauna que a esa hora paseaba por esa avenida. Aun siendo madrileño, no dejó de sorprenderme las diferentes tribus urbanas que pululaban por la zona. Pijos y perroflautas se mezclaban con turistas, punkies, góticos, gays, lesbianas y familias en perfecta sintonía sin que a ninguno le molestara que los que tenía en frente fueran diferentes.

«Hay que reconocer que en Madrid te puedes encontrar de todo», pensé satisfecho de haber vuelto ya que a pesar de haber vivido un año increíble en la India, estaba contento de volver a mi terruño.

Al meditar en ello, asumí que para mis dos bellas hindúes la capital de España les resultaría una tierra extraña y deseé que de alguna forma, se acostumbraran a su ritmo de vida y a sus costumbres porque de no ser así, mi pequeño paraíso les resultaría un infierno.

Estaba todavía dándole vueltas a esa idea, cuando a lo lejos vi que se acercaban tres mujeres que levantaban admiración a su paso. Os prometo que hasta que estuvieron a veinte metros, nos las reconocí porque además de venir con unos coquetos tops y enfundadas en unas minifaldas de escándalo, ¡Dhara y Samali se habían cortado el pelo!

«¿Cómo las habrá convencido?», pensé al saber lo orgullosas que estaban de sus melenas lacias.

Ya desde más cerca, me percaté que mi primera impresión era errónea y que lo que Ana había conseguido es que fueran a la peluquería a moldearse el pelo.

«¡Esta tía es una joya!», exclamé para mí, « Ha conseguido en unas

horas lo que a mí me hubiese costado meses».

Al llegar a mi lado, me quedé pasmado al no saber cuál de las dos estaba más guapa y tras piropear a ambas, saludé a la rubia diciendo:

—No me lo puedo creer, ¡has obrado un milagro! No sé cómo pagártelo.

Samali acercándose a mí, me dijo un tanto preocupada:

—Eso mismo le hemos dicho pero como no quería nada, la hemos invitado a comer a casa.

Estuve a punto de besar a la mayor de mis señoras pero conociendo su aversión a las demostraciones de cariño en público y a no saber que le habían contado a Ana, me abstuve y mirando las más de veinte bolsas que traían entre las tres, comenté mis dudas que cupieran en mi coche.

—Ya que voy a ir con vosotros, podemos usar también el mío— comentó sonriendo Ana y entornando los ojos pícaramente, me soltó: —A no ser que el marido de estas dos monadas no esté de acuerdo que una extraña viole la intimidad de su hogar.

«Se lo han contado y no le importa», extrañado rumié para mí pero no queriendo seguir con el tema lo único que pregunté era donde había aparcado.

—En el parking de Tudescos al igual que vosotros— respondió.

—Pues entonces vamos— dije y rompiendo una norma en su país de origen, me ocupé de llevar la mayoría de las compras.

De camino a los coches y mientras Dhara charlaba con su nueva amiga, Samali se acercó a mí y susurrando me pidió perdón por haber tomado la decisión de invitar a alguien a casa sin mi consentimiento. Noté en seguida su preocupación y quitando hierro al asunto, dije en su oído:

—No me molesta. Es más me encanta que lo hayas hecho. Os viene bien conocer amigas que os puedan ayudar al principio.

La morena sonrió y meneando su trasero, se unió a la conversación de las otras dos muchachas, dejándome disfrutar de la visión de esas tres bellezas sin que ninguna de ellas se diera cuenta. Y cuando digo disfrutar, es disfrutar porque eran espectaculares y para colmo la blancura de la piel de

Ana hacía resaltar todavía más el tono dorado de mis esposas.

«¡Menudo trio de bellezas! No me extraña que las miren por la calle», medité al ver con una pizca de celos que la mayoría de los hombres con los que nos cruzábamos se daba la vuelta a mirarlas.

Ya en el parking, el coche de Ana me dejó impresionado porque aunque se notaba que era una niña bien, jamás se me pasó por la cabeza que condujera un Ferrari y a carcajada limpia, comenté:

—Pocas bolsas caben en este cacharro.

La chavala luciendo una sonrisa de oreja a oreja, respondió:

—Tienes razón pero si no te importa una de tus esposas puede venir conmigo y así podrías usar su sitio para colocar lo que no te quepa en el maletero.

Las dos aludidas se quedaron impactadas cuando devolviendo su sonrisa, les dije que quién se iba con ella y olvidando las buenas formas, empezaron a hablar en hindi entre ellas.

—Iré yo— contestó Samali.

Como a mí me daba igual, accedí y dándole la dirección de mi chalet, me monté en mi coche con Dhara.

Ya solos los dos, acurrucándose a mi lado, la más pizpireta muchacha me informó que había tenido que ceder su turno con su prima para que fuera ella quien acompañara a la rubia.

—No te entiendo — reconocí.

Alegremente, me soltó:

—Ninguna queríamos ir con Ana y por eso tuve que prometerle que sería ella la primera en disfrutar de las caricias de nuestro marido por la noche— y riendo me soltó: —pero no hemos hablado de lo que puede pasar en el coche.

—¡Serás puta!— contesté descojonado al sentir su mano recorriendo mi bragueta.

Sin sentirse en absoluto ofendida, me miró pidiendo mi permiso y al

comprobar que no me oponía, liberó mi miembro mientras decía:

—Una buena esposa debe reconocer cuando su marido necesita su consuelo y tras toda la mañana solo, sabía que no te importaría darme tu hombría— tras lo cual y antes de salir del parking, se agachó entre mis piernas para dar cobijo a mi pene entre sus labios.

Temiendo que alguien nos descubriera y con el corazón latiendo a mil por hora, dejé que se apoderara de mi erecto pene y expectante sin separar mi vista del camino, esperé que Dhara se metiera en la boca mi glande pero en vez de engullirlo directamente al ver una gota de líquido pre-seminal coronaba su cabeza, sacó su lengua para saborear con ansia ese néctar que el destino puso a su disposición.

—Me encanta la semilla de mi amado— rugió con pasión. Ya sin ningún reparo, abrió sus labios y lentamente se fue introduciendo mi extensión mientras yo por mi parte le acariciaba el culo con mis manos. Al sentir que uno de mis dedos se introducía sin previo aviso en su ojete, Dhara gimió de placer y con más ahínco se dedicó a mamármela. Usando su boca como si de su sexo se tratara, se introdujo mi falo hasta la garganta y solo cuando sus labios besaron la base, se lo sacó y sonriendo, me dijo:

—Pobre Ana, a su edad sigue soltera y según ella nunca ha pensado en casarse.

Que sacara a colación a esa cría, me molestó y presionando su cabeza, la llamé al orden diciendo:

—Ya me contarás eso más tarde. ¡Ahora mama!

Supo que tenía razón y por eso, metiendo y sacando mi pene, cumplió mis órdenes fielmente hasta que el placer se acumuló en los huevos y pegando un grito, explosioné en su boca. Fue increíble, en mitad de la Castellana y sin importarle los conductores que podían verla, mi dulce esposa disfrutó como nunca de mi semen golpeando su paladar y como si nunca tuviese nuevamente la oportunidad de beber tal ambrosía, engulló mi semente con una locura obsesiva. Confieso que a pesar del traqueteo del coche, Dhara no desperdició ni una gota y recorriendo con su lengua toda mi extensión la dejó inmaculada. Solo cuando se aseguró que no quedaba rastro, levantando su mirada, preguntó:

—¿Tengo tiempo y mi amado esposo ganas de que le vuelva a hacer otra mamada?...

CAPÍTULO 10 ANA RESULTA SER MUCHO MÁS

El Ferrari estaba aparcado frente a mi casa cuando llegamos. Con la ayuda de Dhara metí las bolsas con las compras. Al entrar en el chalet, el olor que salía de la cocina me informó que llevaban ya tiempo dentro y que a Samalí le había dado tiempo de meterse a preparar la comida.

«Ana debe conducir a toda castaña», sentenció porque a pesar de ser consciente que debido a las caricias que había recibido mi ritmo había sido lento, tanta diferencia solo podía deberse si esa rubia manejaba como una loca.

La certeza que me habían sacado al menos diez minutos se afianzó al descubrir para mi sorpresa que tanto la mayor de mis esposas como esa chavala se habían cambiado de ropa e iban vestidas a la usanza hindú.

«Está guapa la jodía», observé para mí al comprobar que el sari realizaba el encanto de la española.

No queriendo que se me notara mucho la atracción que esa cría provocaba en mí, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para retirar mis ojos del cojonudo culo con el que la naturaleza la había dotado. Intento que quedó en nada cuando ella misma me preguntó cómo le quedaba.

—El sari acentúa la belleza femenina— contesté evitando una respuesta directa.

—Eso pienso yo también— replicó la susodicha modelándolo: — cuando Samali me comentó vuestro acuerdo y que en casa se había comprometido a vestir así, no pude dejar de pedirle que me prestara uno.

«¡La madre que la parió!», exclamé mentalmente mientras la devoraba con la mirada: «Sabe que la encuentro impresionante y disfruta con ello».

Si ya de por sí la situación era incómoda, Dhara incrementó mi embarazo al comentar:

—Amado nuestro, ¿verdad que es una pena que una mujer tan guapa

siga soltera?

Llamándola al orden por indiscreta, le expliqué que en España no suele ser habitual casarse antes de los treinta y que de todas formas ese era un tema personal. La morenita no entendiendo que no estaba bien que opinara de ese asunto insistió:

—Es una suerte que nosotras le hayamos conocido antes porque Ana me ha reconocido que lo encuentra muy atractivo.

Al escucharla no sé quién se puso más rojo, si yo o la aludida. Lo que si reconozco es que me hubiera gustado cambiar de tema pero para terminarla de fastidiar Samali creyó oportuno intervenir diciendo en plan de guasa:

—Estoy segura que hubiese dado lo mismo. Tan enamorada estoy de nuestro marido que aunque no hubiese estado soltero, me hubiese seguido casando con él.

Su prima pequeña no queriendo ser menos y sin medir sus palabras, soltó a su vez:

—Pues yo amo tanto a nuestro señor que si él me lo pidiera aceptaría compartirlo con una nueva esposa.

Juro que no sabía que decir ni que hacer porque desde la óptica occidental sus palabras resultaban cuando menos extrañas y tenía claro que en ese preciso instante Ana debía de pensar que esas dos estaban locas.

Quizás por eso, mi perplejidad fue total cuando muerta de risa esa rubia respondió:

—Si es una oferta por “ahora” digo que no— y dirigiéndose solamente a mí, preguntó: —¿qué le has dado a este par?

Tratando de quitar hierro a esa conversación, contesté:

—Mucho amor.

Apenas oyó mi cursilada, soltó una carcajada y mirando a las dos crías, me espetó sin parar de reír:

—¡Dirás mucho sexo! Es imposible que consigas que no se peleen entre ellas si no están satisfechas en la cama.

—Se conforman con poco— repliqué un tanto cortado.

Mi contestación indignó a las primas que alzando la voz se defendieron describiendo sin rubor detalles íntimos que no debían contarse. Juro que no supe dónde meterme cuando las escuché contar no solo las veces que le había hecho el amor a cada una durante la última semana sino también que ninguna de las dos tenía ya ningún agujero intacto.

Como no podía ser de otra forma, Ana se quedó alucinada por el desparpajo con el que sus nuevas amigas le estaban reconociendo cómo y donde habían perdido la virginidad de cada una de las partes de su cuerpo y mantuvo silencio con los ojos abiertos de par en par.

«Va a salir huyendo y para colmo debe de pensar que soy un maldito que ha abusado de la inocencia de unas niñas», temí al comprobar su mutismo cuando por fin mis queridas esposas se callaron.

Durante unos segundos se mantuvo pensando y cuando ya creía que iba a coger su bolso y salir huyendo, sonrió y descojonada comentó:

—¡Sois un par de putas! — y mirándome, me soltó: —Te confieso que acepté la invitación a comer para hacerme una idea de cómo era posible que dos jóvenes tan guapas aceptaran casarse con el mismo hombre pero ahora comprendo que la víctima eres tú y que entre éstas dos, ¡te van a dejar seco!

Sus palabras me pusieron la piel de gallina y no precisamente por su contenido sino por su tono, el cual siendo alegre escondía un significado que no supe interpretar. Es más mi turbación se incrementó exponencialmente al decidir que pasáramos al comedor y mientras me adelantaba, escuché las risas de mis esposas ante un comentario de la rubia.

—¿De qué os reís?— pregunté mosqueado.

Colorada como un tomate pero sonriendo, Ana respondió:

—Les he dicho que tienes un culo precioso.

Mordiéndome la lengua para no contestarla un improperio sobre sus dos melones, me senté en la mesa dando por sentado que esa comida sería un infierno pero el tiempo demostró que estaba equivocado porque fue muy agradable. Deseosa de conocer en profundidad a sus nuevas amigas, esa chavala se dedicó a interrogarlas sobre su vida en la India. Al conocer los

padecimientos que los de su etnia soportaban, se indignó y creo que fue entonces cuando realmente cambió su forma de verme porque en un momento dado afirmó:

—Menuda suerte tuvisteis al conocer a un hombre bueno que os sacara de todo eso.

Samali y Dhara estuvieron de acuerdo y cambiando de tema, le preguntaron con quién vivía. Ana con un deje de tristeza les explicó que “vegetaba” sola en un chalet de Somosaguas desde que murieron sus padres.

—¿Vegetas? ¿Qué significa ese verbo? – quiso saber la pequeña de las dos al no entenderlo.

Al aclararle la rubia que esa expresión quería decir “malvives”, se despertó el lado tierno de mis esposas y ambas al unísono le ofrecieron posada en el cuarto de invitados. Ante esa invitación, Ana les agradeció el detalle para a continuación explicarles que lo que realmente había querido decir no era que vivía en la pobreza sino que con su situación económica resuelta apenas tenía alicientes con los que afrontar el día a día.

«Una niña rica que se siente sola», pensé asumiendo que esa era la razón por la que tan desprendidamente había prestado su ayuda a dos desconocidas.

Sin quitarme la razón, siguió explicando que apenas tenía tiempo para ella y que cuando llegaba a casa, no tenía nadie con quien hablar o con quien desahogarse. Cogiendo su mano, Dhara le dio su apoyo diciendo:

—No te preocupes a partir de hoy cuando necesites compañía, nos tienes a nosotras.

Samali no se quedó atrás y reafirmando lo dicho por su prima, con voz dulce le dijo:

—Esta casa siempre estará abierta para ti – y siguiendo los dictados de su educación quiso darme su lugar afirmando que diciendo: —Sé que nuestro marido estaría encantado de hacerte un hueco bajo su brazo.

Estuve a punto de atragantarme al oírla porque podía dar lugar a un equívoco y que Ana en vez de entender que le estaba ofreciendo mi ayuda, podía creer que lo que realmente le estaba proponiendo era compartirme con

ella.

—Gracias— respondió sin dejar claro qué era lo que interpretado— ¡lo tendré en cuenta!

Esa respuesta no consiguió tranquilizarme y deseando aclarar que era lo que había querido decir la mayor de mis esposas, comenté:

—Soy yo quien te debe dar las gracias y quiero que sepas que estoy de acuerdo con ellas. Si necesitas consejo o apoyo, charlar o un hombro donde llorar, cuenta conmigo.

Las lágrimas que recorrían sus mejillas y el hecho que bajo el sari de la rubia se endurecieran sus pezones fueron síntomas que me había malinterpretado y antes que pudiera hacer algo por evitarlo, esa muchacha me dio un beso mientras susurraba en mi oído:

—Te juro que pensaré en vuestra oferta.

Asustado y esperando la reacción violenta de las primas, las miré pero contra lo que había previsto, lo que descubrí en sus ojos fue ternura.

«Ahora sí que no entiendo nada. Se supone que son celosas», pensé, «lo lógico es que hubiesen montado un espectáculo a ver que me besaba en los labios».

En cambio ante mi perplejidad, las dos hindúes se ocuparon de consolarla y sin importarles que esa mujer hubiese traspasado los límites moralmente previsibles, se dedicaron a hacerle carantoñas y a decirle que se tomara el tiempo que necesitara.

Al ver que iban en serio y que no solo no les importaba sino que incluso deseaban que esa mujer que acaban de conocer pasase a formar parte de lo nuestro, traté de comprender sus motivos. Pero por mucho que me rebané los sesos buscando un indicio en lo que conocía de la cultura de su país no lo hallé hasta que Ana llorando como una Magdalena les preguntó porque eran tan buenas con ella.

Dhara contestó:

—Desde que te conocimos, supimos que estabas perdida y sin rumbo. Aun así te desviviste por ayudarnos y cuando conociste a Pedro, tu cuerpo

nos reveló que nuestro marido era el complemento que llevabas tanto tiempo buscando.

Por algún motivo esa rubia estaba de acuerdo y reaccionando a la locura de lo que significa, salió corriendo sin siquiera despedirse. Curiosamente, ninguna de las primas hizo intento alguno de detenerla y cuando hice un ademán de levantarme, la mayor de mis esposas me detuvo diciendo:

—Necesita tiempo para asimilarlo.

—¿Asimilar el qué?— respondí sin entender nada.

Tomando unos segundos para ordenar sus ideas, Samali dulcemente contestó:

—Esa mujer tiene que digerir sus sentimientos. Por primera vez se siente atraída más allá de lo razonable y no sabe cómo reaccionar.

—Lo que dices es una memez. Nadie en su sano juicio se enamora a primera vista.

—A ¿no?— replicó sonriendo y cogiendo a su prima de la cintura, preguntó: —¿Qué sientes por mi prima y por mí?

—Daría mi vida por vosotras, ¡lo sabes!

Nada más contestar me di cuenta que le estaba dando la razón. Me había casado con ellas sin conocerlas ni amarlas pero ya no entendía mi existencia sin ese par de brujas. ¡Las amaba con toda el alma! Y la devoción de ellas por mí era todavía más brutal. Leyendo mis pensamientos, las primas me tomaron de la mano y sin tomar en cuenta mi opinión me llevaron hasta el salón. Una vez allí Samali me pidió que me sentara en el sofá y mientras Dhara me servía una copa, comentó:

—Amado, cuando mi hermanita le dijo que eras su complemento, en realidad le mintió. Todo ha sido muy raro y al principio tampoco nosotras supimos interpretar lo que nos ocurría.

—Ahora sí que no os entiendo.

Poniendo el whisky en mis manos, Dhara intervino:

—Puede que le moleste lo que le vamos a confesar pero, con ella,

hemos sentido algo que nunca soñamos que íbamos a sentir por una mujer.

—¿Me estás diciendo que Ana os atrae sexualmente?

Bajando su mirada, la pequeña contestó:

—No exactamente pero al desnudarnos frente a esa mujer no nos hemos sentido incómodas e incluso nos ha gustado cuando alababa nuestra belleza.

Tomando el turno, Samali terció diciendo:

—Para mí lo más extraño fue que cuando Ana me estaba abrochando una falda, deseé que me la estuviera quitando y que mi marido estuviera presente para verlo.

Confundido, me hundí en el sofá porque aunque no quisieran reconocerlo directamente ese par estaban encaprichadas desde un punto carnal con su nueva amiga. Viendo que me mantenía en silencio, la mayor prosiguió diciendo:

—Amado nuestro, sé lo que está pensando. Incluso yo me escandalicé al notar que esa muchacha nos observaba con fascinación pero cuando al volver con nuestro marido y comprobar que se ponía nerviosa solo con mirarle, fue cuando comprendí que el destino nos había reservado a Ana para una misión.

—Ahora sí que me he perdido— reconocí al darme igual que esa mujer se sintiera todavía más atraída por mi persona.

Sin saber todavía cómo reaccionaría, me soltó:

— Shiva la había puesto en nuestro camino para que nos enseñara a vivir en esta sociedad tan extraña y para que entre nosotros tres le mostráramos la senda de la felicidad.

Si no me equivocaba, las primas estaban proponiendo que la convirtiéramos en nuestra amante y para evitar equívocos, se lo pregunté directamente. Mis esposas escucharon horrorizadas mi consulta y de inmediato lo negaron.

—No podríamos pedirle algo semejante. ¡Hemos jurado serle fieles!— exclamó Dhara.

—Entonces, ¿qué queréis?— casi gritando quise saber.

Ceremonialmente, Samali comentó:

—Queremos que apruebe que Ana entre a formar parte de nuestra familia...— haciendo un descanso, me informó: —Usted es la pieza que le falta a Ana para estar completa y ella el elemento que faltaba en nuestro engranaje. Para ser felices, ¡debemos casarnos con ella!

—Estáis equivocadas si creéis que ella va dar ese paso— repliqué mientras me abstenía de informarles lo seductora que era para mí esa idea...

CAPÍTULO 11 NOS DUELE SU PÉRDIDA

Durante los siguientes días, los hechos parecieron darme la razón. Ana había desaparecido de nuestras vidas y quizás para siempre. Ningún mensaje, ninguna llamada, nada de nada. Como había predicho, una española no aceptaría unir su destino a tres desconocidos y menos con la clase de unión que las chavalas deseaban.

«Tendremos que olvidar a esa monada», sentencié defraudado por su ausencia y lo creáis o no, tuve que obligar a mis esposas a no mencionarla cada vez que hacíamos el amor porque convencidas que su Dios la había seleccionado para nosotros, no dejaban de quejarse de lo mucho que la echaban de menos.

«¡Si solo han estado con ella unas horas!», me decía al escuchar a Dhara comentarme lo mucho que deseaba verme tomando posesión de ella.

Su prima tampoco le iba a la zaga y mientras buscaba mi simiente con la boca, solía murmurar cómo le apetecía tener sus gruesos labios junto a los suyos cuando me hacía una felación.

«Joder, están deprimidas por una mujer que apenas conocen», mascullé mil veces sin confesar jamás que yo también la echaba de menos y en mi mente seguía impresa su alegre sonrisa.

Por eso y mientras en mi casa cada día el ambiente se tornaba más lúgubre, me dediqué a buscar trabajo porque aunque tenía dinero suficiente para vivir holgadamente dos años, no quería malgastar mis ahorros. Pero a pesar de haber mandado mil curriculums, ningún hospital me llamó para concertar una entrevista y eso colaboró en mi mala leche.

«Necesito curro», me decía sabiendo que era responsable del bienestar material de mis esposas sin que jamás saliera de sus labios una queja...

Una mañana me desperté temprano y sin despertar a las primas, me calcé unas zapatillas y salí a correr. Necesitaba sudar y que el ejercicio me sirviera como vía de escape a la tensión que había acumulado durante esas dos semanas. Por ello dejando atrás mi chalet, tomé la antigua carretera a

Majadahonda e imprimiendo a mi carrera un ritmo rápido, busqué olvidar mis problemas y concentrarme en la suerte que tenía siendo el “eterno compañero” de mis preciosas hindúes.

«Nunca podré agradecer al padre Juan haberme obligado a casarme con ellas. Son lo mejor que me ha sucedido en la vida y no puedo echarlo a perder», rumié para mí durante cada kilómetro y por eso ya de vuelta decidí que, si esas dos necesitaban de la compañía de Ana para ser felices, era mi deber como su marido tratar de contactar con ella.

Resuelto a dar ese paso, caí en la cuenta que me iba a resultar imposible localizarla porque no sabía su calle, ni su teléfono e incluso desconocía sus apellidos. Al recordar su Ferrari, se abrió un resquicio de esperanza al saber que por muy grande que fuera Somosaguas, no debía haber muchos coches de esa marca y con renovado optimismo, me prometí que en la tarde iría a esa urbanización para preguntar por ella.

El sino o, como dirían mis amadas, Shiva tuvieron piedad de nosotros y al enfilarse mi calle, divisé una figura escondida tras un árbol.

«¿Quién será?», pensé y temiendo que fuera alguien con malas intenciones, quise verle la cara.

Para mi sorpresa quien se escondía resultó ser Ana, la cual al verme me pidió que me acercara y antes que dijera nada se lanzó a mis brazos buscando mis labios. Durante unos segundos me quedé paralizado y mi falta de respuesta desmoralizó a la muchacha que sin parar de llorar, me confesó que no había podido borrar de su mente mi recuerdo.

—Tranquila princesa, ya somos cuatro— respondí pasando mi mano por su espesa y rubia cabellera— nosotros tampoco hemos podido olvidarte. Lo creas o no, en solo unas horas te convertiste en alguien muy importante para todos en casa.

Mi respuesta consiguió tranquilizarla a medias y más repuesta se sentó en el borde de la acera.

—No comprendo que me ocurre. No solo te he echado a ti de menos, tampoco he podido dejar de pensar en ellas— respondió sin nombrarlas y levantando su mirada, sollozó: —¡Nunca me he enamorado de nadie y ahora no puedo ni comer recordando las pocas horas que compartí con vosotros!

Su dolor era evidente y no tuvo que decir nada para que comprendiera lo difícil que debía resultarle reconocer que al menos se había encaprichado con un polígamo y sus dos mujeres.

—Te entiendo— susurré en su oído— para mí también fue complicado asumir que Samali y Dhara se pasan todo el día llorando al no tener noticias tuyas.

Mis palabras alegraron a la muchacha pero entonces cayó en que no había dicho nada de mí y lloriqueando me preguntó que sentía por ella.

—Te reconozco que no lo sé exactamente pero cuando te reconocí mi corazón se llenó de alegría.

Nuevamente me besó y en esa ocasión respondí con pasión a su cariño jugueteando con mi lengua en el interior de su boca. La dulzura de sus labios demolió todos mis reparos y cogiéndola entre mis brazos, quise llevarla a casa pero ella zafándose de mí, se separó diciendo:

—No estoy preparada para aceptar vuestra oferta por mucho que lo desee.

Viendo que esa mujer iba a desaparecer por segunda vez de nuestras vidas, decidí evitarlo y corriendo tras ella, le rogué que no se fuera y que al menos nos diera una oportunidad de conocernos mejor. Viendo que dudaba, con mi alma encogida le prometí que ni las dos primas ni yo íbamos a presionarla pero que no quería perderla como amiga.

Todavía sin fiarse, se secó las lágrimas con la manga de su camisa y mirándome a los ojos, me dio la dirección de su casa diciendo:

—Os invito a cenar, si me juras que aunque me ponga tonta no intentareis hacer nada.

Asumiendo que el verdadero significado de esa condición era que por mucho que ella misma se nos insinuara, no acabaría compartiendo cama con nosotros.

—Te lo juro— respondí.

Ana al escuchar mi promesa, sonrió y sin despedirse, dobló la esquina esfumándose de mi vista. Su huida dejó un sabor agridulce en mí porque al

besarla me había dado cuenta de mis verdaderos sentimientos y aunque me apetecía retenerla, supe que debía cumplir con mi palabra.

«Me ha sacado que no la presionemos pero nada he dicho de no intentar seducirla», sentenció mientras alegremente entraba a dar las buenas nuevas a mis adoradas hindúes.

Tan entusiasmado estaba que al llegar al cuarto y comprobar que seguían dormidas, ni siquiera esperé a que se despertaran y poniéndome entre ellas, comencé a acariciarlas. La primera en amanecer fue la pequeña, la cual al sentir mi mano en su trasero en plan pícaro susurró que aunque era el turno de su prima, iba a hacer el esfuerzo de complacer a su marido.

—Eres una zorrita preciosa y nada me gustaría más, pero tengo algo que decirles a las dos. Así que ayúdame a despertar a tu prima— repliqué mordiéndole los labios.

Deshaciéndose entre mis brazos, buscó con sus manos levantar el ánimo de mi entrepierna pero para su sorpresa se encontró con mi pene totalmente inhiesto y mientras intentaba empalarse con él, me dijo en voz baja:

—Sería una pena hacer esperar a la virilidad de mi dueño.

Pero entonces, todavía medio dormida, Samali protestó diciendo:

—Me toca a mí— y echándola a un lado, buscó ser ella quien disfrutara primero de mi verga.

Sabía que sus continuas peleas por no ceder unas caricias que consideraban tuyas eran parte de un juego pero aun así decidí aprovecharlo y haciéndome el enfadado, les exigí que se levantaran y prepararan el jacuzzi porque me apetecía darme un baño. Frunciendo el ceño y bastante dolidas, se quejaron pero al ver que seguía firme en mi decisión se levantaron a cumplir mis deseos y al cabo de tres minutos, las oí llamarme desde el baño.

Al entrar en él, me las encontré en la bañera mostrándome sus traseros y con cara de putas. Me hizo gracia su descaró pero haciendo oídos sordos a sus ruegos, me metí en el agua sin tocarlas. La pequeña fue la primera en darse cuenta que algo pasaba y recordando que tenía algo que contarles, melosamente comenzó a enjabonarme diciendo:

—Aunque te hagas el duro, sé que estás deseando complacer a tus dos mujercitas y decirnos qué te ocurre pero parece que antes quieres hacernos sufrir.

Su prima comprendiendo las intenciones de Dhara, se echó gel sobre los pechos y rozando con ellos el mío, murmuró sensualmente:

—Hemos hecho mal en pelearnos cuando nuestro deber es cuidarte.

Dejando caer mis manos en sus entrepiernas, localicé sus botones y cerrando los ojos, los torturé dulcemente mientras les decía:

—No preparéis cena para hoy porque cenamos fuera.

Con la respiración entrecortada por las sensaciones que se iban acumulando en su sexo, Samali me preguntó dónde íbamos y sin revelarles nuestro destino, contesté:

—Lo importante no es donde sino para qué – y haciendo una pausa melodramática, les informé: —Esta noche quiero que os esmeréis en estar guapas, ya que vuestra misión consiste en seducir a alguien.

Al unísono mostraron su desconformidad y gritando como energúmenas, me dijeron de todo menos bonito al pensar que les estaba ordenando que se acostaran con otra persona. Haciéndolas sufrir las dejé explayarse todo lo que quisieron y cuando se hubieron calmados, les solté:

—Nadie ha hablado de acostarse pero como vuestro marido os exige que hagáis todo lo que esté en vuestra mano para que la persona en cuestión se vuelva loca con vosotras.

Nuevamente las primas empezaron a chillar, acusándome de tratarlas como putas y por primera vez en su vida se negaron a complacerme para acto seguido salir echando pestes del baño.

«¡Qué guapas se ponen cuando se cabrean!», exclamé para mí mientras me terminaba de enjabonar.

Me lo tomé con calma y casi cuarto de hora después salí del baño. Como suponía las primas me estaban esperando con cara de pocos amigos y tomando la palabra Samali me rogó que no las obligara a hacerlo.

—Jurasteis obedecer a vuestro marido— fue mi respuesta y riendo

mentalmente, comencé a vestirme.

Luchando contra la educación que habían mamado, las dos intentaron hacerme recapacitar pero al ver que me mantenía firme y que no cedía, se empezaron a preocupar.

—Os necesito para que esa presa no se escape— insistí — y como siempre me decís, es vuestro deber complacer hasta el último de mis deseos.

Llorando a moco tendido, a cada cual más dolida, Dhara imploró que les pidiera otra cosa mientras su prima suplicaba que antes de obligarlas, las vendiera a un burdel porque así al menos sabrían cuál era su lugar.

—Estáis locas, prometí a vuestros dioses cuidaros y eso es lo que estoy haciendo al pedir os ese esfuerzo.

Indignada porque metiera a sus creencias en esa discusión, Samali se levantó del suelo y poniendo un tono ceremonial, preguntó:

—¿Puede al menos el dueño de esta casa informar a sus esposas con quién debemos perder la honra?

—Hemos quedado a cenar en casa de Ana... ¡Es a ella a quien debéis seducir!

Durante unos segundos, se quedaron calladas como si no llegaran a creerlo y al ver que iba en serio, rompiendo el silencio con sendas carcajadas, me tiraron sobre la cama y desgarraron mi ropa mientras me decían que era un maldito por haberlas hecho sufrir tanto. Dejando que me desnudaran, las repliqué:

—El que debía de estar enfadado soy yo porque las dos habéis dudado de mí.

Sin parar de reír, me dijeron que tenía razón y que aunque se merecían que las azotara, me pidieron que lo dejara para luego porque en ese momento necesitaban hacerme el amor.

—Ya os estáis tardando. Daros prisa no vaya a ser que os acepte la sugerencia y os venda en un putero — comenté muerto de risa...

CAPÍTULO 12 ME DOY UN HOMENAJE

La certeza que en unas pocas horas iban a ver a esa mujer provocó en mis hindúes una desaforada actividad y al terminar de santificar nuestro matrimonio, ni siquiera me dejaron seguir tumbado en la cama porque según ellas tenían mucho que hacer.

—Pero si hemos quedado a las nueve de la noche— protesté mirando el reloj al verme obligado a levantarme.

—Nuestro amado marido nos ha pedido que estemos guapas y eso es lo que vamos a hacer— contestó la mayor de mis esposas mientras a rastras me llevaba a la cocina.

Por mucho que traté de hacerlas entrar en razón diciendo que todavía faltaban diez horas, no dieron su brazo a torcer y poniéndome por primera vez solo un café para desayunar, me dejaron solo.

«Están nerviosas y no quieren fallar», reflexioné divertido al analizar su actitud: «Ana las ha deslumbrado y saben que no soportarían perderla otra vez».

Confirmé ese extremo al volver al cuarto, al encontrármelas en el baño depilándose y muerto de risa señalé que se dejaran al menos un pequeño oasis de selva entre sus piernas pero entonces Dhara separando sus rodillas contestó:

—Llegas tarde, sabemos que en Europa el pelo no está de moda y nos lo hemos quitado todo.

Aluciné al comprobar que no iba de farol y que los pliegues de su sexo se habían convertido en un solar vacío. Aunque me agradó observar la belleza de su juvenil coño sin nada que lo ocultara, aproveché para criticarla en broma y fue entonces cuando comprobé cómo habían cambiado al oírla contestar:

—Te aguantas, hoy no es tu día. Sabemos que Ana lo lleva totalmente

rasurado y así lo vamos a llevar.

Mi pene dio un respingo al imaginarme a esa rubia desnuda y sin un pelo. No lo había pensado pero tampoco me pareció raro. Lo que si me resultó novedoso fue que cualquiera de ellas dos me llevara la contraria y me pusiera en mi lugar. Esto lejos de molestarme, me alegró porque lo vi como un paso más en su evolución.

«Tendré que acostumbrarme a que cada día sean más occidentales», sentenció.

La propia Samali con sus palabras ratificó mis pensamientos al tutearme:

—Eduardo, ¿te importaría desaparecer hasta la hora de comer? Contigo chismeando por aquí nos haces perder el tiempo.

Esa frase tan normal en una española, me pareció casi un sacrilegio en sus labios y por ello, contesté:

—Ya veo que sobro— y demostrando mi enfado, les solté mientras desaparecía por la puerta: —No me esperéis a comer.

Ya en el coche, llamé a mi hermano y aprovechando que los viernes terminaba a las dos, le invité a comer.

—¿Solos tú y yo?— preguntó con la mosca detrás de la oreja.

—Sí, joder. Me apetece un chuletón y si llevo a las hermanitas terminaré comiendo verdura— respondí falseando parcialmente la verdad.

Y digo parcialmente porque llevaba casi un mes sin hincar mis dientes en un trozo de humeante carne y solo pensar en sentir sus jugos recorriendo mis papilas, me hizo añorarlo más. Javier se creyó mi excusa y asumiendo que mi larga estancia en el extranjero me hacía desconocedor de la buena cocina madrileña, eligió el restaurante:

—No vemos en el Asador Donostiarra.

Tras lo cual, intentó explicarme como llegar pero cortando su perorata mosqueado, contesté:

—¡Joder! ¡Sé llegar! A menos que hayan cambiado de local y no lo creo porque llevan en Infanta Mercedes al menos cuarenta años.

Con tiempo de sobra para llegar a mi cita, decidí pasarme por las oficinas centrales de Sanitas, una compañía de seguros médicos, y dejar allí un curriculum pero lo que en teoría no me iba a llevar tiempo, se prolongó mucho al tener que rellenar una solicitud de empleo. Por eso cuando llegué al restaurant, Javier ya me estaba esperando en la barra.

Como un adicto con mono, nada más llegar a su lado, pedí al camarero un plato de jamón de jabugo y una ración de foie casero.

—Vienes con hambre— comentó mi hermano al verme engullir trozo tras trozo sin hablar.

Con la boca llena de esas magníficas proteínas animales, respondí:

—No sabes lo que es sentirse un puto conejo.

Descojonado por mi desgracia, trató de quitarle importancia hablando de lo buena que era esa dieta para el colesterol.

—¡Mis cojones! Estate un mes a pura hierba y luego hablamos— repliqué y sirviendo un buen pedazo de paté, me lo comí con lágrimas en los ojos de lo bueno que estaba.

Llorando de risa, insistió diciendo que no me quejara y que el noventa por cierto de los hombres aceptaría gustoso el privarse de la carne por tener como esposas a esas dos monadas.

—¿Qué cojones tiene que ver? Acaso les prohíbo su puñetera soja, ¿por qué tienen que vetar los sangrientos y jugosos bistecs en casa?

—¿Será porque las vacas son sus animales sagrados?— respondió erigiéndose en el abogado defensor de sus cuñadas.

Tanto mi hermano como yo sabíamos que esa discusión era una pantomima y por eso cuando nos sentamos a la mesa, se rio cuando llegó a nuestra nariz el olor de la parrilla. Apiadándose de mí, directamente pidió como plato fuerte el chuletón especial de la casa y solo me dio opción de elegir otro entrante:

—Perdiz escabechada— contesté saboreándome de antemano.

—No me jodas que tampoco te dejan comer pluma.

Sonriendo de oreja a oreja como un niño que acabara de hacer una travesura, respondí:

—Ni pluma, ni pelo ni nada. Son vegetarianas estrictas y en los supermercados ni siquiera pasan por la zona de la carne, porque les da asco.

—O sea que lo más cerca que has estado de un filete, es cuando por televisión ves una vaca— comentó muerto de risa.

—Tu ríete pero todo se contagia y no te extrañe que un día María te llegue diciendo que se ha vuelto animalista.

Sospechando que no era algo impensable, pidió una botella de rioja diciendo:

—No hay que preocuparse teniendo a mi hermanito para que me pervierta. Ahora bebamos y pongámonos ciegos no vaya a ser que vengan épocas de carestía.

Confieso que me sentía en la gloria y haciendo un paréntesis, disfruté como un enano chupando los huesos de ese pájaro mientras lo regaba con un buen caldo.

—Estoy en el paraíso— sentencié relamiéndome con solo pensar que nuestro pedido ya debía de estar sobre las brasas.

Javier creyó ver una queja y comportándose paternalmente me preguntó por mi vida de casado.

—Estupendamente— y viendo que estaba preocupado, le aclaré que estaba encantado con mis esposas aunque también le reconocí que nos estábamos acomodando a nuestra nueva vida y como él me había dado entrada, le expliqué que para ellas todo era nuevo. Y como ejemplo, le conté lo ocurrido cuando me pidieron que las llevara de compras y yo les ofrecí sacarles tarjeta de crédito para que fueran más independientes. Por descontento queda que me abstuve de hablar de Ana y menos de la extraña obsesión que Samali y Dhara sentían por ella.

Javier esperó a que terminara de hablar para decirme:

—Creo que hiciste bien pero te aviso, ¡ten cuidado y no las fuerces! Piensa que muchas de nuestras costumbres chocan directamente con su moral y si te dedicas a demoler las bases con las que fueron educadas, puedes crear un problema de difícil solución.

—Explícate.

Tomando unos segundos, me soltó:

—Puede que suele políticamente incorrecto pero ahora tus quejas consisten en que son demasiado orientales y que dependen demasiado de ti, pero no vaya a una mañana te despiertes y no reconozcas en ellas a las mujeres de las que te enamoraste.

Su punto de vista tenía mucho sentido pero tras analizar los pros y los contras, supe que tenía que correr el riesgo. Deseaba unas compañeras con las que envejecer y no unas criadas que me sirvieran. Lo que todavía no sabía cómo y dónde encajar a la rubia. Por una parte, si ya de por sí era complicada mi vida con dos, con tres podría resultar un suplicio y suponiendo que Ana se sumara de buen grado, ¿cuál sería su papel? No en vano si en mis esposas se estaba produciendo una cierta occidentalización, supuse que llegado el caso, en la española se podía dar el efecto contrario y recogiera algún aspecto de la cultura de Dhara y Samali.

La llegada del kilo y medio de chuletón evitó que me siguiera reconcomiendo con ese tema. En cuanto el camarero lo dejó sobre la mesa, cogí tenedor y cuchillo y me lancé sobre él como si no hubiese comido nada en una semana.

—Joder, ¡qué rico!— exclamé y mirando a mi hermano, solemnemente le pedí que al menos una vez a la semana quedáramos para disfrutar de esa orgía carnívora.

Descojonado me imitó y con la boca rebosante de ese manjar, contestó:

—Disfrutemos mientras mis análisis y tus mujeres nos dejen...

Dos horas más tarde y con el estómago lleno, volví a mi hogar con la sana

disposición de seguir siendo un perverso come-animales por mucho que las hindúes se cabrearan con ello. Todavía faltaban tres horas para nuestra cita y deseando hacer algo tan español como echarme una siesta, subí hacia mi cuarto. Ya tenía la manija de la puerta en la mano cuando oí a Samali comentar a su prima desde el interior de la habitación que esa noche debían esmerarse y conseguir que Ana se metiera en mi cama.

—Ya lo sé, no seas pesada. Sé lo importante que es para nuestro marido tener alguien con quien compartir su modo de ver la vida. Yo tampoco quiero descubrir que se ha convertido en el típico esposo de nuestro país. Me gusta que nos trate como a personas y no como a cosas.

Samali le replicó que tampoco podían ser unas hipócritas porque a ambas les volvía locas cuando me comportaba como un hombre dominante y recalcando ese punto, le comentó que el momento más feliz de su vida había sido cuando la mordí el cuello marcándola como mi esposa.

La juvenil risa de Dhara resonó entre las paredes del chalet para acto seguido decir:

—Nuestro marido no debe enterarse que somos un par de putas pero te tengo que reconocer que lo que a mí me pone a cien es que me dé azotes mientras me toma.

Contagiada de su alegría, la mayor tampoco se midió al decir:

—Y qué me dices de nuestra futura compañera, ¿no te apetece ayudar a nuestro hombre cuando esté sobre ella? Te juro que desde que la conocí no pienso en otra cosa que morder esas tetas blancas mientras él se la folla.

Desde la puerta escuché que Dhara respondía:

—A mí me ocurre algo parecido, se me hace la boca agua al pensar que voy a poder probar, en su coñito, la semilla de nuestro dueño y señor mezclado con flujo— y soltando una nueva carcajada, exclamó: — ¡Prima! ¡Quién nos iba a decir cuando éramos niñas que íbamos a tener una mujer y un marido españoles!

Sabiendo que nunca debían enterarse que las había oído, di la vuelta sobre mis pasos y salí de la casa para asimilar esa información. Aunque ya sabía de sus gustos, oír de sus labios lo mucho que les gustaba el sexo duro

me perturbó, pero lo que realmente me había sorprendido es que estuvieran preocupadas porque me orientalizara.

«¡Temen lo mismo que yo pero al revés!», pensé, «Mientras a mí me aterrera que se transformen en españolas, a ellas les da pavor que me trasmute en indio».

Tampoco me dejó impasible confirmar que aunque la razón principal de elegir a Ana era que no me orientalizara en exceso también que una vez habían descubierto la sexualidad esas dos se sentían atraídas por Ana y aunque exteriormente solo reconocían una posición auxiliar, me quedó clarísimo que terminarían disfrutando de esa rubia aunque yo no estuviera presente.

Esperé diez minutos antes de volver a entrar y para que no sospecharan nada, desde el hall avisé de mi presencia. Las hindúes bajaron corriendo a saludarme y preguntarme que tal había comido.

—Muy bien pero no me preguntéis el qué, ¡no os gustaría mi respuesta!...

CAPÍTULO 13 SOMOSAGUAS

Aunque parezca raro, esas dos me dejaron dormir. Estaban demasiado ocupadas preparándose mientras escuchaban música de su país. Lo cierto es que gracias a la comilona y al vino que había bebido para bajarla, me quedé como una piedra hasta que pasadas las ocho de la tarde, Dhrara se acercó a despertarme.

—Amor mío, es tarde y tienes que arreglarte.

Que me tuteara incluso cuando estábamos solos, me alegró y cogiéndola del brazo, la tiré a mi lado sobre la cama. Entre besos, aproveché la información que involuntariamente me había dado descargando un suave azote sobre una de sus nalgas. El gemido de placer con el que respondió a esa caricia ratificó lo que le había dicho a su prima y acercando mi boca en su oído, la susurré que se pusiera en posición de perrito para hacerle el amor.

Debatiéndose entre el deseo y el deber, me contestó mientras se apartaba de mí:

—Ahora no podemos pero te juro que esta noche seré yo quien te recuerde esa promesa. Levántate que tu futura esposa nos espera y no debemos llegar tarde.

Con mi entrepierna protestando y a regañadientes me metí en la ducha. Sabía que era lo correcto pero aun así no pasaría nada si llegábamos a las nueve y cuarto. Haciéndoselo saber, la más joven de mis esposas contestó:

—Mi marido es un mentiroso. Él sabe mejor que nadie que si empezamos, no hay quien lo saque de la cama en una hora.

Asumiendo que no había nada que hacer, terminé de ducharme y al salir ya tenía la ropa que me iba a poner preparada y a Samali, esperando. Comprobé que venía maquillada y que incluso se había retocado el lunar rojo de su frente como si quisiera dejar claro con el bindi que estaba casada.

Sin que tuviera que pedírselo, empezó a secarme mientras me decía:

—¿Recuerda lo bien que salió cuando antes de la visita de su cuñada le pedí que nos siguiera la corriente?

—Perfectamente, haciéndoos las niñas buenas, engañasteis a María y ella os aceptó.

—Pues quiero pedirle lo mismo, que nos deje actuar. Nosotras conocemos mejor a Ana y creemos saber cómo convencerla.

—De acuerdo— contesté— pero recuerda que le he dado mi palabra que no nos acostaremos con ella.

En plan enigmático y sin quererme revelar ningún otro detalle de su plan, respondió mientras me ayudaba a vestir:

—En eso confío— tras lo cual, me informó que se tenía que ir a terminar de preparar y saliendo del cuarto, se fue con su prima.

Mirando la hora, vi que todavía faltaba veinte minutos para tener que marchar y decidí que tenía tiempo de tomarme una cerveza mientras las esperaba.

«No comprendo cómo hay gente que no le gusta», murmuré saboreando el primer sorbo de esa maravilla que los alemanes se sacaron de la manga por la edad media.

Sentado en el sofá, me puse a tratar de averiguar que había planeado Samali y digo Samali porque me constaba que ella era la cabeza pensante de las dos, la maquinadora.

«Mientras Dhara es todo alegría y se la ve venir, con la mayor hay que tener cuidado. Siendo una buena mujer, no puede evitar el intentar manipular a su entorno», pensé mientras buscaba una pista del comportamiento que iban a tener durante la velada.

Y recordando que, al contrario de esa noche, desde que vivíamos en España había reducido notablemente el colorido de su maquillaje, di por sentado que el azul de sus párpados y su renovado bindi debían ser parte de su plan. Al rato en cuanto las vi bajar ataviadas con Sari, advertí que no me había equivocado y menos al comprobar que incluso llevaban un velo, cubriéndoles el rostro.

«Vestidas así enfatizan su origen. Por alguna causa, quieren recalcar a Ana que no son como ella y que su cultura es diferente», sentenció mientras admiraba lo bellas que eran y sabiendo que a las mujeres hay que amarlas sin intentar comprenderlas, las piropeé al modo de sus paisanos, comparándolas con la diosa de la felicidad:

—Parecéis la reencarnación de Sati.

Siguiendo con su papel, Dhara me lo agradeció diciendo:

—El soporte de nuestro hogar exagera.

Definitivamente supe que esa noche mis esposas iban a ser las que conocí en la India, sin mostrar los cambios que en sus mentes se habían producido desde que vivían conmigo.

«Me parece perfecto, ¡ellas sabrán por qué lo hacen!», me dije para acto seguido actuar como haría uno de sus paisanos. Sin esperarlas ni abrirles la puerta, me subí al coche.

La urbanización de Somosaguas estaba relativamente cerca y por eso con la ayuda de un navegador, en menos de diez minutos llegamos a la entrada de Ana. No me extrañó viendo el coche que conducía que esa mujer viviera en semejante casón, pero lo que no me esperaba que cuando tocamos al timbre fuera un mayordomo quien nos abriera.

—Se nota que no pasa penurias para llegar a fin de mes— susurré al oído de Samali.

Sonriendo, contempló el enorme salón y devolviéndome la confianza preguntó en voz baja:

—¿Existe alguna traba en la cultura española para que el hombre vaya a vivir a casa de la mujer? Se lo digo porque es impresionante. Ya me imagino a nuestros hijos corriendo por aquí.

—Ninguna— contesté muerto de risa— pero no te anticipes, todavía hay que convencerla.

Entornando sus ojos, replicó:

—¿Tiene mi señor alguna duda que sus amadas esposas van a conseguir que esa muchacha se va a ver obligada a rogar que la acepte como parte de nuestra familia?

Estaba a punto de soltarle una fresca cuando de improvviso vi entrar a nuestra anfitriona por la puerta. Mi respuesta se quedó atorada en mi garganta al contemplarla.

«¡Viene vestida con un sari!», exclamé mentalmente sin entender nada.

En cambio, mis esposas acogieron a la recién llegada al modo típico de su país, es decir con una suave reverencia mientras juntaban las manos. La rubia las imitó y acercándose a mí, me saludó sin tocarme, tras lo cual mirando a las primas, preguntó:

—¿Lo he hecho bien?

—Perfectamente— respondió la mayor— ¡estás guapísima!

¡Sí que lo estaba! Es más, os juro que en ese momento, no podía dejar de babear e incapaz de decir nada, me quedé callado mientras Ana les daba las gracias por haberle enviado esa ropa. Interviniendo, Dhara me pidió que diera mi opinión mientras obligaba a la muchacha a modelar ante mí.

Gracias a que las musas tuvieron piedad de mí y me dictaron la respuesta, porque a mí solo sin su ayuda jamás se me hubiese ocurrido contestar:

—Ya puedo decir que mi vida está completa. Pocos hombres han tenido la fortuna de ser bendecido con algo tan bello como vosotras tres.

Supe que esa elaborada lisonja había cumplido su objetivo al ver que se ponía colorada pero cuando realmente sus mejillas adquirieron un rojo intenso fue al escuchar a Samali decir:

—Amado nuestro, usted no es consciente que se queda corto, pero sus esposas ¡sí!— y haciendo una pausa, comentó señalando a la dueña de esa casa: —Somos testigos que la Diosa otorgó a esta dulce criatura el cuerpo más impresionante que jamás ha existido sobre la faz de la tierra. Cualquiera hombre o mujer que la contemplaran desnuda, sin duda caería rendido a sus

pies.

Interviniendo, Dhara recalcó con una sonrisa:

—Su piel es suave como la seda, sus pechos son duros y su trasero en forma de pera es fruta madura digna de ser mordisqueada por un paladar experto como el de usted... —no pudo terminar porque su ligera risita se convirtió en risotada.

Su prima tampoco pudo aguantar y a carcajada limpia, ambas se acercaron a ella. A Ana le costó unos segundos comprender que había sido objeto de una broma y uniéndose a las hindúes, les soltó:

—¡Sois una perras! No sabéis el corte que me habéis hecho pasar— y olvidando la afrenta las abrazó muerta de risa.

Desde mi posición, pude observar el cariño con el que se saludaron esta vez al modo occidental, es decir con dos besos. Asumiendo que esa noche mi función era dejarme llevar, aproveché que no me miraban para recorrer las sensuales curvas de las tres y con mi corazón a mil por hora, dudé que fuera capaz de mantenerme al margen puesto que en ese preciso instante lo que realmente me pedía el cuerpo era juntarme con ellas y abrazarlas.

Afortunadamente, la mayor de las primas me pidió que me acercara. Cómo comprenderéis, no puse objeción y las envolví entre mis brazos, sin saber que al hacerlo iba a sentir los pezones erizados de la española clavándose contra mi pecho. Mi pene al notarlo se alzó bajo mi bragueta. Mi erección era tan ostensible que no le pasó inadvertida pero la rubia en vez de retirarse, frotó disimuladamente su entrepierna contra mi sexo mientras me comía con los ojos.

Su acción me abrió la puerta y dejando caer la mano por su cintura, juzgué por mí mismo esos cachetes que tanto habían piroleado.

—¡Menudo culo!— murmuré en voz alta sin darme cuenta.

Samali que estaba a mi lado, lo escuchó y lejos de molestarse, me guiñó un ojo dando muestra de su aprobación. En cambio, la pequeña fue menos discreta y magreando también ella el trasero de Ana, me dio la razón diciendo:

—Ya le había dicho que tenía forma de corazón.

Nuestra anfitriona demostrando que tenía bien humor y que ese sobeteo no le había molestado, comentó mientras se daba la vuelta para que pudiésemos admirar la perfección de sus glúteos:

—No fue así, dijiste que mi culito era una pera digna de ser mordisqueada— y mirándome a los ojos, preguntó: ¿Corazón o pera? ¿Tú qué opinas?

Su descarro me permitió hacer algo que llevaba soñando. Cayendo en la tentación, puse mis manos en sus caderas y sin prisas durante un minuto manoseé sus nalgas para acto seguido decir:

—Definitivamente tiene forma de pera.

Ana apenas pudo celebrar su victoria porque el minucioso examen al que la había sometido la había sofocado y con la respiración entrecortada por la excitación, solo alcanzó a pedirnos que pasáramos al comedor. La pequeña tampoco se mostró dolida por la derrota y dando muestras de su permanente alegría, la acompañó a través del salón.

Samali aprovechó que nos habíamos quedado solos para recriminar mi comportamiento, aduciendo que había quedado en dejar que ellas llevaran la iniciativa. Al quejarme que no había podido evitarlo, me soltó:

—¿No te das cuenta de lo mucho que la has excitado? ¡Ha estado a punto de correrse! Es demasiado pronto. Nuestro plan consiste en ir la calentando poco a poco hasta que la presión sea demasiado para ella y nos ruegue que la permitamos convertirse en tu esposa.

Escuchar que la había puesto como una moto, me alegró pero admitiendo que me había pasado, le prometí que no volvería a ocurrir y que me comportaría.

—Eso espero— contestó y acercando sus labios a mi oído, susurró: —No debía decírtelo pero me ha mortificado verte manoseando a esa putita cuando todavía no es nuestra esposa— y recalcando sus palabras, pasó su mano por mi pernera deteniéndose en mi paquete.

—Perdona pero no te entiendo.

—Amado mío, sé que hemos quedado en seducir a Ana pero hasta que se una a nosotros, se me revuelven las tripas pensando que nos eres infiel...

CAPÍTULO 14 LA CENA

Ya sentado en la mesa, no pude de dejar de pensar en las palabras de Samali y confieso que me costó entender que no eran celos, sino parte de su educación. Me constaba que deseaba e incluso me alentaba a dar ese paso pero al mismo tiempo la estricta moral en la que había sido educada, le hacía sentir como una afrenta que tocara a la que todavía consideraba una extraña.

«Está claro que tendré que pasar por el altar antes de ponerle la mano encima», resolví al observar que hasta nuestra posición en la mesa reafirmaba ese detalle, ya que las primas habían resuelto dejar a la anfitriona entre ellas y a mí enfrente.

No poniendo ningún pero, cogí la servilleta pero entonces al verlo Dhara me la quitó de las manos y se encargó de extenderla entre mis piernas. Ese acto sorprendente para una occidental era algo normal en mi hogar y Samali que se había percatado de la extrañeza con la que Ana miraba a su prima, le comentó:

—Una buena esposa atiende a su marido.

La muchacha educada de otra forma, hizo saber su disconformidad diciendo que eso era machista pero entonces sonriendo, mi esposa le contestó:

—Te equivocas, es algo recíproco. Nosotras cuidamos a Eduardo y él nos mimas a nosotras. No es una obligación, nos sale del corazón— y viendo que no la había convencido, insistió: —¿Acaso te parece un acto reprobable que sea él quien cargue con la compra?

—Para nada, eso es educación— dijo menos segura de su primera actitud— los hombres son genéticamente más fuertes.

—Pues en nuestro país también es educación evitar que los torpes de nuestros maridos... ¡se manchen la ropa!— respondió en plan de guasa.

El regocijo con el que la rubia acogió esa pícaro respuesta confirmó que ya no tenía reparos y más cuando con tono alegre, le pidió si podían comportarse conmigo como harían si no estuviese ella en frente.

—¿Por qué quieres eso?

—Me encantaría aprender cómo debería actuar si algún día me caso con...un hindú.

Ni a las primas ni a mí nos pasó inadvertido que Ana se había dado cuenta de lo que iba a decir y que tratando de no meter la pata cambió sobre la marcha diciendo “hindú” donde iba a decir mi nombre.

Como la manipuladora innata que era, Samali replicó:

—Si te parece bien, esta noche Dhara se ocupará ella sola de atender a nuestro marido mientras yo te explico cada paso y su razón de ser.

Habiendo sido testigo de esa conversación, no tuve que ser ningún genio para comprender que Dhara iba ser mucho más complaciente de lo que se le exige en su país a una buena esposa y por ello me preparé para que no se notara que incluso a mí me sorprendía.

La primera prueba a mi capacidad de autocontrol fue cuando una vez la sirvienta había puesto el primer plato en la mesa y antes de siquiera tocarlo, escucharla recitar una oración:

—Agradezco a los Dioses que hayan aceptado incrementar nuestra familia y a nuestro amado marido por haberlo hecho posible al fecundar mi vientre...

—¡Qué has dicho! – exclamé perdiendo la compostura y sin poder aguantar pregunté casi a gritos si estaba embarazada.

La chavala me devolvió la sonrisa más dulce de la que nunca había sido objeto y bajando su mirada, contestó:

—Sí, mi amor. No hemos querido decírtelo antes pero esta mañana me he despertado vomitando y me he hecho la prueba. ¡Vas a ser papá!

Mi corazón dio un vuelco y a pesar de nunca haberme planteado el ser padre, me sentí feliz y abrazándola, la besé sin importarme que hubiese público mirando. Samali que se había mantenido en segundo plano, se

levantó de su silla y llegando hasta nosotros, se arrodilló a nuestros pies diciendo:

—Esposos míos, hoy es el día más feliz de mi vida porque voy a ser madre a través de mi esposa y compañera. Juro desde este momento que el hijo nacido de Dhara será para mí como si hubiese salido de mis entrañas.

—Levántate esposa mía— respondió su prima y demostrando un cariño nada fraterno la besó en la boca para acto seguido decir: —Esta noche, nuestro marido y yo te haremos el amor rogando que tu vientre nos dé un nuevo hijo que juegue con el que ya viene en camino.

Ana, que se había quedado paralizada ante esa noticia, no pudo reprimir su sorpresa al darse cuenta que había malinterpretado la relación que unía a sus invitados y que donde ella había supuesto que era un hombre con dos esposas, se dio cuenta que era una especie de triángulo donde Samali y Dhara también eran esposas entre ellas. Tras unos segundos de estupor, se levantó también y nos felicitó a los tres por nuestra futura paternidad.

Tuvo que ser la futura madre la que reestableciera la tranquilidad al preguntar si no cenábamos, diciendo:

—Tengo hambre.

Al escucharlo, rápidamente le acerqué la silla para que se sentara y la mayor de las primas usó ese acto para sondear a Ana si eso le parecía también un acto de machismo. Al negarlo, usó su respuesta para atacar la postura inicial de la rubia diciendo:

—Lo ves, a Eduardo nadie le ha obligado a hacerlo, nació de él el mimar a nuestra esposa.

Advertí que había subrayado con la voz el “nuestra” para que afianzar en la mente de la dueña de la casa que éramos un trio y que si algún día ella entraba a formar parte de nuestra familia, no seríamos tres mujeres bajo mi mandato sino un único ser con cuatro miembros.

Ana se quedó pensando y con mucha vergüenza, se atrevió a preguntar:

—¿En serio no hay distinción?

Samali alcanzó a ver el verdadero significado de su duda y riendo

contestó:

—Sí, al igual que amo a mi marido, también amo a mi esposa. No es una cuestión de género. Para mí Dhara no es una mujer ni siquiera mi prima, es mi eterna compañera. Deseo compartir con ella mi cuerpo y así lo hago.

Supe al ver que esa revelación la había excitado al observar que bajo su blusa habían hecho su aparición dos pequeños volcanes y queriendo incrementar la presión que en ese momento sentía esa mujer entre sus piernas, comenté:

—No te haces una idea de lo diferente que es sentir dos manos acariciándote a que sean cuatro. ¡El placer se multiplica!

No me cupo duda que en su mente se había formado la imagen de ella desnuda recibiendo mis caricias y las de las dos primas a la vez, porque la vi morderse los labios mientras trataba de evitar cerrando las rodillas que notáramos su calentura. Echando leña a la hoguera que ya era su cuerpo, Samali le acarició el cuello mientras le decía si le parecía tan difícil de entender.

Casi llorando al verse sumergida en el deseo, pegó un gemido antes de contestar:

—Me parece demasiado perfecto.

—¡Lo es!— intervino diciendo Dhara: — Pero qué tal si cenamos, tengo que alimentar a mi pequeño.

Compadeciéndome de ella, cogí un palito de zanahoria y mojándolo en salsa se lo acerqué a la boca. Mostrando un sensual descaro, separó sus labios y dejó que le metiera un pedazo antes de cerrar sus dientes. Hasta a mí me pareció erótico pero lo que no me esperaba es que me imitara con la persona que tenía a su izquierda. Ana atrapada por la situación y totalmente colorada, abrió su roja boca mordiendo el vegetal.

—Yo también quiero— protestó Samali al ver que la rubia no hacía lo mismo con ella.

Nuestra anfitriona cayó en el juego y cogiendo de la fuente un trozo alargado de pepino, lo embadurnó en la salsera para dárselo sin esperarse que su agradecida amiga se lo metiera entero y aprovechara el momento para

chupar también sus dedos.

—Eres una cabrona— musitó descompuesta al sentir la lengua de la hindú lamiendo los restos de la salsa que tenía entre sus yemas.

Riendo y sin hacer caso al insulto, la mayor de mis esposas reinició la rueda dándome a comer en la boca. Comprendí que Ana había tomado un camino sin vuelta atrás cuando, al llegar el turno donde Dhara era la encargada de alimentarla, no se cortó y exagerando su actuación hizo como si en vez de una verdura lo que la hindú introducía en su boca fuera un pene y cerrando sus labios, comenzó a mamarlo antes de comérselo.

«¡Ojala fuera el mío!», deseé al ver la escena y mi propia calentura hizo que al llegarme a mí la vez, cambiara las reglas del juego.

Tomé un sorbo de vino y acercándome a mi pequeña esposa, deposité en su boca parte del líquido.

—Esto no puede ser normal ni en la India— protestó la española al ver que Dhara cogía su copa.

Ésta, muerta de risa, la replicó:

—Sabes que estoy embarazada y que no puedo beber, dejarás que beba más o tomarás lo que a ti te corresponde— y sin darle tiempo de contestar, tomó un sorbo y la besó traspasando el vino a ella.

Al hacerlo, unas gotas cayeron por su barbilla y la perversa muchachita incrementó la turbación de su víctima, recogéndolas directamente con la lengua.

—Si creéis que me voy a cortar otra vez es que no me conocéis— Ana exclamó.

Queriendo demostrar que ella también sabía jugar duro, tomó a Samalí y cogiendo directamente la botella, se llenó la boca de vino para acto seguido, juntar sus labios e irla dando de beber mientras la acariciaba. Pero al contrario de lo que había hecho la prima con ella cuando ya no le quedaba nada que dar, usó su lengua para comprobar que se lo había bebido.

«Tiene carácter pero eso va a ser su perdición», comprendí al advertir que el sudor había hecho su aparición entre sus pechos, señal clara que al

besar y ser besada por dos mujeres se había visto afectada.

Lo que no me esperaba fue comprobar que Samali no le iba a la zaga al observar un intenso brillo en sus ojos que supe reconocer como el que siempre tenía cuando me pedía que le hiciera el amor y temiendo que la calentura de mi esposa diese al traste con nuestro plan, comenté:

—Será mejor que dejemos de escandalizar al servicio. Mientras nosotros mañana no tendremos que soportar sus miradas, Ana sí.

Colorada e insatisfecha, la dueña de la casa asintió con la cabeza sin exteriorizar que en ese instante estaba asustada al sentir que todas las células de su cuerpo le exigían no solo seguir con ese juego sino entregarse totalmente.

Dhara aprovechó el desconcierto de su prima y de nuestra anfitriona para decirme al oído:

—Ese par de zorritas ya se han calentado suficiente, ahora es el momento que pases a la acción.

—¿Qué quieres que haga?

Con tono travieso contestó:

—Voy a jugar con nuestra futura esposa bajo la mesa y quiero que ella piense que eres tú.

Descojonado, le pregunté por qué no lo hacía yo mismo pero entonces escandalizada, me replicó:

—El padre de mi hijo no puede masturbar a una desconocida.

Dando por imposible a esas dos al saber que según su exótico modo de ver la vida, ellas podían tontear e incluso jugar sexualmente con nuestra anfitriona pero no yo, decidí concentrarme en cumplir con el papel que me habían asignado y comencé a charlar amigablemente con la rubia.

Dhara se sentó casi pegada a mi silla para así tener mejor ángulo:

«Está decidida», pensé.

Por eso esperé que algo me revelara que estaba siendo objeto de las caricias de la pequeña pero nada en su rostro me lo señaló hasta que al bajar

la mirada y fijarme en su pecho, comprendí que apenas podía respirar.

Intrigado por conocer hasta donde podía aguantar, ahondé en su herida preguntando si le pasaba algo. Con los ojos me pidió que parara y que me compadeciera de ella, pero al ver mi sonrisa asumió que nada podía esperar y por ello tomando su copa, se la bebió de un trago.

Supuse con razón que en ese momento, los dedos de los pies de Dhara debían estar jugueteando entre sus pliegues a través del sari y bastante más cachondo debería estar, le pregunté a Samali si no veía demasiado colorada a la española.

—Debe ser el vino— declaró mientras rellenaba la copa de nuestra víctima.

La tortura seguía su curso y una nueva muestra del nivel que estaba alcanzando Ana, fue ver sus hombros tiritando mientras dos gotas de sudor caían por su frente. Me resultó raro que Dhara siguiera estimulándola teniendo en cuenta que estaba clara la cercanía del momento en que esa rubia explotara en un brutal orgasmo.

«Se supone que solo debía cachondearla pero no que llegara. La presión debe ser insoportable para que acceda a dar el paso».

Sabía que estaba a punto pero no tanto. Cerrando los ojos y echándose hacia atrás en la silla, Ana se corrió en silencio mientras las dos primas sonreían entre ellas.

«Esta cría es dulce hasta corriéndose», me dije al constatar lo que el placer estaba sacudiendo sus neuronas.

La traviesa hindú siguió violentando a su víctima hasta que observó con gozo que la rubia se había corrido por segunda vez y quitando los dedos de su pie de la entrepierna de la rubia, la preguntó dónde estaba el baño.

—La segunda puerta a la derecha— respondió todavía con la respiración entrecortada.

Supe que lo habían hablado con anterioridad por que al levantarse Dhara, su prima la acompañó dejándome solo con la muchacha. Esta esperó a que las hindúes desaparecieran por la puerta para de muy mala leche, echarme en cara que la hubiese masturbado en frente de mis esposas.

Se debía esperar una disculpa pero en vez de eso, le pregunté si le había gustado.

—Maldito, sabes que sí. Pero ese no es el tema, me habías jurado que no ibas a ponerme la mano encima— y al ver que seguía mirándola sin ningún tipo de arrepentimiento, me amenazó con contárselo a ellas.

Descojonado, repliqué:

—Cariño, no sé de qué hablas. Te juro que yo he cumplido mi palabra y no te he tocado.

Mi respuesta la impactó y asumiendo que no la había mentado, comprendió que había sido Dhara quien la había masturbado. Supe que su mente se estaba debatiendo entre el placer que había sentido y una posible repulsión al haber llegado al orgasmo gracias a unas caricias femeninas. No hacía falta mencionar su nombre y acercándola a mí la besé diciendo:

—El placer no depende del sexo de tu pareja sino de la disposición de uno para recibirlo. Aunque te cueste reconocerlo, estabas predispuesta a que cualquiera de nosotros tres te tocara y solo tu educación te hizo suponer que eran mis dedos, pero ahora que sabes que fue una de ellas: ¿crees que hubiese sido diferente?... ¿Realmente te importa?... ¿Estarías más cómoda sabiendo que fui yo?

Asimilando mis palabras, apoyó su cara contra mi pecho y se mantuvo así unos segundos. Tras esa necesaria reflexión, levantó su mirada y con nuevos bríos, contestó:

—Creo que hubiese sido todavía más brutal si hubiese sabido que era una de ellas. Nunca una mujer me había hecho soñar con besarla y ahora me muero por experimentar sus mimos.

Recriminando su actitud, señalé:

—No pienses en ellas como mujeres. Son Samali y Dhara, dos personas que están deseando darte amor y compartir la vida contigo.

—No sigas, juraste no presionarme y eso estás haciendo. Me cuesta pensar que debo hacer si estas todo el tiempo recordándome que con una palabra mía podría disfrutar de los tres para mí sola.

Me alegro comprobar que había elegido una forma neutra para referirse a nosotros.

«Nos está empezando a ver como un todo y no de manera individual».

Las dos primas al volver nos encontraron todavía abrazados y conociendo lo poco que les gustaba verme manoseando a otra, le acerqué su silla para que se sentara. Ana no puso objeción pero entonces Samali le pidió si podíamos pasar al salón porque querían enseñarnos algo que habían preparado...

CAPÍTULO 15 LAS HINDÚES CONTINUAN SU ACOSO

«¿Qué se traerán entre manos?», me pregunté ya en el salón al ver que Samali sacaba un CD de su bolso y lo ponía en el equipo de música mientras su prima retiraba unos sillones abriendo hueco.

La mayor me sacó de dudas al informar a Ana que iban a representar una antigua leyenda de su pueblo mientras nos rogaba que nos sentáramos juntos frente al improvisado escenario. La dueña de la casa olvidando el enfado que tenía conmigo me cogió de la mano al escuchar los primeros acordes.

«Ahora sí que no sé qué se proponen», mascullé notando el nerviosismo de la rubia a través de sus dedos.

Echa un ovillo y con una tapa cubriéndola por entera, Dhara se empezó a desperezar en la mitad del salón. Por sus movimientos parecía ser un bebé y esa impresión se confirmó al verla gatear mientras miraba a su alrededor como si estuviese perdida.

El miedo reflejado en su rostro me impactó porque reconozco que desconocía la faceta de la menor de mis esposas como actriz pero advertí que si a mí me había hecho mella, todavía más en Ana que no hacía más que apretar mi mano mientras no perdía ojo de lo que ocurría.

El ritmo alocado de la canción incrementaba la impresión de peligro hasta que desde una esquina apareció Samali con una careta de un orangután y comenzó a jugar con la niña al mismo tiempo que la música se tornaba en alegre. No me hizo falta más para saber que estaban representando la leyenda de la niña que sobrevivió entre monos tan común en la india y que Kipling immortalizó para el público occidental a través del Libro de la selva.

Junto a Ana fui testigo de cómo esa niña comenzaba a andar sin dejar de taparse con la capa. La alegría de la cría era contagiosa y de reojo observé que la rubia sonreía. Contemplamos como la niña se convertía en mujer y cómo descubre que no es igual a su madre al contemplarse en un río.

Dhara dejó caer el manto que la cubría y totalmente desnuda, comenzó a explorar su cuerpo se usando el agua como espejo.

—¡Qué bella es!— alcancé a escuchar que Ana murmuraba al ver a la protagonista de la leyenda mirarse los pechos mientras no dejaba de bailar en plan confuso.

De acuerdo con la española yo mismo no pude dejar de babear viendo ese cuerpo a pesar de conocerlo y haber disfrutado de sus caricias. Es más comprendí y avalé que Ana se mostrara excitada viendo como Dhara iba descubriendo su sexualidad con sus manos porque bajo mi bragueta ocurría lo mismo.

Tumbada y bajo una sensual melodía, la protagonista comenzó a tocarse.

—¡Dios!— Ana gimió al contemplar el sexo desnudo de mi esposa a pocos centímetros del sofá donde ella y yo seguíamos la escena. La española no podía dejar de moverse inquieta al observar como la calentura de esa niña se iba incrementando a través de la acción de sus dedos.

Justo cuando parecía que iba a culminar su placer, apareció Samalí con la careta de un tigre.

—Kahn— escuché que Ana gritaba intentando avisar a la indefensa muchacha.

Pero ya era tarde, abalanzándose sobre su víctima, el felino la tomó y con lujuria comenzó a chupar los pechos de la muchacha mientras ésta trataba de zafarse de su agresor.

—La está violando— exclamó al ver que el tigre daba la vuelta a la muchacha y comenzaba a aparearse con todo lujo de violencia.

La dureza de la historia consiguió que de los ojos de la rubia brotaran dos gruesas lágrimas y por ello no me extrañó oírla sollozar cuando habiendo conseguido su objetivo, el tigre se marchó dejando a la pobre cría llorando tumbada en el suelo.

—Así no era esta historia— Ana protestó contagiada del dolor de la protagonista.

—Te equivocas – la corregí— esta es la verdadera leyenda. En la india, el mono es la naturaleza salvaje pero buena y el tigre representa a la parte malvada de la humanidad que no duda en matar o violar para satisfacer sus deseos.

Estaba todavía hablando cuando Samali ya sin máscara encuentra a la violada y agachándose a su lado, la intenta consolar. Al principio, Dhara la rechaza pero la recién llegada no cede y sigue cuidándola mientras le hace saber que es una mujer. Todavía vulnerable, la protagonista no puede evitar que su benefactora le obligue a comprobar que cómo ella tiene pechos.

La sorpresa de comprobar que son iguales que los suyos es evidente y más cuando al contrario que había hecho el tigre, la humana no la fuerza sino que la ayuda a levantarse y juntas empiezan a bailar.

La felicidad del rostro de la huérfana al saber que ha encontrado una familia y la alegría de su baile, provocó que poniéndose en pie, Ana comenzara a aplaudir como una loca y se abalanzase a felicitarlas.

Lo que no se esperaba es que mis esposas aprovecharan su presencia junto a ellas para que las acompañara. A pesar de su reticencia nada pudo hacer y mientras Dhara se iba a vestir, Samali se dedicó a enseñar a la española los pasos principales de esa danza que ha popularizado Bolliwood.

Disfrutando de mi whisky desde el sofá, me quedé mirando extasiado como esas tres bellezas se lo pasaban en grande bailando. Dhara que se había incorporado tarde al irse a vestir, fue la más activa mostrando a Ana como seguir ese ritmo exótico. A la española le costó poco aprender cómo moverse y una vez ya se sentía más segura, no dejó de bailar mientras mis esposas le corregían los movimientos haciéndolos cada vez más sensuales.

En un momento dado las vi cuchichear entre ellas.

«¿Qué le estarán diciendo?», murmuré en mi mente al ver que Ana se ponía colorada.

Aceptando con la cabeza, la rubia esperó que pusieran otra canción para empezar a bailar y para mi sorpresa se comenzó a tocar sin dejar de mirarme. Asumí que las hindús le habían sugerido que bailara para mí al ver que se acercaba mientras meneaba su cuerpo con un gran erotismo.

«Le han pedido que me ponga cachondo», me temí al verla acariciándose los pechos sin dejar de bailar.

Las primas seguían los movimientos de su amiga con satisfacción sin importarles que era lo que yo opinara de ello ni lo que estuviera pasando en mi interior. Absorto en el balanceo de la cadera de esa belleza, no me percaté que se habían puesto a mi espalda hasta que sentí sus manos tocándome. La sensualidad del baile de Ana y ese estímulo extra provocaron que, bajo mi pantalón, mi apetito creciera violentamente.

—Sois unas cabronas— comenté al sentir que me quitaban la camisa.

Desnudo de cintura para arriba, soporté lo mejor que pude que ese par me manoseara mientras la rubia iba incrementando la sensualidad con la que bailaba sin dejar de mirarme a los ojos. Para entonces su meneo también había hecho mella en ella y bajo el sari que llevaba, pude comprobar que tenía los pezones duros como piedras.

Lejos de perturbarla que fuera consciente de su excitación, incrementó tanto mi temperatura como la suya, pellizcando con descaro sus areolas en presencia de las hindúes. Las primas reaccionaron extrañamente a esa demostración jaleando a la muchacha.

Sintiendo su apoyo, Ana se subió a horcajadas encima de mis piernas sin importarles que al hacerlo su pubis atrapara mi pene entre sus pliegues.

«¡Se va a armar!», supuse al notar que no contenta con ello, la rubia empezaba a frotar su sexo contra el mío, pero entonces escuché a Samali decirme al oído:

—Deja que se desahogue, la pobre lo necesita.

Más tranquilo al saber que era parte de su plan, relajándome, disfruté de como esa belleza se retorció sobre mí restregando su coño cada vez con mayor rapidez.

Inmersa en un viaje sin retorno, la temperatura de su cuerpo le hizo quitarse la camisa y brindarme sus pechos como ofrenda. A pesar de las ganas que tenía de follármela, me quedé quieto hasta que desde el lado contrario de su prima, Dhara me soltó:

—Amado nuestro, lámelos antes de que se corra ella sola.

Su permiso me hizo reaccionar y cogiendo los senos de la muchacha, saqué la lengua y di un largo lametazo a una de sus areolas. Ana al experimentar esa húmeda caricia elevó más si cabe el ritmo con el que su sexo zarandeaba mi verga hasta que sin poderlo aguantar y mientras yo mamaba de su otro pecho, se corrió dando un sonoro alarido.

Su rendición fue el momento que las primas eligieron para quitármela de encima y tumbándola, ser ellas las encargadas de prolongar su orgasmo, mordiendo una sus blancos pechos mientras la otra hundía la cara en su entrepierna. Indefensa pero hambrienta de más caricias, Ana no se quejó sino que colaboró al notar que Samali le bajaba el pantalón del sari y tras sacárselo por las piernas, separó las rodillas permitiendo que mi amada hindú volviera a hacerse fuerte entre sus muslos.

Desde mi posición comprobé que no me habían mentido esa mañana y que tal como me habían asegurado la española tenía su pubis completamente depilado al ver a la mayor de mis esposas separando sus pliegues antes de hundir su lengua en su interior.

Los gritos de placer de la española resonaron en el salón durante largos minutos hasta que completamente agotada, quedó medio inconsciente sobre el sofá.

Entonces y solo entonces me permitieron acercarme para que la cogiera en mis brazos y la llevara a su habitación. Me extrañó que me dejaran solo pero subiendo por las escaleras cumplí mi misión depositándola suavemente en su cama.

—Por favor, no te vayas todavía— me pidió al comprobar que mi intención era volver con mis esposas.

—Descansa, princesa. Tienes muchas cosas que asimilar.

—Necesito que te quedes conmigo esta noche.

—Sabes que no puedo—repliqué usando sus propias palabras— te juré que aunque te pusieras tonta no dormiría contigo.

Destrozada y con el dolor reflejado en su rostro, me contestó que eso lo había dicho antes de saber lo mucho que me necesitaba.

—¿A mí solo?— pregunté para obligarla a enfrentarse con el hecho

que esa noche se había corrido brutalmente tanto conmigo como con mis dos esposas.

Sollozando y de rodillas sobre el colchón, me respondió:

—¡Maldito! Sabes que os deseo a los tres— y con su cara desencajada, prosiguió gritando: — Me muero por sentir a ellas también mientras me haces el amor.

—Eso no es suficiente— la informé y sin apiadarme de sus lamentos, la dejé llorando y bajé a ver a mis esposas.

Confieso que me sentí un cerdo mientras bajaba al salón pero su claudicación debía ser total y aceptar que las hindúes no eran algo accesorio en nuestra relación.

«Si quiere ser mía, antes debe comprender que será nuestra», decidí antes de enfrentarme a las primas.

Al comentárselo, Samali sonrió dulcemente y cogiéndome de la mano, me agradeció que les diera su lugar para acto seguido pedirme permiso para ir a ver a la dueña de esa casa.

—Haz lo que quieras, pero déjala claro que o todos o ninguno— insistí más cabreado que una mona sintiendo como mío el menosprecio de Ana hacia ellas.

Acercándose a mí, la pequeña me soltó:

—No seas tan duro con nuestra futura esposa. Piensa que todavía tiene que digerir que nos ama por igual y que contra lo que mamó desde pequeña, la adoración que siente por nosotras no es algo malo ni pecaminoso sino una realidad contra la que no puede luchar.

—¿Estás segura que esa zorrita realmente nos ama a los tres y que no es solo un encaprichamiento pasajero?

—No la llares así— protestó— es nuestra futura esposa y se merece un respeto... y respondiendo a tu pregunta, estoy completamente segura que esa dulce muchacha nació para ser nuestra y nosotros de ella.

—¡Veremos!— respondí mientras me servía otra copa.

Diez minutos después, Samali hizo su aparición en el salón y viendo

que tenía mi whisky en la mano, me pidió que le pusiera un zumo antes de informarnos que solo había conseguido tranquilizar a la española, prometiéndole que dormiríamos ahí aunque fuera en la habitación de invitados.

—¿Y eso? – pregunté.

Con una sonrisa de oreja a oreja, la mayor de las primas contestó:

—Parece ser que necesita tenernos cerca y que solo saber que nos vamos, le da miedo no vaya a ser que desaparezcamos sin darle la oportunidad de pensar en lo que le he propuesto.

Con la mosca detrás de la oreja, le pedí que nos dijera que le había planteado. Muerta de risa, me soltó:

—Durante toda la noche debe plantearse si realmente quiere formar parte de nuestra familia y si mañana ha decidido que sí, primero y antes que la marques en el cuello como nuestra esposa, ¡debe hacernos el amor a Dhara y a mí!...

CAPÍTULO 16 CLAUDICACIÓN Y TRIUNFO

Esa noche y gracias a que no podía dejar de pensar que al día siguiente incrementaría mi harén, hice el amor a las dos primas con desesperación. Perdón, rectifico. Los tres nos amamos con una pasión desbordante ya que haciendo honor a lo que realmente era nuestro peculiar matrimonio, las primas me tomaron, se tomaron entre ellas y yo las tomé sin parar durante horas.

Sus bocas, sus coños, mi verga, mi culo, todas las partes de nuestros cuerpos fueron herramientas con la que santificamos nuestra unión mientras a pocos metros de la habitación donde dormíamos, Ana estaba sufriendo mientras asumía que su puesto estaba entre nuestros brazos y no en su cama.

Sé que incluso llegó a espiarnos porque en un momento de esa noche y mientras poseía a Dhara en plan perrito, Samali me informó que esa mujer estaba en la puerta mirándonos sin atreverse a entrar. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que la invitáramos a unirse sino que olvidando su presencia, exigí a mi pequeña con un azote que se moviera mientras su prima ponía su coño entre sus labios.

—Me encanta ser vuestra esposa— aulló Dhara feliz al sentir esa dura caricia y como una loba se lanzó sobre el húmedo sexo que había sido puesto a su disposición.

Tal y como luego Samali me contó, Ana no pudo reprimir su deseo y metiendo los dedos entre sus piernas, se masturbó mientras sobre el colchón veía a un único ser amándose. Os juro que por mi parte no pensé en Ana cuando incrementando el acoso sobre mi montura, aceleré el ritmo de mis puñaladas hasta convertirlo en algo vertiginoso.

—Os necesito— informó esta desde la puerta al sentir que sus neuronas colapsaban y que su interior se derramaba por sus piernas.

Al verse descubierta, salió corriendo rumbo a su cuarto mientras entre las sábanas, mis esposas y yo intuíamos que al comprender por fin nuestra

forma de amar se había inclinado la balanza y que a la mañana siguiente esa rubia vendría a nosotros a reclamar su puesto...

Al despertarme todavía abrazado a las primas, me quedé pensando en si me convenía levantarme o esperar a que Ana viniera a rendirse mientras seguíamos desnudos en la cama. La decisión no era fácil porque no en vano esa rubia tenía que romper con los convencionalismos sociales que habían marcado su vida. Por ello al final decidí que sería para ella más sencillo abrirse de par en par si nos encontraba ya vestidos.

Despertando a mis esposas, les expliqué el por qué pensaba que era mejor que bajáramos a desayunar pero entonces riendo a carcajadas Samali me soltó:

—¡Qué poco sabéis los hombres de la mentalidad femenina! No debemos ponerle las cosas fáciles, al contrario nuestra futura esposa debe sufrir un poco más para que realmente valore lo que significa ser nuestra.

Asumiendo que nunca había fallado le pregunté que era entonces lo que debíamos hacer:

—Tú seguir durmiendo. Deja que seamos nosotras las que nos ocupemos de todo— contestó e imprimiendo un tono pícaro a su voz, dijo: — Si nuestra futura esposa viene a verte, acógela entre tus brazos

Aunque me quedé en la cama, me resultó imposible el volver a conciliar el sueño. Los minutos pasaban con una exasperante lentitud y quizás por eso al cabo de media hora, seguía dando vueltas entre las sábanas, totalmente despierto. La espera me estaba matando y justo cuando estaba a punto de levantarme para averiguar que pasaba, vi entrar a Ana por la puerta.

La noté preocupada, hasta angustiada. Por ello y haciendo caso a Samali la llamé a mi lado. Indecisa, dudó unos instantes. Instantes que me sirvieron para admirar la belleza de la rubia, cuyo camisón casi transparente no lograba ocultar.

—Ven preciosa, no muerdo— insistí dando por sentado que la presencia de esa mujer se debía a que había llegado a un acuerdo con mis

esposas para entregarse a mí.

Con paso inseguro recorrió los dos metros que nos separaban y casi temblando se sentó sobre la cama.

—Tenemos que hablar...— alcanzó a decir antes que con dos dedos cerrara su boca.

Tumbándola a mi lado, deslicé los tirantes de su negligé dejando a la vista sus primorosos pechos y los delicados pezoncillos que los decoraban. Su cuerpo se estremeció al sentir que mis labios comenzaban a recorrer su cuello con dirección a las maravillas que acababa de descubrir.

—No seas malo— protestó con un gemido al experimentar mi respiración muy cerca de una de sus areolas.

Esta vez cerré su boca con un beso. Mi lengua se abrió paso entre sus labios, al mismo tiempo que mis manos se deshacían de su camisón. Las pocas defensas que todavía le quedaban desaparecieron cuando totalmente desnuda la abracé y notó la presión de mi miembro contra su sexo.

—Quiero ser vuestra mujer— suspiró descompuesta casi llorando al verse dominada por el calor que mi cuerpo desprendía.

—Ya lo eres— Dhara contestó desde la puerta mientras dejaba caer su ropa y se acercaba hasta la cama.

Con lágrimas en sus ojos, Ana abrazó a la recién llegada y posando sus labios en los de la morena, susurró:

—No puedo acostarme con vosotros, ¡Samali se enfadará!

Para su sorpresa, la mayor de las primas le replicó mientras se introducía entre las sábanas:

—Comprendimos que Shiva te había puesto en nuestro camino para que tú nos enseñaras a vivir en esta sociedad tan extraña y nosotras te mostráramos la senda de la felicidad.

En ese momento, Dhara la levantó y trayéndola hasta mi silla, afirmó:

—Puede que todavía no lo sepas pero ya eres nuestra esposa desde que lo has aceptado en voz alta .

Ana se lanzó a sus brazos buscando sus besos mientras miraba la escena con satisfacción. La total entrega que denotaban sus actos me terminó de convencer y estrechándola contra mí, le di entrada diciendo:

—Bienvenida a la familia.

Confirmando mis palabras con hechos, Samali comenzó a acariciarla mientras nos decía:

—Demostremos nuestro amor.

Dhara fue la primera en reaccionar y bajando por su cuello, comenzó a mamar de esos pechos que llevaba semanas ansiando con una determinación que me dejó acojonado. Los suspiros de la rubia no se hicieron esperar y mientras era objeto de los mimos de las dos hindúes, me deslicé entre sus piernas y separando los pliegues de su sexo, le di un lametazo de principio a fin antes de concentrarme en el botón erecto que emergía en su mitad.

—¡Dios!— aulló al verse estimulada por todos lados y es que la mayor de las primas se había apoderado de su otro pecho.

La falta de vello púbico me permitió mordisquear su clítoris con delicadeza mientras observaba como su coño se iba anegando por momentos. Justo cuando iba a insertar mis dedos en esa oquedad, Samali me tomó la delantera y comenzó a follársela con sus yemas. La escena no tenía desperdicio con la pequeña mamando de sus pechos y con Samali y yo jugando en su coño.

—Me corro— aulló la chavala al verse sacudida por el placer.

Pero entonces sacando los dedos del coño, la mayor de las hindúes se lo prohibió diciendo:

—Tenemos que hacerlo juntas.

Tras lo cual me vi echado de la partida y formando una especie de serpiente que se mordía la cola, Dhara puso su sexo al alcance de la boca de la rubia mientras buscaba el placer de su prima entre sus pliegues. Samali completó el círculo jugando con la imberbe vulva de la recién incorporada a nuestra unión.

Recordando que ya desde la noche anterior sabía que antes de hacerla

mía, Ana debía entregarse a ellas permanecí en silencio mientras entre esas cuatro paredes se empezaba a oír la melodía creciente de suspiros de placer provenientes de las gargantas de mis tres esposas.

—Cariño, ámame más para ser tu eterna compañera— rugió la pequeña de las primas al sentir que la española introducía una de sus yemas dentro de ella. Ana cogió al vuelo la insinuación y sumando otro dedo, comenzó un rápido mete-saca mientras experimentaba que estaba siendo objeto del mismo tratamiento por parte de Samali.

El deseo de Dhara se estaba incrementando a una velocidad y comprendiendo que tenía que hacer algo para que su prima las alcanzara mordisqueó con dureza el clítoris de ésta, consiguiendo que de inmediato su boca se llenara con el flujo que tanto amaba.

No deseando permanecer al margen, me dediqué como si fuera el director de la orquesta y ellas mis músicos a ordenar a la que veía más caliente que se calmara mientras la azuzaba a acelerar las caricias sobre la que estaba masturbando hasta que sintiendo que las tres estaban a punto, con voz autoritaria les ordené que se corrieran.

Increíblemente su respuesta fue una y aullando de placer, observé a esas tres bellezas retorciéndose sobre las sábanas presas de un gigantesco orgasmo. Juro que a pesar de estar atento no puedo certificar quién fue la primera en alcanzar el clímax. Lo que sí puedo avalar es que no contentas con el placer que habían compartido, al unísono las tres intercambiando de pareja de juegos se lanzaron sobre el coño de la que antes la había acariciado.

Al ver la voracidad con la que se volvían a sumergir en la pasión, decidí que era mi turno y obligándolas a parar, ordené a las hindúes que me ayudaran mientras tomaba para mí lo que ya era de mi propiedad. Esa fue una de las primeras veces que escuché que Samalí protestara diciendo que todavía ella no había sentido la lengua de nuestra nueva esposa.

Descojonado observé que Ana asentía con la cabeza y muerto de risa, la cogí de su melena llevando su cara entre los muslos de la insatisfecha hindú.

—Gracias— respondió al experimentar que se reanudaban las caricias de la rubia.

Lo que no se esperaban ninguna de las dos es que aprovechara que la tenía a cuatro patas y sin pedirles opinión, comenzar a jugar con mi pene en el coño de la que chupaba.

—Fóllatela— susurró Dhara viendo mis intenciones en mi oído.

No hizo falta que me lo pidiera dos veces, apreciando lo excitada que estaba supuse que estaba lista y lentamente fui introduciendo mi glande en su interior. A pesar de la humedad de su conducto, su coño era tan estrecho que me costó entrar. Si eso me resultó de por si extraño, lo realmente rompió todos mis esquemas fue encontrarme cuando ya tenía la mitad de mi pene incrustado dentro de su coño que existía un obstáculo que me impedía seguir avanzando.

«Es imposible que a su edad y en España siga siendo virgen», estaba diciendo en mi interior cuando la pequeña hindú me informó que tuviese cuidado porque era la primera vez de esa muchacha.

Mi cara de extrañeza la hizo reír y en voz baja, me explicó mientras Ana seguía paralizada:

—Nuestra nueva esposa intimidaba tanto a sus parejas que nunca consiguió que nadie tuviese el valor para acostarse con ella.

—¿Eso es cierto?— pregunté.

Colorada y casi llorando, la aludida confirmó que nunca había estado con nadie y que si alguna vez había insinuado lo contrario, se debía a que le daba vergüenza y miedo que yo lo supiera.

Soltando una carcajada, le solté:

—Niña, eso no es ningún pecado. Y si lo fuera, ¡tiene solución!— tras lo cual y viendo en el rostro de la cría se iluminaba con una sonrisa, pregunté si podía hacerla mía.

—Ya soy tuya— respondió mientras sin pensar en las consecuencias se echaba para atrás empalándose ella misma: —¡Duele! — rugió descompuesta dejando atrás su virginidad.

Aterrado al haber notado como su himen se desgarraba a mi paso, me quedé quieto pero ella no contenta con el dolor que estaba sintiendo se comenzó a mover sin esperar a acostumbrarse. Afortunadamente, sus berridos no se hicieron esperar y mientras las dos primas se lanzaban a mamar de sus pechos, Ana incitó mi diciendo:

—¡Tómame! ¡Quiero ser eternamente tuya!

Las palabras de la española estaban teñidas de una inmensa excitación y mientras sentía un riachuelo cayendo por mis muslos, comprendí que no era sangre sino flujo. Por ello, obedeciendo sus deseos la cogí de la cadera incrementando la velocidad de mis incursiones.

—¡Muévetel!— exigí.

Ana al sentir mi extensión chocando contra la pared de su vagina, se volvió loca y aullando como posesa, me rogó que no parara.

—Te gusta, ¿verdad putita mía?— pregunté notando que el placer se iba adueñando de ella.

Para entonces la humedad de mi pareja era total y sobrepasando los límites de su coño se desbordó haciendo que con cada penetración su flujo salpicara las sábanas.

Con mis piernas empapadas, fui testigo como las hindúes incrementaban la presión sobre nuestra amada mordisqueando sus pezones mientras entre mis piernas Ana se sumergía en un orgasmo gigantesco que le obligó a gritar:

—¡Necesito sentir qué eres mío!

Su grito azuzó mi calentura hasta el infinito al comprender lo que deseaba y cediendo a sus deseos, exploté derramando mi semilla en su interior mientras la muchacha se veía golpeada por el placer.

—¡Me corro!— chilló sin dejar de mover sus caderas.

El orgasmo de Ana no parecía tener fin y mientras todas sus neuronas eran puestas del revés, no cejó en su intento de ordeñar mis huevos hasta que con mis testículos ya vacíos, caí totalmente agotado sobre ella.

Las dos hindúes que habían mantenido en un discreto segundo plano, se abrazaron a nosotros mientras pensaban en lo mucho que le debían al Padre Juan, el capuchino al que engañaron para que me convenciera de casarme con ellas...

FIN

